





700

CB

+ 1368662

C.



*Religión = 8-8*

*85*

BIBLIOTECA DEL LIBRE-PENSAMIENTO.—VOLÚMEN V

---

LOS  
SECRETOS DE LA CONFESION

---

REVELACIONES, MISTERIOS, CRÍMENES, HORRORES Y MONSTRUOSIDADES;  
SACRILEGIOS, ABERRACIONES Y RIDICULECES;  
MISERIAS, PROBLEMAS SOCIALES Ó RELIGIOSOS Y EXTRAVAGANCIAS HUMANAS;  
INMORALIDADES DE LA MORAL CONSERVADORA Y ULTRAMONTANA,  
Y OTROS EXCESOS Ó PECADOS OIDOS Á LOS PENITENTES  
DURANTE LARGA PRÁCTICA DEL CONFESORARIO

por

CONSTANCIO MIRALTA

(PRESBITERO)

---

MADRID

IMPRENTA DE RAMON ANGULO

San Vicente Baja, núm. 76

1886

SECRETOR DE LA COMISION

CONSTITUCION DE LA COMISION

CONSTANCIO MIRABELA

## ADVERTENCIA DE LA QUINTA EDICION

---

La gran acogida que ha merecido esta obra por parte del público, nos ha obligado á hacer esta edicion con el mayor esmero, procurando no sólo subsanar completamente en ella las muchas faltas de las ediciones anteriores, tiradas con gran precipitacion, sino introducir las correcciones y mejoras materiales que no pudimos conseguir entonces por causas ajenas á nuestra prevision, y que de ningun modo pudimos evitar sin retardar mucho la aparición de este libro, ansiado en gran manera y por todos solicitado con insistencia.

Con gran sentimiento nuestro salió la impresion deslucida, por lo deteriorado de la fundicion, y plagado el texto de erratas, hasta en la fé de ellas y en el mismo índice, cosa inusitada en las oficinas tipográficas de Madrid. Por esto, en cuanto nos ha sido posible, hemos corregido cuidadosamente algunos descuidos de redaccion y confeccion; han desaparecido las erratas, se ha verificado á conciencia la impresion, en otra imprenta, con tipos nuevos, adornos elegantes y buen papel. Tambien se ha añadido algun asunto de interés, *La confesion de una partera*, omitida antes por falta de tiempo.

Sabemos que con todo eso no podremos corresponder como deseáramos á la gran acogida con que hemos sido favorecidos; pero si nuestro trabajo es del agrado del público, nos daremos por muy contentos, y esto nos dará aliento para complacerle todavía más en lo sucesivo.

# THE HISTORY OF THE

The history of the world is a story of the human race, of its struggles, its triumphs, and its failures. It is a story of the human mind, of its discoveries, its inventions, and its progress. It is a story of the human heart, of its loves, its hates, its joys, and its sorrows. It is a story of the human spirit, of its courage, its faith, and its hope. It is a story of the human soul, of its yearnings, its aspirations, and its dreams. It is a story of the human race, of its past, its present, and its future. It is a story of the human race, of its past, its present, and its future.

The history of the world is a story of the human race, of its struggles, its triumphs, and its failures. It is a story of the human mind, of its discoveries, its inventions, and its progress. It is a story of the human heart, of its loves, its hates, its joys, and its sorrows. It is a story of the human spirit, of its courage, its faith, and its hope. It is a story of the human soul, of its yearnings, its aspirations, and its dreams. It is a story of the human race, of its past, its present, and its future. It is a story of the human race, of its past, its present, and its future.

The history of the world is a story of the human race, of its struggles, its triumphs, and its failures. It is a story of the human mind, of its discoveries, its inventions, and its progress. It is a story of the human heart, of its loves, its hates, its joys, and its sorrows. It is a story of the human spirit, of its courage, its faith, and its hope. It is a story of the human soul, of its yearnings, its aspirations, and its dreams. It is a story of the human race, of its past, its present, and its future. It is a story of the human race, of its past, its present, and its future.

## Á PIDAL:

*Tratándose de un libro cuyo objeto es mostrar al mundo, con las culpas de los hombres y las aberraciones de que es capaz la humana flaqueza, las consecuencias de la confesion auricular y su influjo en las sociedades cristianas, nadie como vos merece que su nombre figure en la primera página.*

*Tributo exíguo, pero el único que puede ofrecer os quien sabe lo que vale vuestra influencia en los destinos de la religion y el bien que ha hecho á la libertad.*

*Por esto os venero tanto, que os deseo, no las felicidades terrenas, indignas de vuestra grandeza, sino las celestiales, la santidad más sublime de todas, la más envidiable aureola de los Apóstoles; deseo que los republicanos y libre-pensadores, en pago de lo que por ellos habeis hecho, sean precisamente los instrumentos de que se valga la Providenciá para daros vuestro merecido, haciendo que vuestro nombre, unido al de vuestros colegas, pase á la historia en las páginas de El Martirologio Romano; y no quisiera morir sin oír cantar en el coro á la hora de Prima algo parecido á este elogio ritual: «Matriti in Hispania: Sanctorum »Martirum Pidalis, Iserni, Moleri et quadraginta »sociorum, qui in persecutione Secundæ Reipublicæ »Hispanæ diro judicio impii tribunalis damnati, »plumbi mortiferi globulis occissi, martirii palmam »obtinerunt.» (1)*

*Vuestro humilde admirador, S. S. y Capellan,*

CONSTANCIO MIRALTA,  
(Presbítero.)

---

(1) El Martirologio Romano que se lee en el coro en mitad de la hora canónica llamada Prima, contiene en cada día la mencion por lugares: los diferentes santos que murieron en el mismo, hecha en iguales términos que la presente: Madrid en España: los santos mártires Pidal, Iserni, Moleri y 40 compañeros que en la persecucion hecha por la segunda República española, condenados por el severo juicio de un tribunal irreligioso, alcanzaron la palma del martirio.





## PREFACIO

---

Nihil est opertum quod non revelabitur, et  
occultum quod non scietur.

Nada hay encubierto que no se haya de descubrir, ni oculto que no se haya de saber. (SAN MATH. C. X, v. 26).

*Es verdaderamente digno, justo, equitativo y saludable* (1) sacar á la luz pública los males ocultos, contribuyendo así á que se cumpla la preinserta profecía de Jesucristo; porque los males conocidos muy cerca se hallan de su curacion, segun es fama entre los sábios.

Esta consideracion me ha movido á publicar este libro, muy semejante á los apuntes de un médico, reunidos durante su práctica en las clínicas, para someterlos al juicio de los que quie-

---

(1) Vere dignum et justum est, equum et salutare. (Misal romano. Prefasio comun).

ran estudiar la índole y progresos de las humanas dolencias.

Muchas veces he oído exclamar: ¡Si hablaran los médicos y alguna vez dijeran la verdad los jueces! Pues si hablaran los confesores, he dicho á mi vez, ¡cuántas cosas útiles é importantes para el estudio del corazón humano se sabrían!

Creen los reyes conocer á los hombres porque, acostumbrados á verlos á sus piés, siempre mintiendo y con la mano extendida, juzgan á la humanidad como una grande aglomeracion de mendigos.

Con el mismo desdén la mira el diplomático ó el estadista, considerándola como una masa movable de imbéciles, buenos para sufrir la tiranía, enriquecer con su dinero y sostener á costa de su sangre al que fatalmente debe oprimirlos.

Se equivocan: no tienen exacta nocion del hombre ni de las sociedades que constituye. Sólo el médico, el juez y el sacerdote pueden conocerle á fondo. El primero, estudiando su constitucion física y las consecuencias materiales y morales de los extravíos orgánicos; el segundo, puede medir los abismos en que suele precipitarse por la ignorancia, la miseria y el desenfreno de las pasiones; el último, si es observador é inteligente, aún puede saber mucho más, porque los hombres no se le manifiestan sólo bajo la fase á que los obliga la necesidad del presente ocultando todo lo demás, sino que voluntariamente le

abren hasta los más recónditos pliegues de su pensamiento y su voluntad, tales como están en su conciencia; hasta el que miente dice ante él verdades sin quererlo.

Es necesario saber lo que ha sido la confesion y lo que es, para darse cuenta del dominio que ejerce la Iglesia sobre las almas. La confesion ha podido muy bien ser un medio de esclavitud social para los fanáticos en beneficio de los dominadores hábiles, un poderoso medio de influencia y de allegar riquezas, máquina política, procedimiento de espionaje universal, policía bien organizada que lleva el registro de la vida íntima, la invencion más peligrosa que pudo concebir el génio de la opresion y la tiranía, todo esto ha sido y es muchas veces por la fuerza de la lógica.

No es invencion de una sola inteligencia, sino producto y agregado de varias épocas, legítima consecuencia del dogma de la remision de las culpas por el arrepentimiento y del de la jurisdiccion de los Apóstoles y sus sucesores para perdonarlas en nombre de Jesucristo.

La Iglesia católica enseña que una cosa es la penitencia virtud, por la cual detestamos nuestras faltas, y de ellas nos arrepentimos y procuramos enmendarnos, y otra la penitencia sacramento, que es un conjunto de acciones humanas, cuyos efectos son que Dios, mediante la intervencion del sacerdote, nos perdona las culpas

(aunque no sus naturales consecuencias) y la pena merecida en la otra vida, dándose por satisfecho con el ligero castigo que nos imponga su ministro.

Las condiciones para que el sacramento tenga lugar son, además del dolor y el propósito, la relacion secreta ó pública de los pecados, la absolucion del confesor y el cumplimiento del castigo penitencial.

Todo esto lo deduce, en primer lugar, del siguiente Pasaje de San Juan: (1) «Recibid el Espíritu-Santo; á quienes perdonáreis los pecados les serán perdonados, y á quienes los retuviéreis les serán retenidos.» El juez, para perdonar, debe oír al reo; luego debemos decir nuestros pecados al sacerdote, si ha de absolvernos, como la Magdalena, la Samaritana, la Mujer adúltera y Zaqueo, dijeron los suyos á Jesucristo, que les perdonó. Así, dice la Iglesia, entendieron los Apóstoles inspirados por el Espíritu-Santo, estas palabras de Jesucristo, como lo prueba la epístola de Santiago, que dice: «confesad unos con otros vuestros pecados para que os salveis»; así la entendieron siempre, todos y en todo lugar: *semper, ubique, ab omnibus*, las tres condiciones para establecer un dogma. Y para demostrar que esto es cierto, acude á la tradicion, cuyos primeros escritores fueron los padres de la época apos-

(1) Cap. XX, v. 22 y 23.

tólica: San Clemente, San Justino, San Cipriano y los que les siguieron como Tertuliano, Orígenes y todos los demás; nos muestra los testimonios posteriores y de todo punto auténticos, que prueban que la práctica de la confesion pública *se observaba, dice, simultáneamente con la secreta ó auricular*, y nos presenta las diferentes fases de la disciplina sobre este punto. Luego, con argumentos de razon, defiende la necesidad de esta práctica y los inmensos bienes que ha reportado á la sociedad cristiana, como no podia ménos de suceder con una institucion establecida por Cristo. Este es, en compendio, el dogma en lo tocante á la confesion auricular.

Pero la filosofía y la crítica han salido al encuentro de estas afirmaciones, y creen poder asegurar con absoluta certeza que las palabras de Jesús, dado que sean suyas y él ejerciese en este mundo una mision divina, sólo significan lo que dicen: «que los sugetos á quienes se dirigia podrian perdonar los pecados á quien quisieran y Jesús lo daria por bien hecho»; que en todo el Evangelio no hay una sola palabra que directa ni indirectamente aluda á la confesion pública ni secreta, ni la Magdalena ni los demás personajes confesaron realmente con Jesús, áun cuando él los perdonara. La carta de Santiago, caso que sea efectivamente apostólica, no alude á la confesion, sino á la humildad con que debemos sinceramente *reconocer* ante el prójimo nuestros

pequeños defectos; y si hubiera de entenderse el texto á la letra, habria que creer que todos podíamos escucharnos y absolvernos mutuamente (*altérutrum*) sin acudir al sacerdote. De otros lugares del Antiguo Testamento que se citan como figuras ó profecías de este dogma, y de los del Nuevo, que se dan como referencias ó alusiones, la crítica desdeña ocuparse, porque ni acepta ni puede hablar siquiera de esa exégesis que se llama sentido alegórico y anfibológico, por la cual se hace decir á un texto bíblico lo que se quiere.

En cuanto á los Santos Padres, se han examinado sus obras y de ellas no se deduce rigurosamente otra cosa que referencias á la virtud de la penitencia, al dolor, al reconocimiento humilde de nuestros propios pecados y á su remision por Jesucristo. Los cánones apostólicos han resultado apócrifos, segun confiesa la misma Iglesia, confeccionados en el siglo IV, 300 años despues de los Apóstoles, y nada, absolutamente nada hay hasta este siglo que pruebe la práctica de la confesion pública ó secreta en todo el mundo cristiano, habiendo sido destruidos por la crítica todos los aparatos históricos inventados para llenar esta inmensa laguna.

Despues del siglo IV sigue el silencio de los Padres y los Concilios sobre la confesion auricular; sólo se habla de la pública, que empezó por ser un juicio y fué sufriendo muchas fases y

siendo objeto de infinitas disposiciones canónicas hasta su desaparición, no repentina ciertamente, en el siglo XIII.

Inexplicable es para los modernos este silencio, esta falta de legislación sobre la confesión secreta cuando tanto hubo que hacer con la pública, y que cuando ésta se entronizó fuese objeto de los cánones, disposiciones y controversias que todos sabemos, ¿no parece todo esto probar que hasta el siglo XIII no fué establecida?

Esta opinión se fortifica con el curioso testimonio de San Juan Crisóstomo, que en sus homilias 8.<sup>a</sup>, 30 y 31 dice: «Examina tus pecados y júzgalos dentro de tu conciencia sin más testigo que el Señor: pesa la vida como en una balanza, ten arrepentimiento y *en seguida* acércate á la sagrada mesa y participa del Sacramento.» «Yo no te mando declarar tus pecados, ni acusarte delante de los otros hombres...» «No es necesario que te confieses ante testigos: examina tus pecados á solas y *que sólo Dios vea tu confesión.*» «Yo no os obligo á declarar vuestros pecados á los hombres. Mostrad vuestra conciencia ante Dios y pedidle indulgencia.»

Esto no deja la menor duda á los críticos de que en el siglo IV y principios del V no se practicaba más confesión, en muchas regiones, que decir ante el sacerdote una fórmula parecida al *confiteor* de ahora, y que él, antes de la comunión, pronunciara en forma puramente depreca-

toria algo parecido á la absolucion. Sólo así se comprende que pudieran comulgar 60.000 personas en un solo dia, como se lee en alguna historia de aquel tiempo.

En el siglo VIII nos hallamos los primeros documentos que atestiguan la confesion auricular ante un solo sacerdote, la transicion de lo público á lo secreto. Todavía la absolucion no era lo que es hoy, sino una simple deprecacion para que Dios perdonase. Todavía en algunas partes se verificaba la confesion mixta, primero ante uno solo, y en seguida en público. Graciano habla de las controversias y las dudas por la confesion auricular y no se decide por ningun partido, aunque dice que el perdon se verifica *por la contricion y el arrepentimiento, no por la confesion*. Desde aquí una barahunda histórica, endiablada. Concilios provinciales ó nacionales, patriarcas y obispos que establecen ó suprimen la asendereada confesion ó la permiten como forzados por la corriente general. Abades, y lo que es más, abadesas, que oyen confesiones hasta que se lo prohíbe Inocencio III. Hasta el siglo XIII no aparece preceptuada la confesion auricular con el propio párroco una vez al año (concilio de Letran). La nueva disciplina dió lugar á enormes abusos tan grandes ó mayores que los que ocasionaba la antigua confesion judicial, pública ó mixta, y á la confeccion de esos malhadados libros obscenos que se escribieron para guía de

confesores, en donde está previsto cuánto puede hacer y no hacer el sér más corrompido, como si se tratara más bien de enseñar que de evitar delitos. Cuanto puede concebir lá más lujuriosa imaginacion, los más mínimos detalles y circunstancias, todo consta allí en repugnantes preguntas y lecciones de inmoralidad ó de la más absurda y risible demonología, mágia ó adivinacion.

Lo peor es que no se ha renunciado á esta costumbre, y todavía autores como Debreyne escriben obras como *La Mæchialogía* y el *Ensayo sobre la Teología moral*, ó estúpidos mamarrachos episcopales, como el tristemente famoso *Padre Claret*, escandalizan á todo un pueblo con la inmundada *Llave de Oro*, cuyos párrafos ni áun en latin, la lengua de las desvergüenzas, me atrevo á copiar. El relato de las atrocidades que estos libros han inspirado á los confesores, buenos ó malos, que por ellos se han guiado, seria todavía más repugnante

Digan, pues, lo que quieran los falsificadores de la historia eclesiástica, en los primeros siglos no hubo confesion. Más adelante, el pecador público era excluido de la participacion de la sagrada mesa y no volvía á la gracia de la Iglesia hasta que no confesaba y detestaba en su presencia el pecado y cumplía la penitencia, tambien pública, que le imponian, primero al arbitrio del obispo y el presbiterio, despues los Cánones penitenciales.

Los usos engendran las leyes, y las corrientes que encauzan el espíritu en cada época llevan á los hombres necesariamente á determinadas costumbres. Andando el tiempo, hubo que confesar públicamente hasta los pecados ocultos, y públicamente sufrir el rigor de los Cánones. Pero esta práctica encontró muy serias repugnancias y produjo grandes abusos, acaso descubriendo los pecados, no siempre leves, de los mismos pontífices, obispos y clérigos, contribuyó al enfriamiento de la piedad, y tan lógicamente como se habia entronizado, cayó en el desuso, muerte lenta de todas las instituciones.

Pero ya estaba afirmada por entonces la autoridad de la Iglesia para perdonar pecados, lo que le daba en el mundo, entonces fanático é ignorante, el primer lugar. Al fin hubo que deferir á las exigencias del tiempo; la confesion pública fué abolida gradualmente, y la Iglesia, resignándose, cedió, pero como cede siempre, aparentando que hacia una concesion, y permitió que la confesion fuese particular: de aquí data la institución de los penitenciaros, y este es el principio de la confesion auricular, que no fué entonces tampoco lo que es ahora, sino una manifestacion sumaria y compendiosa de los pecados. A veces el penitente sólo decia: «Pequé grave (ó levemente)», y el penitenciario, despues de reprehenderle ó aconsejarle, pronunciaba la fórmula «*El Señor Jesucristo te absuelva*», fórmula depre-

catoria, á la que tardó mucho en añadirse lo que hoy se dice: «*Y yo, con su autoridad, te absuelvo en nombre del Padre, etc.*» Y así, paso á paso, se llegó hasta la confesion que un autor moderno ha llamado hecha con microscopio; la confesion de la Edad Media, minuciosa, obscena, brutal y formulista, arreglada al patron de las referidas obras penitenciales, escritas para ilustrar la barbarie de aquel sacerdocio ignorante. El misticismo, que todo lo invadió, halló su lugar de refugio en la confesion y la hizo aún más minuciosa, determinando la *direccion espiritual*, ese procedimiento por el cual el sacerdote se apodera de un alma, la subyuga y esclaviza, se hace su dueño y no le permite pensar ni sentir ni desarrollar las actividades morales ó físicas, sino cómo y cuando le place. Esta es la obra de los escolásticos, perfeccionada por los místicos y llevada al *summum* por las órdenes religiosas.

Los abusos que ha ocasionado, las almas que ha perdido deformándolas y lo que ha desnaturalizado el Cristianismo, sólo pueden saberlo los que han experimentado sus efectos desastrosos. En tiempos de Lutero un grito unánime se levantaba por doquiera: ¡Reforma! ¡reforma! La confesion era uno de los puntos que se creian más vulnerados, y grande corrupcion debió ser la suya cuando los reformadores creyeron hacer un bien eliminándola; esto no se le ocultará al que sepa leer en la historia.

Camús, obispo de Velley, clamó contra *El Director espiritual*, lo comparó á un javalí que destroza la viña y á una zorra que arrebatá los polluelos; clamó también contra *Las Ordenes Monásticas* y las acusó de avaricia y de hipócrita soberbia (1).

Hubo un tiempo en que pareció que se iba á renunciar á esta práctica absurda, embrutecedora y anticristiana, en gracia de la transformación que determinó la Revolución francesa y el catolicismo liberal; pero muy pronto se verificó la reacción, y en ella estamos todavía. Aquí ya no queda nada del espíritu cristiano, nada grande y conmovedor, nada útil siquiera; los espíritus serios se han apartado de la confesión, imitando á los hombres superiores, buenos y malos, y cada día vá tomando mayores proporciones esta desviación; sólo algunos ignorantes y los hipócritas acuden al confesonario arrastrados por la mujer: ésta, aunque más lentamente, se vá apartando también, á pesar de los titánicos esfuerzos que se hacen para retenerla; es ya cuestión de vida ó muerte. La mujer domina en el mundo; el que la subyugue será el amo de la tierra, se dicen los ultramontanos; pero no hay fuerzas humanas bastantes á detener la corriente del tiempo, y el fin de la dominación del confesonario se

---

(1) *El Director Espiritual y Las Ordenes Monásticas*, obras del citado obispo.

acerca. Entonces tendrá solución este problema tiempo hace planteado. ¿Es mejor la humanidad dirigida por el confesor que la que se dirige á sí misma sin más guía que la religion natural, la ciencia y la experiencia?

Este libro es, pues, un dato para la resolución. Puede deducirse de él que los que se confiesan no salen por esto de su ignorancia, ni pierden una sola de sus malas cualidades, ni doman la ménos fiera de sus pasiones; empero el niño y la doncella pueden ser iniciados en los misterios del mal, cuando no prostituidos; el secreto sacramental puede ser violado y la mano criminal del confesor malvado (y es evidente que abundan, segun confesion de la misma Iglesia), mano sacrílega, movida por inteligencia excéptica ó corazón corrompido, puede perpetrar el despojo de los menores, el matrimonio sacrílego de conveniencia, la separacion de los cónyuges y la relacion de los afectos de familia; puede fanatizar á la jóven para que abandone sus padres naturales por la paternidad fria y simulada del cláustro; puede extraviar las inteligencias, exaltar las pasiones, producir las guerras civiles y armar en la sombra el brazo de los fanáticos al estilo de Revuillac ó Jacobo Clemente.

Las virtudes que sostenga la confesion no está probado que sean más que las malas pasiones que enciende ó perpetúa. Esta consecuencia he sacado de mi práctica de confesor; esto mismo

se desprende de los relatos que contiene este libro, relatos auténticos, respondo de ello bajo palabra de honor, naturales, sin aderezo literario ni plan retórico, porque este libro no es una novela, ni una diatriba, ni á nadie ataca; ni creo necesario el artificio para que cumpla su objeto.

LOS SECRETOS DE LA CONFESION NO SON otra cosa que la humanidad puesta ante la cámara oscura (nadie me negará que es oscura) del confesionario para retratarse á sí misma. ¡Si hablaran los jesuitas! Ellos, que son los maestros en el arte y sólo confiesan damas aristocráticas, personajes, obispos y monjas, ellos darian mucha luz; pero callan, nadie habla y por eso escribo yo, consecuente en mi propósito de dar á conocer la Iglesia, y sea despues lo que fuere, que no sé hacer otra cosa.

No ataco á la religion, dejo ese cuidado á sus sacerdotes y adictos, no quiero ofender á ninguna clase, ni ménos á individuo alguno. Si muchos se reconocen en ese espejo, esos serán probablemente los que griten. ¿He de renunciar por eso á decir la verdad?

Lo que he procurado es salvar el escollo grande de la confesion, la carne y sus pecados. Este libro habla ruda y audazmente, pero no es pornográfico, ni permita Dios que yo pierda el juicio hasta ese extremo. No creo que se pueda hacer nada moral, ni de trascendencia, descendiendo hasta la pintura de lo que todo el mundo sa-

be cómo se verifica; habria además faltado á la verdad, porque los penitentes, al ménos los que yo he oido, si son á veces cándidos ó demasiado ingénuos, casi nunca son obscenos.

Claro es que no he transcrito más que las confesiones notables que podríamos llamar típicas, cuidando de desfigurar algunas que podrian perjudicar á los que las hicieron, muchos de ellos vivos en la actualidad. Confieso que, colocado en este terreno, hubiera podido inventar mucho, todo lo que puedo suponer que dicen á sus confesores los penitentes que no han recurrido á mí; pero temo al remordimiento que me causaria esta ficcion, que no merecen mis lectores.

¡Cuántos de entre ellos se habrán dicho, al escuchar el cuchicheo de la mujer que habla por la celosía: «Daria cualquier cosa por saber qué está pasando ahí!» Ahora van á saberlo, como si hubieran estado ejerciendo de confesores durante largo tiempo. Si mi trabajo les place, tendré en ello gran satisfaccion; si algunos se escandalizan y vociferan ¡exageracion! ¡sacrilegio! todavía me darán mayor gusto, porque si lo realmente verosímil que les presento, aunque al desnudo, así les asusta, ¿qué harian si hubiera yo dicho lo mucho que callo por aparentemente inverosímil, aunque cierto, atento á aquella máxima que aconseja callar la verdad, cuando se prevé que ha de parecer mentira? Sus milindres serán la prueba de que he obrado bien siendo

circunspecto, aunque nunca fué mi ánimo escribir para los fanáticos ó meticolosos.

No he tenido espacio más que para divulgar los secretos del confesonario; en cuanto á las miserias é inmoralidad espantosa de la *direccion espiritual*, son ellas tales que apenas podré tratarlas con regular extension en un libro aparte, que saldrá á luz tan pronto como sea posible.





# PRIMERA PARTE

## EL PUEBLO

Desde que recibí, á poco de ser ordenado, las licencias de confesar y el encargo de ocupar un confesonario, andaba yo preocupado y lleno de curiosidad. Soñaba yo con revelaciones asombrosas, misterios profundos, crímenes horrorosos, pecados de todas las especies, tales y como yo los había aprendido en mis libros.

Aguardaba yo al ladrón y al asesino, al juez prevaricador, al comerciante ladrón, al periodista vendido ó reptil, á la cortesana impura. Los hombres de altas regiones debían sin duda descubrirme extraños secretos, que completarían por su parte los criminales de baja estofa sus cómplices; los soldados de fortuna me abrirían el sagrado de las cons-

piraciones. Algun incrédulo empedernido rico ó afamado por su ciencia vendria á comunicarme sus dudas, y algun obispo arrodillado á mis piés me haria sabedor de los secretos del gobierno de las almas. Ya que he de ejercer un oficio molesto y contrario á mis gustos, al ménos que satisfaga mis instintos de observador, decia yo sentado en mi cajon, esperando en vano. Cada vez que pasaba una hermosa jóven ó un señor elegante, este será el primero, pensaba estremeciéndome. Pero transcurria el tiempo y sólo acudian penitentes vulgares ó almas justas, que referian pequeñas imperfecciones propias y grandes pecados ajenos.

Ellos vendrán, seguia yo diciendo con paciencia; mas ni vinieron entonces, ni han venido luego: la experiencia me lo ha enseñado, esas gentes no se confiesan, ó si se acercan para cumplir con el mundo, dicen lo que les conviene. La confesion en nuestros dias no la practican más que gentes sencillas ó semisabios, fanáticos vulgares, buenos y algo creyentes en su mayoría. Por estos y alguno de los otros que confesé en la hora de la muerte, he sabido lo que llena este libro. Por fin llegó la cuaresma, y con ella se animó el confesonario; empezaron las confesiones de largo tiempo; los añeros (1) invadieron la iglesia: aquello no era todo lo que yo esperaba, pero quién sabe lo que iria viniendo. La primera confesion digna de notarse, y que no olvidaré nunca, fué la siguiente:

---

(1) Añero, en el tecnicismo penitencial, es el que sólo confiesa una vez al año.



## EN PRESIDIO

### Ó LAS CONSECUENCIAS DE LA CONFESION

Hablemos algo sobre el secreto de la confesion.

Entre católicos es verdad incontrovertible que el sigilo sacramental nunca es violado; que la Iglesia tiene tomadas todas sus medidas y establecidas severísimas penas; que es muy raro, rarísimo, que haya un sacerdote tan perverso que cometa esa maldad sacrílega, etc., etc.

Fiado en esta doctrina el mundo católico se lanza al confesonario y allí..... vacía el costal de sus culpas, abre su corazón y entrega la llave de sus más recónditos escondrijos.

Los sábios católicos se hacen lenguas de la prudencia de Cristo y su Iglesia, al confiar el ministerio penitencial sólo á los hombres, y refieren la consabida anécdota de Santa Teresa, que dejó escapar el pajarilo oculto en una caja.

Pero yo, que me precio de conocer algo á los hombres y de atreverme á investigarlo todo, pregunto sin rodeos: ¿es merecida la fama de prudente

y reservado que goza el sexo feo? ¿carece de pasiones? ¿es ajeno á la curiosidad? ¿no puede perder natural ó artificialmente el juicio?

Por aquí, si bien se reflexiona, se verá que no es tan inviolable el decantado sigilo. Pero no es eso todo; si se examina la disciplina de la Iglesia se verá que ésta lo garantiza muy poco.

Hé aquí lo más notable que enseña sobre este asunto:

En primer lugar, Cristo, al instituir la confesion, nada dijo del secreto. La confesion fué primero pública, y luego, cuando se vió los males que producía, fué auricular y secreta, y de aquí el sigilo *para no hacerla odiosa*. El confesor y todos los que por malicia ó impremeditacion escuchasen el relato ó viesen los pecados escritos en *memorandum*, los que oyesen á un confesor malo revelar el sigilo, están obligados á guardarle. Esta obligacion no tiene otra fuerza que la del secreto natural, que nos obliga á todos á callar lo que el prójimo nos confía ó sabemos que no quiere publicar.

Pero despues la Iglesia enseña: 1.º, que si el confesor ú otra persona sabe los pecados por otro conducto despues de haberlos oido en confesion, ya puede publicarlos sin quebrantar el sigilo sacramental; 2.º, que puede preguntar y el penitente debe manifestarle las circunstancias *notablemente agravantes, la reincidencia y el estado ó condicion de los cómplices*, por donde puede muy bien deducirse sus nombres.

Entre las cualidades que deben adornar al confesor, la última que exige es el sigilo, como la ménos importante.

Las penas establecidas contra el sacerdote locuaz son: deposicion del oficio y encierro en un monasterio; pero ha de ser despues de proceso canónico y sentencia firme, lo cual es muy raro. No hay excomunion ni es pecado reservado al Papa; no es delito sospechoso contra la fé, y se considera como efecto de locuacidad é inconsideracion. El que lo comete no debe ser denunciado al Santo Oficio.

Esta es toda la garantía que ofrece la Iglesia, muy poca en verdad. En la práctica la cosa es más escurridiza.

Los obispos permiten que sus sacerdotes les manifiesten las cosas enormísimas que oigan en confesion, y bien sabido es la facilidad con que se tiene por crimen enormísimo cualquier bagatela. Casi todos los clérigos preguntan á los penitentes los nombres de sus cómplices, y muchos los obligan de mil modos á manifestarlo.

He conocido un obispo, y todos los naturales de Cuenca que hoy tienen edad madura lo conocieron también, el cual, contra lo que es costumbre, solia sentarse en el confesonario. Allí preguntaba nombres propios y luego obraba en consecuencia.

Varios clérigos fueron castigados, y muchos secretos descubiertos por este medio. ¿A qué extremo llegaría el abuso, que hubo sérios disgustos en la ciudad, ve obispo que sucedió al referido, mandó destruir el confesonario que ocupaba su antecesor, y él no confesó á nadie mientras rigió aquella diócesis?

He vivido en países los más levíticos, Valencia, Cataluña y Vascongadas, donde el sigilo sacramental es letra muerta, y al saber que habia un

sacerdote forastero, las mismas beatas y otras muchas gentes corrian á mi confesonario, se desahogaban, y muchos me decian que era porque de los curas de allí no podia nadie fiarse. En efecto, cuando ellos tuvieron confianza conmigo, me refirieron vidas y milagros de sus confesadas y de las mias, ó hablaron de un modo tan indiscreto, que pude muy bien deducir lo que apenas callaban.

Todo el que haya estado en colegios religiosos ó conventos, sabrá que lo que se confiesa se sabe, y más de uno habrá sido castigado por causa de la confesion. Los jesuitas, sobre todo, son una especialidad para esto. Las prioras ó superiores de colegios de niñas, es sabido que se enteran por los confesores de la índole de sus alumnas, y que obran en consecuencia; esto me consta, porque he experimentado algo.

He tratado con sacerdotes dados al vino, habladores ó necios, que dejaban adivinar, sobre todo en localidades pequeñas, cuanto oian, y tambien los he conocido perversos é infames, que se han valido de la confesion para fines criminales.

Muchos sabrán que en la famosa sociedad de la Garduña, además de nobles, obispos, familiares de la Inquisicion, frailes, monjas, damas, jueces y otras gentes que á ella pertenecian y de sus robos participaban, habia sacerdotes que, valiéndose de la confesion, sabian lo necesario para que luego otros verificasen los robos.

Y aunque el hombre no sea un malvado, á lo mejor las pasiones... Yo me acuerdo de un monaguillo á quien sedujo el ama de cierto cura: llegó

el Jueves Santo y el muchacho confesó su pecado con el cura en cuestion. Obligado estaba él á callar y producirse como si nada hubiera sabido; pero si algun enamorado me lee, comprenderá que hay cosas superiores á las humanas fuerzas; el clérigo empezó á mirar mal á su ama y peor al monaguillo; éste fué el primero en ser despedido, luego lo fué ella, despues... de saber la verdadera causa de su desgracia.

Y que algo y aún algos ha ocurrido en todo tiempo, lo prueba la misma teoría llamada entre curas *la integridad moral*, por la cual el penitente puede callar ciertos pecados, si sabe que el único confesor de que dispone por el momento ha de decirlos ú obrar en consecuencia, con peligro de su honor, de su vida ó la del penitente.

Basta de digresion y escucha, lectora, que esto te interesa especialmente.

Habiendo ido cierta mañana á confesar los penados de un presidio, pasé un rato muy malo oyendo de boca de aquellos desgraciados el catálogo de abusos, infamias, tiranías é inmoralidades que constituyen exclusivamente nuestro sistema penitenciario.

Mucho me chocó, y lo mismo les sucede á todos los sacerdotes que han confesado presidiarios, que todos, absolutamente todos son inocentes. El juez, el escribano, fué sin querer, fué otro, estoy aquí por una calumnia, etc., fué lo que todos me dijeron.

Por último se acercó uno en cuyo semblante reconocí las señales inequívocas de la honradez y una gran tristeza y abatimiento.

—No es mi intencion confesarme, señor cura, vengo obligado; porque si no me ven hacer esto, me darán una terrible paliza; si Vd. es bondadoso, tenga compasion de mí y evíteme ese dolor teniéndome aquí un rato, y echándome luego la bendicion; eso bastará.

—¿No es Vd. católico acaso?

—Nunca he sido muy creyente, aunque no soy ateo, pero me he hecho promesa solemne de no confesar nunca, y si salgo de aquí he de disuadir á todo el que pueda. Si estoy preso, es por causa de la confesion. Yo, padre, he asesinado á mi esposa.

Miré á aquel hombre con cierta repugnancia; tenia delante de mí á un asesino.

—¿Y qué tiene que ver en eso la confesion?

—Oiga Vd. Hace bastantes años murió el cura de mi pueblo, y vino á reemplazarle un sacerdote muy digno y bondadoso, pero vulgar, y un tanto ignorante.

El mismo dia que llegó me dijo mi mujer: me he confesado con el nuevo cura, y es muy bueno, un santo; me ha dicho que yo soy la primera persona que se confiesa aquí con él, esto es, lo he estrenado, añadió sonriendo.

Esto nada tenia de particular.

Pasaron cuatro años, y una tarde que estábamos reunidos en la botica el tal sacerdote, el médico, no sé quién más y yo, que volvia de dar un paseo con mi consorte (aquí se turbó el penado en gran manera), el médico le decia al cura, bromeándose, que nunca habia podido figurarse que en nuestro pueblo estaria tan bien, y sus habitantes serian tan buenos.

—Pues mire Vd., dijo el eclesiástico, la casualidad hizo que formase el primer día muy mal concepto de unos y otros, pues apenas me había sentado en el confesonario, la primera persona á quien escuché era una mujer adúltera, y con circunstancias agravantes...

Mi esposa palideció; yo sentí una nube de sangre sobre mis ojos, dí un grito... casualmente había sobre el mostrador un gran cuchillo, y... como no esperaban tal cosa, no hubo salvacion para la infeliz, ni desde entonces, dijo sollozando, felicidad para mí sobre la tierra.

.....

Quedé horrorizado, y siempre que lo recuerdo tiemblo á mi pesar.

Esta leccion es elocuentísima y no debe olvidarse. Si aquella mujer no hubiera confesado, lo mismo podria haberse corregido y hubiera sido feliz ella y su inocente marido.

No lo olvideis, lectoras, lo que no se dice es lo que más callado está, y no he visto cosa más sábia que aquel dicho de la marrullería castellana:

¿Callarás un secreto, amigo mio?

Mejor lo callarás si no te lo confio.





## ¿TRAICION Ó JUSTICIA?

---

Después de haber escuchado parte de la confesión de un sugeto de buena apariencia y no mal modo de explicarse, le oí decir:

—Me acuso de haber dejado tuerto y muy desfigurado á un hombre.

—Habrá sido sin quererlo.

—No, señor, voluntariamente y... á traicion.

Miré al penitente, y no ví en él cosa alguna que le vendiese por un miserable; la expresion de su semblante no era la de la maldad ó el crimen; miraba de frente y hasta creí adivinar en sus facciones los indicios de la rectitud y la honradez; los pecados que habia manifestado eran insignificantes. ¡Cómo engaña la apariencia! pensé involuntariamente, y en voz perceptible dije casi maquinalmente:

—Eso es grave. ¿Qué le ha impulsado á obrar de ese modo?

—La venganza.

—Enorme pecado.

—Lo sé muy bien, y por eso me confieso de él, aunque me cuesta mucho arrepentirme. Yo no he inventado ese delito, ó lo que sea; lo he aprendido de mis padres y mis maestros, lo he visto canonizado en los libros santos, tolerado por la Iglesia y ejercido por toda la sociedad.

—Vd. confunde la venganza con el castigo de la culpa.

—Podrá ser, mas tambien eso lo he aprendido de mis mayores y superiores.

—No lo comprendo.

—Es muy sencillo. Cuando yo era niño cometia las travesuras é imprudencias propias de la edad... y de la educacion defectuosa, que por lo general recibimos. No habia falta que no fuese castigada por mis padres con golpes, falta de alimento y otras penas muy graduadas y ordenadas, segun la gravedad del delito. Las palabras ¡ah, bribon! ya me las pagarás, ¡tú caerás en otra! y ciertos hechos me hicieron comprender que muchas veces no impulsaba á mis padres el intento de corregirme, sino de satisfacer secreto deseo de venganza por la ofensa que recibia su orgullo ó autoridad con mis travesuras, puesto que faltas realmente graves pasaban casi sin castigo, si no afectaban directamente á los planes, ideas ó costumbres de mis progenitores. Maltratar á un niño, quitarle algo, matar á un animal ó burlarme de un anciano, eran faltas que merecian menor castigo que romper una taza ó derramar el caldo sobre el mantel.

Muchas veces me pegaban á sangre fria por faltas cometidas dias atrás, y ya olvidadas por mí;

aquello no podía quedar así, decia mi padre, que era todo un buen cristiano, y aseguraba que lo mismo habian hecho con él.

Por esto, lo primero que se me ocurría cuando me ofendía alguien, era hacerle algun daño, era lo que habia visto.

Fuí á la escuela, y allí sucedía otro tanto; cada falta tenia asignado su castigo á sangre fria, con ensañamiento y muchas veces con escarnio.

Yo comprendo que en un arrebató se pegue á un chico un mojicon, pero que el maestro mida y pese los golpes, hable de ellos como de cosa de risa, llamando á la correa doña Escolástica, á las palmetas confites, á los puñetazos en la cabeza capones y otras necedades, y que friamente mande poner la mano que ha de recibir los golpes, no lo comprendo ahora y antes me era instintivamente repulsivo.

Yo he visto al maestro irritado porque un muchacho, á quien esperaba castigar por un delito del día anterior, tardaba en venir á la escuela. «¡Pobre de él cuando venga! decia acariciando la correa; ¡qué doce palmetas vá á llevar! ¡estoy haciendo coraje para dárselas!»; y así fué, cuando el muchacho llegó lo hizo cuadrarse, poner la mano, y con toda la alegría mezclada de coraje de la venganza satisfecha, se irguió y le dió un cruel correazo en una mano; el niño lanzó un ¡ay! y echó á llorar metiéndose precipitadamente la mano bajo el sobaco. ¡La otra! gritaba el maestro, y el chico la adelantó rápidamente esquivando con rápidos movimientos el golpe. ¡Tente quieto ó te doy en la cara! seguía gritando el maestro, y la pobre criatu-

ra ponía alternativamente las manos y lanzaba ayes á cada golpe, presa de dolor insufrible: sus manos quedaron hinchadas..... Esto se repetía con frecuencia, amén de las cabezas de burro, los puntapiés, puñetazos y otros excesos, casi siempre á sangre fría y por causa de misteriosas delaciones.

Pero todavía hay algo más infame. Algunas veces nos castigaban llevándonos de aula en aula acompañados de un chico pregonero que decía al entrar: «De parte del Padre Fulano que pegue Vd. seis palmetas á este niño por travieso, torpe, etc.», y el profesor de la respectiva aula interrumpía sus tareas, cogía la palmeta y pegaba á aquel muchacho que nada le había hecho y á quien no conocía, los golpes que el pregonero había dicho, y de allí pasaban á otra aula donde se repetía la misma escena repugnante; esto aprendí en la Escuela Pía, y poco más ó menos en otras varias, particulares ó del Estado.

¿Qué de extraño tiene que si un muchacho me ofendía yo quisiera vengarme?

Sólo que un día quise pegar á cierto compañero que me había delatado, y como era más fuerte que yo me pegó él á mí. Entonces comprendí que yo era un tonto; el maestro era más fuerte que el discípulo, como mi padre lo era más que yo, y Dios más que los hombres: luego era necesario suplir con mañas aquella falta de fuerza.

Puedo decir que yo no he sido jamás agresor en este mundo; mi carácter es tímido, aborrezco la sangre, la violencia y el despotismo, y sobre todo amo con ardiente entusiasmo la justicia, aunque sea en contra mía; pero por lo mismo exijo que

se me guarde la recíproca, y cuando así no lo hacen conmigo ó con cualquier inocente, me enciendo y pienso involuntariamente en la venganza.

Decía, pues, que comprendí la necesidad de cierto arte para vengarse y que el culpable no castigase además al inocente.

Un día cierto guardia civil que vigilaba en la calle (era en tiempo de Narvaez) me pegó injustamente una terrible bofetada; otro niño había hecho la travesura, pero en alguien había de descargar su ira aquella autoridad.

¿Cómo vengarme siendo un muchacho? Apunté cuidadosamente el número de aquel hombre y cuando, pasado algún tiempo, volvió al mismo punto, le arrojé por detrás sobre la levita el contenido de un frasco de agua fuerte y me escondí. El compañero fué el primero que le advirtió su desgracia, y allí fué la aflicción de aquel miserable y mi satisfacción más cumplida; estaba vengado; la injusticia estaba castigada por mí, ya que ni Dios ni la justicia de la tierra se cuidaban de la bofetada sufrida por un inocente.

Desde entonces, padre, repetí venganzas análogas con mis maestros y con todo el que me hizo daño á sabiendas é injustamente. Me he confesado; pero he vuelto á caer. Conste, sin embargo, que yo nunca he sido el primero.

—Pero ha sido Vd. juez en causa propia.

—¿Y á quién recurría yo?

—Siempre será mala la venganza. ¿A dónde iríamos á parar por ese camino, hijo mio?

—A donde ya estamos, puesto que todo el mundo se venga; la ley de Cristo no ha tenido eficacia

alguna, ni ¿cómo habia de tenerla? Dios, que es misericordioso hasta lo infinito, castiga con el fuego hasta las palabras ociosas. Tan eterno es el infierno para un asesino como para el que comió carne en viernes. Para la ira divina no hay prescripción; el justo pasará aunque sea un momento en el purgatorio, por la palabra ociosa pronunciada cincuenta años antes, y ya olvidada; allí todo se paga, y hasta los pecados de los padres se castigan en los hijos inocentes hasta la cuarta generación. Todos pagamos el pecado de Adán, y el diablo no ha sido ni será perdonado, como no lo será Judas, que contribuyó á la humana redención, ni los moros que murieron sin tener noticia de Cristo, aunque siendo justos, segun la ley de Mahoma, única que sabian.

—Dios, amigo mio, es árbitro de nuestra suerte, nos ha criado y es tambien nuestro juez; precisamente porque castiga debemos confiarle la suerte de los que nos persiguen.

—Le diré á Vd. Casi todos los cristianos dicen: aquí no me veas mal pasar, que allá no me verás penar. Y yo añado, que no me importa nada que al que me usurpa mi dinero, v. g., lo metan en siete infiernos; mejor seria que Dios con su poder le obligase á resarcirme y le diese un castigo aquí, donde otros pudieran escarmentar, porque en la otra vida ya no tiene remedio lo hecho.

—Cuidado, que vá Vd. á dar en la herejía.

—El sentido comun creo que no puede ser herético. Iba á decir á Vd. que la Iglesia tambien se venga, y así lo dice con franqueza; es más, pide que sus adversarios sean triturados por la diestra

divina, *Dextera tua potentia conterantur*, canta en las misas mayores, y hace que el Estado los persiga. Este no se descuida en vengarse de los suyos, y así sucesivamente. Yo recuerdo que los abades y obispos ahorcaban por sí y ante sí á los que cazaban en sus cotos señoriales, y embargaban hasta el último mueble de sus colonos.

—Basta, basta. Mala es la venganza, digan lo que quieran, le interrumpí metiéndolo todo á barato, pero si se verifica á traicion...

—¿Y cómo habia de verificarse? ¿O es Vd. de los que creen más noble el desafío? Yo creia que la Iglesia habia renunciado ya al antiguo duelo judicial. ¡Valiente simpleza! Mi maestro no me daba otra palmeta, y un escudo, ni mi padre otro palo para defenderme, ni la justicia pone al reo armado de iguales armas que el verdugo. No, lo que hace falta es tener razon. Estaria bueno que mi opresor, despues de su crimen, pudiera esgrimir sus armas contra su víctima, acaso ménos diestra en la lucha; eso seria igualar la justicia con la iniquidad, y aún asegurar á ésta el triunfo.

Yo he visto hace años á un canalla jactarse de haber muerto en desafío al marido de una de sus conquistas. No soy yo tan nécio; el mal está en la venganza, pero una vez aceptada como buena, debe tener lugar de un modo, sea el que fuere, que no permita escapar al delincuente. ¿No es así como obran el mismo Dios, la Iglesia y la justicia de la tierra? Pues así he obrado yo cuando he estado seguro de que ninguno de los tres castigaria al infame que me escarneció.

Ahora que me castigue Dios si gusta.

—¿Pero qué ofensa ha recibido Vd.?

—Casi nada. El cacique de mi pueblo sedujo á mi mujer, los cogí *infraganti*, él huyó, pero habia dos testigos, y entablé el proceso. Tres jueces fueron trasladados, yo recibí anónimos y una paliza de manos de unos enmascarados, perdí mi empleo, gasté mucho, y gracias que no he sido condenado por calumnia como queria el cacique; hasta los testigos han sufrido su influencia. ¿A quién recurrir? Ni la Iglesia, ni el Estado, ni la sociedad, me hubieran atendido. Mi mujer murió de vergüenza. ¿Quería Vd. que siguiendo la máxima evangélica «al que te robe la túnica dale la capa,» hubiese tambien entregado al cacique mi hija?

Dejé pasar tiempo, salí del pueblo, pero volví, aceché á mi enemigo, y de un tiro le dejé como he dicho antes. Curó, pero sabiendo su flaco, busqué una mujer perdida, le pagué bien, ella fingió pretender la influencia del poderoso tuerto para un asunto, él le pidió... lo que ella podia darle, y hoy agoniza de una enfermedad asquerosa; su mujer lo ha sabido, y lo ha abandonado, sus hijos le desprecian. Esta es mi obra. Ahora si Dios quiere perdonarle, me es igual, yo mismo se lo pediré de rodillas. Pero diga Vd., quisiera yo ver en mi lugar á los obispos y los monjes, y los que pasan por santos. La venganza es placer divino.

Ahora espero su reprension y su fallo, pues no tengo más pecados.

Mi fallo no tiene aquí importancia; ¿pero, no es verdad que si los inícuos supieran que sus víctimas podrian ser como este penitente, andarian con piés de plomo?



## NO QUIERO TENER HIJOS

---

Una mañana de Marzo, á mediados del tiempo señalado para cumplir con la Iglesia, estaba junto á mi confesonario un hombre como de 38 á 40 años, jornalero, á juzgar por su vestido roto, honrado si no mentian sus facciones, claro indicio de una vida de sufrimiento y fatiga.

De cuando en cuando me miraba con impaciencia y contaba las personas que tenia delante. Era indudable que tenia prisa; el trabajo le aguardaba, aunque era dia festivo.

Saltando por cima de la costumbre, lo llamé, y animado él por esta muestra de deferencia, comenzó su confesion.

No era un hombre ignorante, habia leído, tenia costumbre de pensar y, aunque católico, raciocinaba con lógica.

El infeliz tenia por pecados los desfallecimientos en el trabajo, los ratos de desesperacion, alguna copa de vino para olvidar penas y tal ó cual mur-

muración contra los ricos. También se acusaba de trabajar en domingo.

—¿No tiene Vd. otro remedio?

—No, señor, y confieso que si bien me gustaría descansar, me alegro del trabajo, porque necesito el jornal. Parece cosa pequeña, pero al fin del año 22 fiestas y 52 domingos hacen dos meses y medio sin trabajo y 600 reales de ménos. Considere usted que los empleados tienen cesantía; yo cuando no pueda trabajar iré al hospicio ó á un asilo, mejor dicho, á una cárcel, porque el asilo benéfico español es una cárcel disfrazada. Añada Vd. que no todo el año tengo trabajo, ni los 8 reales de jornal.

—¿Y con solos 8 reales tiene Vd. que vivir, pagar casa y mantener á su mujer?

—Y á dos niños, uno de ellos enfermo, vestirnos y atender á cuanto vaya ocurriendo.

—Bien puede Vd. optar á los premios reservados por Dios á la pobreza.

—A la cual nadie ama sin embargo. Crea usted que á veces tengo mis dudas. Los sacerdotes atesoran, las monjas, hermanas de la caridad, frailes y otras gentes atesoran también, piden, disputan al pobre sus limosnas, comen muy bien, y aunque dicen que no llevan dinero en el bolsillo ni pueden disponer de los bienes comunes á su antojo, ello es que de nada carecen y aún tienen voz y voto para decidir la inversión del dinero de la comunidad. ¿Es esto cierto?

—Y evidente, hijo mio; no seré yo quien lo niegue.

—Me alegro hallar un sacerdote franco y amable; por lo regular los señores curas se detienen

poco con nosotros; parece que les causamos pena, ó será que pecaremos ménos que las señoras. Aquí todo el mundo predica y pocos dan trigo.

Una tarde entré en San José, donde predicaba el P. Montes, Carmelita muy sábio. Hablaba de la pobreza, y oyéndole se consolaba uno de su situacion y áun le daban ganas de darle parte de su ropa á otro pobre. Mas en la noche de aquel mismo dia, paseando yo junto al Buen Suceso, veo al carmelita vestido de negro, sombrero flamante, botas de charol, gaban al brazo, gran cadena de oro y botonadura de piedras: á su lado iba una jamona vestida de gró morado y terciopelo negro, llevaba un perrito de aguas con collar de plata. Esta señora, cuando se cansaba, se apoyaba en el brazo del predicador... Supe que era su ama, que ambos tenian mucho dinero, ganado á fuerza de sermones, y que se daban un trato de príncipes. ¿Limosnas? las que dan los obispos, frailes y demás sacerdotes ricos; nadie las ha visto.

—Los casos particulares nada significan.

—Pero si es lo general, señor cura. La pobreza es mala cosa; ni áun la honradez quiere vivir con ella, pues estoy harto de oir decir: es pobre, *pero honrado*, como si necesariamente fueran cosas contrarias.

—Es verdad, hijo mio, es verdad.

—¿No es la pobreza el camino más seguro para ir á Dios? ¿Pues por qué no le sigue el Papa, los cardenales y los obispos? El Papa acaba de canonizar á un indigente. ¿Cómo sigue él en la opulencia? ¿Renuncia voluntariamente á la salvacion, ó la canonizacion es patente de necedad insigne?

—Vamos, hijo mio, deseche Vd. esas dudas que llenan de tinieblas el espíritu.

—Es que la pobreza inspira muy amargas reflexiones al que sabe pensar. Yo, miembro de la Iglesia, puedo ser virtuoso, pero si no pago mi entierro, seré arrojado en la fosa comun ¡por caridad! Mi viuda será doblemente infeliz, porque verá esta última infamia, que no conocen los parientes del rico á quien he elevado con mi trabajo.

Yo hago las casas, y vivo en un mechinal frio, húmedo, infecto; adorno los salones, y duermo luego en el suelo; para mí no tiene la Iglesia aplicacion de misas, ni el órgano sonidos, ni voz los sochantres. Cuando Vd. me ha hecho pasar por cima de esas señoras que aguardan, apenas podia creerlo, y pensé si estaria Vd. loco; tan acostumbrado estoy á ser el último. Y sin embargo, padre, yo cumplo mi mision en este mundo, trabajo, no hago mal ni usurpo cosa alguna, satisfago los impuestos, no oculto riqueza, educó á mis hijos, no perturbo el órden, y... créalo Vd., soy tan necesario como un abogado, un militar ó un empleado. ¿Dónde vivirían éstos? ¿dónde oficiaria el cura? ¿qué comerian tod@s sin el jornalero? Y sin embargo, para él no hay más que desprecio.

—Es verdad, repetia yo, sin saber decir otra cosa. ¡Cuánta resignacion necesitan los verdaderos pobres!

—¡Resignacion! Muy fácil es aconsejarla desde aquí ó desde el púlpito, despues de satisfechas hasta las superfluidades. Yo leo en los periódicos esos mismos consejos, que nos dá por lo regular un alto empleado que cobra mucho por no ir á la ofi-

cina, y escribe al volver del teatro ó de las reuniones.

—Tambien eso es verdad, amigo mio.

—Como lo es que todo el que sabe lo que vá á comer el dia siguiente, y lo que será de él si enferma ó desfallece, dónde y cómo pasará su vejez, ese no es pobre aunque vista cien sayales y haya hecho mil votos.

—Hay que confiar, sin embargo, en la Providencia.

—Sí, señor; pero ésta consiente que mueran de hambre, no en sentido figurado, sino de veras, morir de hambre, muchos trabajadores honrados, y que se prostituyan muchas jóvenes, que sucumba el bueno y se salga con la suya el perverso, que nada en la abundancia.

A pesar de lo que dice el Evangelio, hay muchos que buscan y no hallan, piden y no obtienen, llaman y nadie les abre.

A tal extremo llegan las cosas para el pobre, que lo que la Iglesia tiene por maldicion, la fatiga del trabajo, ganar el pan con el sudor de la frente, es su más ardiente deseo, casi nunca realizado. ¡Tener siempre trabajo! Dios dijo que ganaria el hombre el pan con su sudor; pero hay muchas frentes que sudan y no logran el pan apetecido, ¡ó es tan negro! ¡tan negro, padre mio!

El que encuentra siempre á quien explotar, bien puede bendecir á la Providencia, pero ¿qué dirá de ella el explotado?

—No todo queda terminado aquí en la tierra.

—Esa es la última esperanza, muy buena si alguno viniese de tiempo en tiempo desde el otro

mundo para alimentarla, porque la verdad, los que predicán aquí, ya sabe Vd. que si creen, no lo dan á entender con su conducta.

Yo me acuso también de haber alimentado pensamientos de ódio.

—¿Tiene Vd. enemigos?

—Todos los que me han explotado, y si yo fuera como otros, diría que toda la sociedad. Mi padre era labrador, y se vió en la miseria por el exceso de contribuciones, que no nos perdonó el fisco, á pesar de una inundación y un año estéril. Pocos meses antes de cumplir los 60 años le arrebataron al hijo mayor para combatir á D. Carlos, y luego al segundo, que fué á Cuba; ya se vé, aún le quedaba otro hijo, que era yo, aunque estaba enfermo de resultas de una caída en el trabajo.

Mi hermano mayor, fué muerto por los defensores del altar y el trono; el otro volvió enfermo á tiempo que nos enbargaban el último colchon; en vez de servirnos de algo, fué causa de nuevos dolores; murió en un hospital, sin haber logrado cobrar sus atrasos, mientras que los oficiales carlistas ingresaron en el ejército y ocuparon buenos empleos.

Murieron mis padres como había muerto su hijo, en el hospital, donde no me dejaban verlos más que una vez por semana. Cuando fuí un domingo ya no existían; quise conservar como recuerdo sus andrajos y una medalla de plata que mi madre llevó siempre en el cuello, y me lo negaron ásperamente las hermanas de la Caridad; supliqué al capellán que dijera una misa ofreciéndole lo que llevaba en el bolsillo, y me dijo con malos modos: «yo no

aplico misas de á peseta...» Ni aún pude saber dónde enterrarían á los que me dieron el sér. «Ya habrán pasado del cuarto de las patatas al hoyo grande,» fué todo lo que me dijo, sin mirarme, un enfermero. ¿Qué le parece á Vd. esto, señor cura? ¿No es cierto que así sucede?

—Cierto es, amigo mio, muy cierto; continúe Vd. desahogando sus penas, que el que le oye es pobre y le comprende.

—Cambié de residencia, sufrí muchas miserias, alterné con gentes soeces, porque la miseria es inmoral, diga lo que quiera el Evangelio; y si no me pervertí fué por mi amor á la lectura y por el recuerdo de mis padres siempre honrados.

Me casé, y el matrimonio, fuente de consuelos para otros, más bien me ha servido de tormento. Mi esposa, una honrada obrera, tenia la desgracia de ser bien parecida y excitar las pasiones brutales de los fabricantes ó mercaderes. Ambos hemos sufrido caídas, golpes de las máquinas y enfermedades por la fatiga, sin que jamás hayamos logrado ver nuestra casa decente, nuestro ajuar completo y nuestras deudas pagadas y eso que no tenemos vicios.

—¿Ha tenido Vd. muchos hijos?

—Dios me ha dado tres y se ha llevado uno despues de una enfermedad que me arruinó. Sobre esto de los hijos tengo tambien que acusarme. No quiero tenerlos, ¿para qué? ¿para verlos tan felices como yo? Dicen que hay animales que no procrean en la esclavitud; esos valen más que los hombres. Yo considero los hijos como una carga pesada y... francamente...

Hago gracia al lector de la revelacion que escuché.

—Hola, hola, ese es un gran pecado.

—Lo será y no me gusta excusarme; pero diga usted, padre, ¿no es Dios el autor de la naturaleza y nuestro creador? ¿no nos ha hecho como somos?

—Indudablemente.

—Pues Él ha hecho que mi mujer, cada vez que ha de ser madre, esté próxima á la muerte y quede horriblemente relajada. Yo la amo con delirio porque es buena; sus hijos, que tanto la han costado, la necesitan. Cuando nació el último creí verla muerta; seis meses de horribles padecimientos, un niño enfermizo, la ruina para mi casa y en perspectiva la viudez y el abandono. El médico me lo advirtió: «si esta mujer vuelve á verse en igual trance, morirá.» Entonces yo dije: prometo que por mi culpa, al ménos, esto no ha de suceder.

—Era obligarse implícitamente á...

—Á lo que no podia ser; yo soy jóven y ella lo es, nos amamos, la miseria nos reune en pobre lecho, ¿he de buscar otra mujer?

—Eso seria el adulterio, hay que contenerse.

—Pero es que el matrimonio está establecido para apagar la concupiscencia, y el mismo Dios que permitió que nos casáramos y que mi esposa fuese como es, no nos libra de ese aguijon de la carne. ¿Vd. sabe á dónde podria conducirnos la continencia absoluta? Aquí el conflicto. No hay ley que excluya del matrimonio á las mujeres como la mia; ¿y cómo saber tal defecto hasta que ya no tiene remedio? Luego, como el matrimonio es indisoluble... Aquí tiene Vd. dos obras de Dios, dos naturalezas

que necesitan de toda necesidad la natural expansion, un sacramento establecido para que disfruten de ella y un veto contra la separacion en nombre del mismo Dios que ha hecho imperfecta á una de las partes. ¿Qué es lo ménos malo que yo puedo hacer?

—Es que ese fraude tambien es contrario á la salud.

—Pero ménos, mucho ménos que lo que Vd. tiene por legal. He escogido de dos males el menor; he imitado á los franceses y á otros extranjeros, á los curas, monjas y frailes y á mucha gente ilustrada. Ese es mi pecado.

Lector, cuántas simplezas le ensarté á este pobre hombre para que no conociera que me habia puesto en apuro, ¿qué digo? casi me habia convencido. Lo que sí puedo decirte es que no logré convencerle.





## EL CATOLICISMO

### Y LA PROSTITUCION

¿Y qué fin la impulsó á abrazar esa carrera infame, hija mia? preguntaba yo cariñosamente á una jóven agraciada y no del todo vulgar, que había empezado su confesion por lo más gordo, como suele decirse.

—Cosas de la vida, señor cura. Yo he sido criada de servir y he resistido las pretensiones de muchos señoritos. Por fin, uno hizo su gusto valiéndose de la fuerza, ó poco ménos, entrando en mi cuarto de noche, sujetándome y diciendo que si gritaba haria un disparate, que no me creerian, qué sé yo. Esto se repitió, y un dia conocí que estaba perdida; le pedí auxilio y se rió de mí; creo, Dios me perdone, que él mismo enteró de todo á la señora, que era su madre, y ésta me arrojó de la casa.

—Que fué Vd. muy débil, es indudable.

—Sí, señor, lo fuí; bien caro lo he pagado; pero más débil era aquella misma señora y otras á quie-

nes había servido antes y las que he conocido después; sólo que eran ricas, devotas y muy experimentadas en ciertas cosas.

Yo me hallé en la casa de Maternidad y por añadidura contagiada de una enfermedad asquerosa.

—¡Todo sea por Dios! ¿Qué tal la trataron á usted allí?

—Mal, padre, no eran buenos los alimentos; las hermanas, muy orgullosas con su santidad, nos miraban con desprecio, nos reprendían por la menor cosa, y eso que ellas... más vale callar ¡qué cosas ha sabido una!... Eso sí, hasta el último momento, en que ya no puede una más, le hacen trabajar, coser, barrer, hasta fregar los suelos y servir de criada á las que están allí pagando.

Cuando llega el trance, la asistencia es despiadada; luego el niño inevitablemente vá á la Inclusa y la madre á la calle cuanto antes. Yo pasé al hospital de San Juan de Dios, donde aprendí mucho malo, y una compañera de sala me aconsejó dedicarme á la vida; ¡qué iba yo á hacer?

—¡Desdichada! servir de nuevo, trabajar para su hijo.

—Estaba cansada de servir, tenia curiosidad por conocer una nueva vida, no trabajar, comer bien y vestir mejor. También tenia cierta rabia contra los que se llaman buenos, contra las señoras y los hombres honrados, porque sabia que eran unos farsantes, peores que yo, y todos los respetaban. Sea lo que Dios quiera, dije, y acepté.

—¿Cuánto tiempo estuvo Vd. en esa situación?

—Dos años, y la verdad, sin poder acostumbrarme. ¡Qué malo es el mundo!

—Es que Vd. no ha visto sino lo peor.

—Pero, señor, si allí iban condes y marqueses, senadores, abogados, jueces y lo más virtuoso y noble del mundo. Pues, ¿y curas? una multitud. ¡Cómo hablaban allí unos y otros! peor mil veces que los chulos y gente de oficio, y con peores sentimientos y más sucias inclinaciones. ¡Había señorones que hacían unas cosas!

—¿No pudo Vd. hacer algo por salir de aquel estado?

—¿Y cómo? ¿Á dónde iba con mi cartilla de mujer mala? Luego, ese embrollo de las deudas, y como el gobierno es cómplice...

—¿Tambien eso?

—Tambien. No hay ama de casa que no cuente con la proteccion de un título ó un diputado, varios jueces ó magistrados y mucha gente del ministerio de la Gobernacion, desde el empleado más alto al último agente de policía. Si una de ellas dice: se me ha escapado una chica, así como si fuera una mula, pronto la cazarian como una fiera.

—Pero en el derecho vigente, el deudor es respetado.

—Cuando no es mujer de nuestra clase: ¿y de qué sirve el derecho, si los que lo han de hacer cumplir son los primeros cómplices del mal? ¡He visto yo unas cosas! En cambio de tal proteccion, esos señores disponen de las casas y de nosotras, ó cobran buenas gratificaciones; todos comen del sudor de una.

—Esto no lo habia yo oído nunca, hija mia.

—Pues he dicho el Evangelio.

—Pero, en fin, Vd. salió de allí un día.

—Salí para el hospital por segunda vez, y cuando me hallé convaleciente, una señora de la junta parroquial me persuadió que mudara de vida, que ella se encargaba de arreglarlo todo. Ocho días después ingresaba en el Asilo de Arrepentidas que dirige un señor obispo en un pueblo cercano.

—¡Ah! sí, el obispo de...

—El obispo de la jáula le llamábamos nosotras, aludiendo á la índole de su establecimiento. El tal señor, fuerte y robusto, á pesar de su edad, fué misionero allá en no sé qué islas muy lejanas. Volvió á España afiliado al partido carlista, y engatusó á una señorona rica y buena moza todavía, la cual empleó sus bienes en la fundacion de aquella casa; se vistió un hábito, buscó otras beatas, y empezó á molestar á sus relaciones, lo que le valia buen dinero; así pudo fundar otra casa en Cataluña, otra en Valencia y otra no sé donde, porque hoy tiene muchas.

Obispo y señora vivían juntos en esta, y se daban muy buena vida; nosotras les llamábamos el matrimonio.

—Conozco é ese señor; por cierto que me ha extrañado que no gobierne una diócesis.

—Él dice que no quiere ese cuidado, pero se susurra que el Papa es quien no lo consiente por ciertas historias.

—En fin, las trataba á ustedes...

—Infamemente. A los pocos días le daban á una ganas de volverse á la vida airada.

—Acaso la demasiada oracion y recogimiento...

—Nada de eso; el hambre, la bazofia escasa y repugnante que nos daban, y el mucho trabajo, era

lo que hacia la vida insufrible. Madrugábamos con estrellas, oíamos misa en una capilla fría, y enseguida á trabajar como negras en la huerta, con sol y frio, en la cocina, el lavado ó las labores. Por cualquier cosa nos abofeteaban cruelmente las hermanas, la señora ó el mismo obispo.

Dormíamos en camastros y vestíamos muy mal. Muchas no saben leer, pero no se las enseña ni se les dá instruccion; sólo aquella que manifiesta disposicion para las labores, aprende á bordar ó á coser, y gana para la casa buen jornal, trabajando dia y noche sin levantar cabeza, y si la levanta, palo ó bofetada limpia. Si alguna cae enferma, por causa de la fatiga ó porque se le reproducen sus males antiguos, al hospital con ella, pues así se ahorra el médico.

—Parece increíble todo eso.

—Mientras tanto, el matrimonio comia muy bien, habitaba lo mejor de la casa, con su baño, estufa, muy buena cama y todos los regalos. Llovian las limosnas y las visitas, pero nadie se enteraba de la verdad, porque á nadie se enseñaba más que la parte de casa que aparecía pobre y modesta y las chicas ménos demacradas y amarillentas. Esas mismas son las que van á las casas con la hermana pedigüeña ó á las mesas de petitorio de las iglesias.

—¿Pero estaban siempre pidiendo esas señoras?

—Siempre; al partido carlista lo tenían frito, y á toda la aristocracia. El obispo hacia continuos viajes, compraba terrenos, se metía entre albañiles, y ajustaba ó dirigía él mismo las obras: su capisayo negro estaba á veces lleno de yeso. Él ajustaba el bordado y la costura en las casas de sus devotos ó

en las tiendas, él traía y llevaba las chicas de una casa á otra; en fin, una barahunda del demonio. A veces venían personajes misteriosos, hombres ó mujeres y ciertas parejas, ó ya eran señoras que pasaban allí una temporada; aquella casa servía para todo. La fundación era un gran negocio hecho á costa de nuestro sudor y nuestras miserias y con pretexto de moralizarnos.

—¿Cómo supo Vd. tantas cosas?

—Porque á las mujeres nada se nos escapa. Además, el matrimonio hablaba en francés delante de las chicas, pero una de ellas lo entendía y me aclaraba muchos misterios; por cierto que cuando yo salí, la pobre quedó en cama de resultas de una paliza.

—¿Pudo Vd. salir con facilidad?

—Me echó la señora porque un día sorprendió al obispo solo conmigo y dispuesto á... todo; ella era celosa, no sin motivo, porque cuando se le antojaba á su Ilustrísima...

—¡Jesús! ¡Jesús! qué atrocidad.

—Sí, señor, y lo mismo hacía en la ciudad cuando socorría á alguna jóven (con limosnas ajenas); es de los que obran sin hablar, eso lo he sabido más tarde.

Otra vez me hallé desamparada. Hablé con un sacerdote, y por su influencia entré en las Adoradoras de la villa de M<sup>\*\*\*</sup>. Nuevo calvario. Allí todo era silencio, oración, horas y horas de rodillas en el duro suelo, ojos bajos, nada de amistad, mucho trabajo, tanto ó más que en casa del obispo, y mucha hambre.

Allí también se nos explotaba, se pedía á todo el

mundo y se sacaban cuantiosas limosnas, se tomaba trabajo de casas y comercios á bajo precio, perjudicando á las obreras, y se nos empleaba en tareas penosas. Muchas de las chicas enfermaban de tisis; esto se conocía con mirarlas.

—Supongo que no castigarian con golpes.

—No tanto como en la otra casa, pero algo. El trato era ménos brutal, mas la hipocresía era refinada y sucedian tambien cosas muy graves.

No todas las acogidas procedian de mi clase. Además de las beatas ó verdaderas adoratrices, habia algunas jóvenes, arrepentidas de haber vivido profanamente, en relaciones culpables ó simplemente en devaneos de coquetería; esto dependía de las ideas que sus confesores les habian imbuido; otras eran aspirantes á adoratrices, otras alumnas.

Estas gentes no trataban con nosotras, pero como el diablo hace que todo se sepa, llegaba á nuestra noticia que allí se encerraba á muchas jóvenes contra su voluntad, porque así convenia á sus tutores ó familias. A lo mejor se oian lamentos y se notaba turbacion en las hermanas, ir y venir con gran premura, y deslizarse al oido estas ó parecidas palabras: «está ahí un maldito periodista amenazando... vá á venir el gobernador.»

Sabíamos que á lo mejor traian mujeres recomendadas por obispos ó magnates, que secretamente venian á verlas, y que se cometian violencias que si fueran conocidas ocasionarian gran escándalo.

—Pero, en fin, allí la virtud no peligraba.

—Segun y conforme. Habia un capellan muy grosero, llamado el P. Arsenio, alto, colorado, gordo y

de facciones toscas: era carlista, recalcadoro, tan hipócrita como brutal; él nos confesaba y puedo decir á Vd. que le oí más indecencias que á la gente de las mancebías, porque se recreaba en hablar siempre de lo mismo. Segun se decia muy bajito, muchas hermanas le querian más de lo justo y más de una acogida habia tenido que sucumbir á él; y segun pude vislumbrar, no á él solo, sino á algunos señores protectores de la casa. Estas cosas corrian de boca en boca á pesar del espionaje y la delacion que allí imperaba, y á pesar del favoritismo que disfrutaban las delatoras y predilectas de las hermanas.

—¿Tambien eso?

—Y otras muchas cosas, padre. Tanta oracion y meditacion no evitaba los más feos vicios entre nosotras, y las que no éramos nosotras. Figúrese Vd. lo que yo padeceria durante año y medio que pasé en aquella cárcel, donde casi todas decian: «mejor se estaba allí fuera;» y en realidad era preferible la mala vida á aquella prision hipócrita donde no habia *cariño ni tolerancia*, no se compadecia al enfermo, ni se lloraba al muerto.

Muchas se salieron para volver al mundo, como allí decian, aunque despues supe que las hermanas lo mismo entendian con esta frase de abominacion, la vuelta al vicio, que el estado honesto ó el matrimonio; para ellas no habia salvacion más que estando en aquella casa.

—¿Quién la sacó á Vd. de ella?

—La desesperacion y la casualidad.

Salí, no sin gran dificultad, dispuesta á todo, ya no podia más, y creo que si continúe allí muero muy pronto. Ya fuera, una buena mujer á quien co-

noí cuando era honrada me ha recogido y me tiene en la casa como una hija; ahora empiezo á vivir y saber lo que vale la honradez y el trabajo con libertad y sin hipocresía.

Dejando á un lado las amonestaciones que dirigí á esta infeliz para afirmarla en su buen propósito, ¿no es verdad que son menguados los recursos que emplea el catolicismo para volver al buen camino las almas extraviadas? Pues en Dios y en mi ánima juro que, siendo tan malos que hacen amable el vicio y sus erreros, es lo cierto que no cuenta con otros.





## PROFESORA EN PARTOS

---

—Esta confesion la hago fuera del tiempo en que manda la Iglesia confesar, porque es el cumplimiento de un voto—me decia una mujer ya jamona bastante bien vestida.

—¿Ha salido Vd. bien de alguna enfermedad?—pregunté para hacerla hablar.

—He salido de otra cosa peor, de un proceso. Tan apurada me he visto, que he ofrecido á Dios mudar de vida, dejar mi profesion y vivir honradamente; yo soy profesora en partos.

—Ya, y la han metido á Vd. en algun negocio espinoso del cual ha escapado bien probando su inocencia ¿eh?

—No he probado nada, el éxito lo debo á la influencia de un magistrado del Supremo á quien he sacado de algunos apuros en asuntos suyos que tienen relacion con mi oficio: tambien me he valido de otros jueces que frecuentan mi casa... ya comprenderá Vd., así y todo, no sé cómo me he librado de una gran desgracia.

—Bueno: ahora lo que importa es confesarse bien.

—Para ello, diré á Vd. algo de mi profesion. Crea Vd., que dada la competencia que nos hacen los médicos, y comadrones, nuestras utilidades no son grandes, y por lo mismo hay que ayudarse como se puede aunque se falte á la ley de Dios y á las de los hombres. En último resultado, no somos las únicas pecadoras. ¿Ha leído Vd. un anuncio que suelen insertar los periódicos y que recomienda cierto específico tan eficaz, que por él *reaparece cualquiera que sea la causa de su ausencia* algo que á las mujeres conviene que no les falte?

—No me he fijado en eso, pero me ha chocado mucho un letrado que suele haber al pié de la muestra de muchas comadronas: «Se hacen consultas.» Siendo tan limitada la ciencia de Vds., y esto no la ofenda, ¿qué clase de consultas son esas?

—Muy sencillo: se nos pregunta el medio de cubrir el honor evitando un parto, ó recomponiendo cualquier desperfecto en la persona, el modo de entregarse al vicio sin consecuencias, y algunas veces se nos piden filtros amorosos lo mismo que se pedían hace siglos.

—¿Y pueden Vds. satisfacer á esas peticiones?

—Sí, señor; valiéndonos de ciertas preparaciones que hacemos pagar caras ó baratas, según el pelaje de quien nos consulta, sin cuidarnos gran cosa del resultado, que muchas veces suele ser fatal; lo que nos importa es no dejar prueba de nuestra intervencion.

—Hermoso oficio el de Vd., hija mia.

—Qué quiere Vd., señor cura, todavía esto no es

nada; yo tengo que acusarme, además de lo expresado, de haber hecho servir mi casa para citas de toda clase de personas ricas, entre ellas algunas de la Iglesia. Cuando una jóven no tiene dónde salir de sus apuros, yo la oculto en mi casa; muchas han entrado en ella haciendo creer en un viaje ú otra cosa parecida; siempre el enredo por delante. Gracias que pagándolo muy bien tengo dos médicos que certifican lo que yo necesito para quedar irresponsable cuando sobreviene cualquier accidente; porque muchas veces, como una no tiene mucha ciencia, suele cometer errores que causan la muerte y siempre no está el médico en casa: una hace lo que sabe y salga lo que saliere.

En mi casa han estado grandes señoras y señoritas muy virtuosas, y hasta creo que alguna monja, porque esas eran las trazas de una mujer á quien visitó mucho durante su estancia cierto señor grueso sin barba que decia ser escribano y al cual yendo á baños algun tiempo despues, lo ví oficiando de pontifical en la catedral de cierta ciudad de provincia; era todo un obispo.

¡Cuántas señoritas muy estiradas han estado en casa antes de su matrimonio! ¡Y ¡ay! del que se atreviera á dudar de sus virtudes!

Pero no todas son ricas, y á lo mejor nos encontramos que una paciente no puede pagar sus gastos: entonces, como en casa recibimos encargos de todo género, ó bien la proporcionamos casa para criar, si esto es posible, ó en último extremo, hacemos de modo que la deudora pague... con su cuerpo, y nos encargamos de arreglarlo todo, matando así muchos pájaros de un tiro; que para eso estamos

en connivencia con las mancebías y las llamadas casas de trato.

—Veo que esa industria abarca mayor campo de lo que yo creía.

—Aún no lo he dicho todo. También entendemos en eso de las amas de cría, las proporcionamos y... las hacemos...

—¿A ver? ¿á ver? explique Vd. eso.

—El carbonero que vive cerca de mi casa es un mozallón alto y robusto como un gigante, yo adiviné en él al hombre que necesitaba para que tomase avisos de las casas en que necesitaban un ama ó una partera y en cambio le proporcioné trabajo en la confeccion de nodrizas. Una que lo ha sido, concluye su lactancia con gran sentimiento, pues ha perdido una ganga. Si es casada, el marido se encargará de ponerla en estado de hallar nueva colocacion; pero si es soltera, con buscar á Domingo el carbonero y pasar en su compañía algunos ratos.. es cosa hecha casi siempre, por el mezquino precio de cuatro duros cuando se consigue el resultado. El niño que luego nace, vá á la Inclusa, y la madre á criar en donde haga falta, que yo misma me encargo de buscar colocacion obteniendo dos ganancias.

—Ahora creo lo que antes habia tenido por una mentira, las hazañas de cierto zapatero de viejo...

—¡Ah! sí, el antiguo tachuelero del meson del Peine; buen confeccionador de nodrizas, pero ya está gastado y no puede competir con mi carbonero, cuya fama vá en aumento cada dia ¡pobrecillo! ¡cuánto vá á sentir que yo abandone mi profesion!

—Que por el número de asuntos que comprende debe ser muy lucrativa ¿eh?

—Se saca para ir viviendo y retirarse con un pedazo de pan y nada más; porque hay que pagar contribucion y sobornar á médicos, gobernadores, serenos, policías, juzgados y demás gente venal que hace pagar muy cara su ceguera ó complicidad.

Luego vienen los pájaros gordos, ya sean ministros, diputados, magistrados y ricachones, que no suelen querer dinero, pero sí tener la casa á su disposicion.

—Muy bien; ¿ha concluido ya el catálogo de los negocios?

—Aún queda algo digno de mencion, y es la trata de niños. En este mundo hay gente para todo: mientras á unos estorban sus hijos, los que no los tienen buscan los ajenos; esto nos produce buenas entradas, pues el niño que ha dado á luz una jóven interesada en ocultarlo, en vez de ir á la Casa-cuna, como hacemos creer á la madre, lo solemos vender á algun matrimonio estéril ó á cualquier familia que necesite un niño para asegurar una herencia.

Tambien hacemos cambios. Muchas veces, á una nodriza de las que crian en los pueblos inmediatos se le muere su niño; pues si los padres son ricos, á quienes las diversiones y el gran mundo no dejan tiempo ni atencion para visitar á su prole, es muy fácil darles el pego para que sigan gastando dinero.

Cuando no hay negocios de este género, no faltan mendigos que den una peseta diaria por cada chiquillo para pedir limosna, haciendo creer que es suyo, y tambien haciéndole llorar y aparecer enfermo por medio de mil mañas de que se valen, dejando sufrir horriblemente á las criaturas.

¡Horrible es eso, hija mia! espantoso; crea Vd.

que Dios es muy misericordioso... con los malos.

—Es verdad, padre; pero yo me enmendaré, porque el señor no consiente para siempre. Prosigo con su permiso. De cuando en cuando suelen venir por casa algunos corredores que buscan chiquillos para criarlos por su cuenta y riesgo y venderlos cuando son mayores á los titiriteros ó á las agencias extranjeras de prostitucion. He conocido uno, italiano, agente del Papa, que los queria para castrarlos y que fueran tiples ó contraltos en la Capilla Sixtina; pues, como él decia, en Italia eran ya muy pocos los padres que querian ese honor, antes tan disputado, para sus hijos.

Este hombre me preguntaba si estaban bautizados los niños, pues seria horrible, decia, que cantasen en San Pedro sin ser cristianos.

—Algo de esto habia yo oido hace poco tiempo sobre una compra de niños que un extraño legado pontificio habia hecho á unos secuestradores de Andalucía, pero creí que serian invenciones de los detractores de la Iglesia.

—Pues nada más cierto. Concluyo acusándome de haber simulado embarazos, y áun alumbramientos, para engañar incautos y sacarles el dinero, entrando á la parte en las ganancias.

—¿Puedo saber quién la sugirió á Vd. la idea de abrazar esa carrera y en dónde ha hecho Vd. sus estudios?

—En ninguna parte; una vieja comadrona, á quien serví, me enseñó lo que ella sabia, y comencé á ejercer: tuve un percance, y un bedel de la Universidad me dijo que, por dos mil reales, me sacaria el título, como así lo hizo. Ya se acordará Vd. que hace

poco se ha descubierto que en tiempo de la República se habian expedido títulos de grados en todas las carreras á los que los habian pagado, sin necesidad de más estudios ni exámenes, y que se incoó un proceso, pues yo soy una de las personas agraciadas.

—Esto la honra á Vd. tanto como á nuestros centros docentes. Ahora bien: ¿qué tropiezo es el que ha motivado su promesa de mejor vida?

—Una cosa inaudita: Cierta institutriz alemana tenia un amante, profesor de lenguas, al cual veía en mi casa, á donde traía la niña confiada á su cuidado por una viuda alegre que no gustaba de que su hija le hiciera sombra. La pollita se enteró, y su institutriz, para hacerla callar, le encubrió unos amores con cierto mozalvete. El final fué desgraciado: se disimuló el estado de la chica, y cuando ya faltaba poco tiempo, la alemana se dió prisa para que la señora consintiese que su hija hiciera un viaje al extranjero con ella. Todo iba bien; pero llegado el trance, la paciente presentó malos síntomas, yo me aturdí, y llamé al médico ya tarde, la niña murió y aquí fué el conflicto; le digo á Vd. que me he visto apuradísima. Apenas han bastado las más altas influencias, porque la extranjera se desmayó, y dió grandes voces; se enteró una vecina que me aborrece y dió parte á la autoridad... Ya acabó todo, á Dios gracias, y no seré yo la que me vea en otra.

Luego confesó otros pecados ordinarios, y yo la despedí con una fuerte penitencia y la promesa de no ejercer más tan honrosa profesion, aunque bien veia que al miedo, y no al arrepentimiento, se debia tan inesperada enmienda.



## TENGO UNA AMIGA

---

Esto me decia un hombre como de treinta y cinco años, muy simpático y al parecer instruido, cuando llegó al sexto mandamiento, en el relato de sus culpas.

—¿Cómo así, hijo mio? ¿seducido acaso por los encantos de alguna mujer... débil?

—No, señor; el débil soy yo, aunque á decir verdad, no tanto como desgraciado.

—No hay excusa para el amancebamiento, sobre todo en los casados.

—Pero habrá circunstancias atenuantes. Un vecino mio, casado, vive maritalmente con una mujer, tambien casada; esto es malo, pero hay que tener en cuenta que él fué engañado, abandonado y robado por su consorte, que ahora está lejos de aquí viviendo como le place. ¿Habia de ir á buscarla? ¿La habia de admitir de nuevo? No. Pero él tiene derecho á los goces del matrimonio, y siendo inocente, se vé privado de ellos por la culpable, que

los disfruta á su placer. Un inocente ¿debe renunciar al amor, única felicidad de la tierra? ¿debe vivir en un hogar frio y solitario por toda la vida? Eso es muy duro, padre.

Esto en cuanto á él. El marido de ella resultó ser un malvado, jugador y borracho; le pegaba, no queria trabajar, sino que ella le mantuviese, aunque fuera prostituyéndose. De dia en dia fué empeorando: se reunió con malas gentes, y una noche de borrachera hizo un asesinato con tan malas circunstancias, que fué condenado á cadena perpétua.

Hé aquí una mujer ni casada, ni viuda, ni soltera, condenada á la miseria ó á la prostitucion: sola, privada del amor y sus placeres, que la carne le reclama vivamente, ¿se pueden dar más tormentos de una vez? Más feliz será el presidiario culpable en su prision. ¿Es eso justo? ¿Hay quien resarza estos daños? ¿Modifica Dios el temperamento de estos desgraciados para que no sufran tentaciones? ¿Les libra de las enfermedades que un organismo no satisfecho podria acarrearles? No, no y no, decia el penitente con ahínco.

Mas, ahora que se han conocido y amado, han visto que son el uno para el otro, dos buenas almas á cual más honrada; viven y gozan; la satisfaccion se retrata en sus rostros; ni siquiera dan escándalo, pues aquí nadie sabe su historia. ¿No dicen que donde hay paz allí está el espíritu de Dios? Pues bien, en aquella casa reina la paz y el contento; un niño hermoso que han tenido, estrecha aún más tan dulces lazos; en nada se conoce que es hijo del adulterio, ni que otro muchachon, gordo y colorado que juega con él, es hijo del sacrilegio; es decir,

de un cura y su ama, que viven en la misma vecindad, en santa paz y gracia de Dios.

—La paz del pecado, hijo mio.

—Pero paz al fin, y algo es algo. ¡Así como así no tiene bastantes dolores la vida!...

—Entonces, su mujer de Vd. le ha sido tambien infiel...

—No, señor; pero... no sé cómo decirlo... se ha enfriado. Al principio todo era amor, todo pasion: despues noté cierta frialdad, me escaseaba sus caricias buscando mil pretextos, ya de religion, ya de salud; conocí que muchas veces accedia á mis deseos por fuerza, sin tomar parte en mi amoroso ardor. ¿Qué cosa más parecida á la prostitucion?

Yo no quiero nada involuntario, ni por obligacion ó de oficio: no gusto de que me sufran ni de ser amado por deber: por esto empecé á padecer mucho, por esto me quejé y me fué peor todavía. El enfriamiento creció, y el génio de mi esposa fué agriándose: todo la contrariaba. Luego dió en decir que los hombres éramos unos súcios, que no queríamos á las mujeres más que por una cosa, y en realidad, si yo era culpable de tal suciedad, ella lo era de poca limpieza en su persona, de descuido en lo tocante á sus encantos secretos y demasiado esmero en el lujo y las exterioridades; no se cuidaba de agradarme, y sin embargo, parecia celosa.

Llegó á transcurrir un mes sin que... fuese yo feliz, si era ya aquello felicidad, y todavía decia mi mujer: hijo, ¿qué quieres? pareces un conejo. Y en seguida atajaba mis caricias pidiéndome para un vestido, diciéndome que gastaba demasiado en fu-

mar... esta era nuestra vida. El amor, el verdadero amor ardiente y apasionado como yo lo soñaba y como lo sentía, huyó de mi casa. Si estamos en paz, es porque nada falta á mi esposa, y yo soy prudente y enemigo de la arbitrariedad y la violencia. He hallado una mujer que me ama por mí mismo; nada me pide sino amor, que á ella también le faltaba: ella me dá con creces la felicidad soñada.

—¿Es soltera?

—Es casada; el marido está en la Habana, donde vive á su gusto creyendo que su mujer debe ser más fuerte que él, y, por lo tanto, carecer de lo que á su marido le sobra: le manda lo preciso para comer, y eso es todo: así comprenden muchos el honor; pero, en fin, él tardará mucho en volver, ó le retendrán allí las cubanas, y nosotros somos felices: amor, y siempre amor. ¿Qué es la vida sin esa afección santa? ¿Quién nos resarcirá del tiempo que hayamos vivido sin amar?

—¿Y la ley de Dios?

—Espero los argumentos de Vd., señor cura.

¿Y qué le digo yo ahora á este hombre? ¿Qué le prescribiría á su vecino si estuviera aquí delante? ¿La separación? Eso se dice muy pronto, pero no es tan fácil decidir si acaso sería más inmoral que el adulterio.

Los argumentos que me suministraba la teología y mi experiencia del mundo eran medianillos, y no me convencían á mí mismo. ¿Qué hubieras tú aconsejado, lector de mi alma?



## LA PENITENTE SOLICITADA

---

Mala mañana fué la de aquel día en que ya de mal humor hube de sentarme en el confesonario.

El primero á quien despaché fué un pobre chico dependiente de un tendero de comestibles. Díjome que se veía en el caso de robar para otro ó no comer, y me explicó los fraudes de que se valían, para mezclar á los géneros sustancias nocivas y algunas de ellas venenosas, expender comestibles averiados y en estado de descomposicion, embutidos y carnes de res enferma ó de perro y caballo, lo cual hacia su amo santamente despues de oir misa y al volver de las juntas de tres hermandades, á que pertenecia.

Tras de aquél apareció otro jóven, criado de una botica, y á su vez me refirió mil fraudes indignos, recetas confeccionadas con algun componente de ménos, porque era muy caro ó no le habia en casa; productos averiados, más dañosos que medicinales; equivocaciones lamentables y hasta el atrevimiento de enmendar las recetas de los médicos, por creer-

los ignorantes, si bien alguna vez se debió á esta enmienda la vida del enfermo. Los galenos pasaban por todo y lo cubrian con tal que los recomendase el boticario, y sucedia alguna vez entrar unos y otros á la parte en los negocios.....

Me manifestó que su principal no era persona de ciencia, ni siquiera hombre; era la viuda del farmacéutico que fué dueño de la casa; nadie lo sabia y continuaba la botica en su nombre, regida por inexpertos estudiantes; alguien percibia buenas propinas por callar, y vamos andando. Se vendian específicos y se recomendaba el que más producía por comision, aunque se supiese que era un veneno. Tambien se trabajaba en la falsificacion.

Figúrense ustedes si esto me quitaria el mal humor.

Estaba yo pensando en la honradez de estos comerciantes, cuando se acerca precipitadamente una mujer como de treinta y cinco años, que parecia de la clase artesana, pero muy guapa, colorada y fresca.

—Vengo sofocada, padre mio; esta iglesia tiene mala sombra para mí: el año pasado me confesé y salí muy disgustada. Soy amiga de la cocinera de un ricachon; esta mujer sisaba todos los dias cuatro pesetas ó algo más, pero no sabia leer ni escribir, y me daba tres reales diarios por sacarle las cuentas y ponérselo todo en órden. Me acuso de esto, y el curita me dice que ajuste la cuenta de todo lo que me dió la cocinera, y... ¡vamos! ¿quiere Vd. callar? que se lo lleve todo á él; además, me aconsejó que de palabra ó por un anónimo, delatase á la buena mujer.

Yo no soy de la policia, le dije, y en cuanto á lo

del dinero, mejor se lo daría al señorito, aunque sería echar agua al mar...—Pues si no me dá usted tres misas de 10 reales no puedo absolverla...—Salí de allí por no arañarle, y otro cura me absolvió, aunque á regañadiente.

Este año vengo, me acerco á ese confesonario de enfrente, y... (aquí se paró como si le faltase la respiracion). ¡Es una vergüenza, padre! Yo lo habia oido, pero no lo queria creer.

—Pero, ¿qué le ha sucedido á Vd.?

—Que me he tenido que levantar, y no sé cómo no he atronado la iglesia; el muy..... buen señor, cuando le dije que era casada, me hizo unas preguntas... ¡indecente! que si debajo, que si encima, que si me retiraba antes de tiempo ó dejaba que él se retirase, que si me ayudaba yo sola cuando llegaba tarde... yo no le entendia al principio, pero luego caí en la cuenta... Me dijo que estaba obligado á preguntar eso y yo á decirlo ¡vaya una obligacion! yo creia que no sabian los curas esas cosas ni podian meterse en tales honduras.

—Y es cierto que no podemos, ni ese señor habrá hecho tal, sino que Vd. habrá creido entender lo que no le ha dicho.

—No soy tan tonta, no, señor; y dale con que si mientras... lo que Vd. puede figurarse, pienso en otro y si hago... lo que quiero, por diversion ó por dar fieles á la Iglesia, si en los dias festivos, si me colocaba así ó asado, si lo habia hecho la noche pasada, sabiendo que hoy iba á comulgar, y así otra porcion de infamias. Yo estaba sofocada; él creyó que mi silencio significaba que me gustaba el juego y siguió muy animado; me enseñó cosas que yo no

sabia, para evitar la sucesion, para aumentar el placer, pecados con otras mujeres, miradas al cuerpo de mis hijos, pensamientos conmigo sola, ¿qué sé yo? Y por último me dijo que yo era muy guapa, que los curas tambien tenian corazon... y vamos, se declaró el hombre.

—¡Señora! ¿qué está Vd. diciendo?

—Lo que Vd. eye; es claro, Vds. se defienden unos á otros, pero esto no quedará así, lo diré á mi marido... ¡tonta de mí! él me dice que no venga, pero como una lo ha mamado, aunque sea á escondidas quiere cumplir como cristiana.

Una vecina mia se quejaba de que á su hija, niña de 13 años, le habia dicho un cura viejo y que tenia fama de santo, cosas que sacan los colores, y le habia enseñado más que sabe una mujer de mundo: despues la hizo pasar á la sacristía y quiso... ¡infame! pero la chica empezó á llorar y él, acobardado, la dió una estampa y la echó de allí. Bien dicen los hombres que... ¡Ay padre! perdóneme Vd., no sé lo que me digo...

La tranquilicé como pude y me guardé muy bien de decirle que estaba obligada á presentarse al obispo y delatar al solicitante (nunca me agradeceréis lo bastante, queridos colegas, esta costumbre mia que me honro en practicar, pero que no todos imitais). Aquel relato me hizo muy mala impresion, pero despues ya me he acostumbrado; lo ménos lo he tenido que oír setecientas veces.

Y las que he de oirlo todavía.



## DONDE MENOS SE PIENSA...

Ó UNA FAMILIA DE BEATAS

Hacia tiempo que veía en todas las funciones de Iglesia á una anciana y dos hijas, ya jamonas, pero todavía de buen ver. Asistían con gran devoción al culto y comulgaban lo ménos todos los meses, con gran recogimiento y compostura; sus trajes y porte eran modestos, como indicio de la virtud más austera.

Cierto día entraron las tres muy escandalizadas, suplicando al sacristán arrojara del templo á dos perritos de aguas, que, con la mayor frescura... practicaban el amor libre en la casa del Señor.

En otra ocasión, muy sofocadas, denunciaron á una pareja enamorada que, sentada en un banco á los piés de la iglesia, departía amorosamente como si estuviera en los jardines de Recoletos.

Un domingo, con gran sorpresa mía, las veo rodear mi confesonario. Ahora veremos cuál es la mayor virtud de estas buenas mujeres, pensaba yo, no sin cierta curiosidad.

Se acercó una de ellas, la más jóven, y por su confesion pude colegir que, en efecto, las tres eran buenas, incapaces de hacer daño á una mosca, ni de perjudicar á nadie en el valor de un alfiler, pero... no hay bondad sin pero. La buena jamona se acusó de sostener relaciones ilícitas con un cura, á quien conoció en casa de una amiga suya. Cinco años hacia que ofendian al Señor, cómo y donde podian; muchas veces en la misma iglesia, pues ella se fingia sorda, y con el velo echado se acercaba al confesonario de su amigo, él se levantaba y la conducia al cuarto de sordos, sitio retirado que hay en todas las iglesias, y en tan santo lugar... me acordé, sin quererlo, de los perritos de aguas.

Estas mismas dificultades hacian que se amaran con más encono, digámoslo así, y fuesen más dulces sus entrevistas. ¡Oh encantos del misterio! Mil veces habia sufrido reprensiones durísimas de los confesores, muchos le habian mandado que delatase á su amigo, otros que les manifestara su nombre, á todo lo cual se habia ella negado. Un fraile le dió á entender que si hubiera tenido relaciones con él no hubiera pecado, porque él tenia un privilegio especial de su órden...

Siempre que confesaba iba resuelta á romper, mas luego... luchaba y era vencida por su pasion.

—Padre, me decia, ¿cómo es que él me dice siempre: «¡tonta! no temas y goza de la vida», pero ni me dice que pecho, ni que no?

Si esto no es pecado, ¿por qué no acaba de desengañarme? y si lo es, ¿con qué valor se acerca al altar?

—Luchará y será vencido como Vd., hija mia.

—Hum... qué se yo, parece muy tranquilo, y dice que si mi madre se muere y mi hermana se casa, me llevará consigo.

—¿Y no han vislumbrado ellas estas relaciones?

—No, señor, eso me faltaba; ya tengo yo gran cuidado. ¡Qué disgusto tan grande! ¡Ellas que son unas santas! ¡Sí, señor! me despreciarian y no me querrian mirar á la cara...

Tenia razon; su hermana era tambien muy virtuosa, pero... ¡ay Dios mio! tambien tenia corazon y lo habia entregado á un viudo, su vecino, el cual, aprovechando las ausencias de la madre y la hermana, penetraba en la casa, ó bien la buena beata salia con cualquier pretexto y entraba en la habitacion del viudo. Tambien habia sido reprendida, habia cumplido largas penitencias; todo inútil, su amor vencia siempre, y luego él no la dejaba á sol ni sombra.

—¿Será quizá hombre de poca religion?

—Nada de eso, es muy devoto, pasa en las iglesias todo el tiempo que sus ocupaciones le permiten, y es hermano de las cuarenta horas, ya sabe Vd., de esos que velan con un cirio; además se confiesa á menudo y no tiene nada de liberal; pero dice que estos son pecadillos leves.

—VAYOS, cada uno se forma la religion á su manera. Pero, en fin, supongo que no habrán Vds. dado escándalo.

—Eso nunca; porque ese seria, segun él dice, el verdadero pecado, y luego mi hermana, la pobrecita, una santa, ya lo habrá Vd. visto ahora, tan pura, enemiga de novelas y poco aficionada á teatros. Pues no digo nada mi madre, ¡Dios mio! se

moria del disgusto. ¡Una familia tan honrada, de la que nadie tiene que decir cosa alguna!

Y, en efecto; su madre, cuando se confesó, tuvo sólo que acusarse de querer á una hija más que á la otra.

—No lo puedo remediar, soy siempre más blanda con la menor, aunque en verdad no es la de mejor génio; ambas son buenas y me quieren; sobre todo muy honradas, pero irresistiblemente quiero más á la menor.

—¿Cómo así?

La anciana se turbó, y me dijo balbuceando:

—Es que... yo me casé á la fuerza, por dar gusto á mis padres, y despues tuve relaciones con el que yo amaba y no me dejaron escoger por marido; la hija menor es suya: ¡pobrecita! ¡si ella supiera!...

Traté á esta familia ejemplar con tal amabilidad, que las tres quedaron encantadas, y por muchos años fueron mis parroquians asíduas que me dieron muchas misas, aunque de poco precio. Así pagaban mi tolerancia, porque ellas fueron siempre muy buenas, pero nunca pudieron enmendarse. ¡Oh, eficacia de la penitencia!





## LOS PIADOSOS BUSCONES

---

Hay en esta tierra católica de garbanzos una multitud de industrias para vivir sin trabajar.

¿De qué vivirá ese señor tan beato, ó esa familia á la cual no se le conocen rentas ni profesion alguna, y sin embargo, van pasando, como cada hijo de vecino, pero sin trabajar?

Todos nos hemos hecho esta pregunta, y yo tanto ó más que los otros mortales; porque he visto en las iglesias muchas gentes que pasaban en ellas su vida sin más ocupacion.

\*  
\* \*

Me fijé hace años en un caballero decentemente vestido, muy devoto, á quien veia con frecuencia en el templo en que yo servia y en otros varios.

Muchas veces le ví confesarse, y por eso no me chocó verle una mañana á mis piés.

—Por Dios, señor cura, que no nos oiga nadie; voy á decirle cosas muy graves, confiando en su virtud é ilustracion, que me es conocida.

Yo soy agente carlista; he sido descubierto; la policía me busca, y si me coge, todo se pierde: á algunos infelices les costará la vida. Los momentos son preciosos para escapar, mas habiendo invertido en asuntos de la causa todo el dinero que tenia en mi poder, necesito 300 reales para marchar. Daré á Vd. un resguardo, y mi gratitud será eterna: le juro solemnemente que se acordará de mí (no menta en esto), pues el día, muy próximo ya, del triunfo, Vd. será elevado muy arriba.

Me negué á dar el dinero y despedí al agente carlista con los mejores modos. No volví á verle sino al año siguiente, tambien confesándose; tenia el pelo rubio. Ocho años despues se me acercó de nuevo; estábamos en otra iglesia; él llevaba gaban, barba corrida entrecana, y sus carrillos hinchados por la erisipela, pero le reconocí. Entonces era zorrillista, estaba descubierto y condenado á muerte: 200 reales eran la salvacion para él y una mitra para mí; renuncié á tanto honor.

Todavía le he visto muchas veces, siempre al pié del confesonario: es una de sus maneras de vivir.

\*  
\* \*

Por espacio de muchos meses fué mi penitente una buena mujer de bastante edad, pobre pero aseada, devota pero muy amable y corriente.

—Si Vd. tuviera conocimiento con las señoras de esta junta parroquial y pudiera conseguir para mí algun socorro de esa testamentaría que les ha dado tanto dinero, ¡cuánto se lo agradecería!—me dijo.

Y yo, pobre de mí, aunque detesto á esas señoras, y no creo en sus virtudes ni en la utilidad de tales

juntas, cuyo verdadero objeto conozco muy bien, hablé á la secretaria.

—¿Cómo se llama su recomendada de Vd.? me dijo la buena señora.

—Doña Isidora, y vive en... tal calle.

—No me hable Vd. de esa mujer; no hace dos meses que me engañó miserablemente; la he seguido la pista y he sabido lo siguiente: es casada, pero vive maritalmente con un viejo mendigo de su especie. Tiene ocho confesores, á los cuales engaña haciéndose pasar por carlista, devota, despreocupada, alfonsina ó mestiza, segun el carácter é inclinaciones del cura á quien explota.

Vá por las iglesias, se coloca junto á las señoras, y de pronto cae al suelo presa de un desmayo: su cómplice se acerca y dice á las circunstantes que aquello lo ha causado el hambre. Allí mismo, y en su casa, durante todo el dia siguiente, llueven las limosnas que es una bendicion.

Un padre Paul, con quien confiesa, hace que la den un buen cocido diariamente; unas monjas la dan otro que no prueba, porque lo vende; aquí pan, allí ropa, ahora bonos de las conferencias, luego socorros de la parroquia, de particulares y de todo el mundo. Así vive.

Esto dijo la secretaria, picando tanto mi curiosidad que á la semana siguiente habia yo hecho mis pesquisas, y habia sabido que la habitacion de aquella pareja de piadosas hormigas mantenidas por la caridad estúpida y mal entendida que se aprende en las iglesias, tenia dos partes, una visible y muy pobre, y el *sancta sanctorum* muy cómodo y confortable.

Un año despues supe que habia muerto ella, despues de su cómplice, y que los vecinos que la habian asistido hallaron en una papelera antigua la friolera de 3.000 duros.

Muchos beatos y beatas como esta, aunque de diferentes aspectos, he tratado, que han debido á la proteccion del confesonario destinos para su familia y una existencia cómoda, sin más trabajo que frecuentar las iglesias y engañar á sacerdotes y devotos de buena fé, ó bien ser espías, mancebas ó terceras de los jesuitas, los curas, los frailes y santurrones hipócritas de la peor especie.

\*  
\* \*

Una jóven, bien parecida, se acercó á mi confesonario, diciendo que estaba desesperada y dispuesta á todo, desde la prostitucion hasta el suicidio. Habia llegado á la última miseria, no tenia ya más que el vestido puesto, y su madre estaba en cama... Venia á pedir consejo: le dí un duro, y le prometí hacer lo que pudiese.

Volvió, y le proporcioné una limosna de cierta ricachona que me tenia en buena opinion; mas esta señora se atrevió á decirme:

—No quisiera augurar mal, pero esa chica y su madre me dan que pensar.

Tuve necesidad al dia siguiente de ir á una iglesia distante de la mia, y ví á la jóven esperando turno para confesar. Yo soy curioso; desempeñé mi comision y esperé. La indigente hizo su confesion, bastante larga, rezó un poco y salió.

Yendo tras ella, la ví penetrar en otro templo, irse derecha á un confesonario y acercarse á la re-

jilla. No necesitaba yo más. Cuando terminó, ví que el sacerdote era un amigo mio, y sin más rodeos, le pregunté si conocia á aquella mujer.

—Es una pobre jóven, abandonada por su marido: tiene tres hijos pequeños, muertos de hambre: yo suelo socorrerla, y en qué me veo para sostenerla en el camino del bien.

Aquella era otra historia.

No tardó en volver á mí, para decirme que por fin habia encontrado trabajo, pero que le exigian dos duros de fianza por el valor de las telas, y necesitaba otros dos para pagar los primeros plazos en casa de Singer.

—Muy bien, hija mia, pediré á la señora que Vd. sabe esa cantidad; pero es indispensable que le presente á las tres horas el recibo de Singer y le dé las señas de la tienda en que le dan á Vd. el trabajo.

Esto la contrarió en gran manera.

—Está bien, dijo, ¿pero no podrá Vd. darme ese dinero adelantado?

—Imposible.

Entonces recurrió á otras artes. Me dijo que habia tenido un disgusto con una amiga suya, que no nombró, la cual le habia dicho que estaba enamorada de mí y que yo le hacia señas en la iglesia. Esto la habia irritado porque... aquí bajó los ojos, y como si estuviese muy turbada: yo... la verdad, dijo, no me gusta oír que á Vd... le quieren, y sufrí mucho. ¡Ay, D. Constancio! la que es pobre ni áun puede tener corazon.

Le dije secamente que yo tenia el mio de corcho y no volvió más. Todavía la veo muchas veces en los confesonarios; no ha renunciado á su industria;

y, según me dijo un sacristan muy travieso, ya ha cambiado tres veces de madre.

\*  
\* \*

Llenaría este tomo con las aventuras de las viudas y jamonas averiadas que buscan un sacerdote por los confesonarios y sacristías, las que sostienen un pleito ya próximo á terminar y ofrecen al cura que cargue con ellas, que será el amo de todo; las casadas con el marido en la Habana, que hacen el amor á los confesores para explotarlos, y las que se encargan del culto de una capilla y recogén limosnas poniendo por pantalla al cándido presbítero que pueden engañar. Entre estas alimañas del templo es digno de mención un cura á quien conocí en Zaragoza. Bajo un exterior muy tosco y grosero ocultaba los peores instintos y una refinada malicia. Se confesaba con cuantos curas hallaba propicios, averiguaba sus gustos é ideas, y les sacaba misas y limosnas. Recorria las casas auxiliando enfermos y diciendo que era provincial de los PP. Agonizantes, cuya cruz encarnada usaba en el manteo; se hacia pasar por austero y penitente, que dormia en el suelo y no usaba camisa, con lo cual embaucó á mucha gente y engañó á los mismos prelados. Todos le creían un pobre hombre. Tres veces habia estado en Roma, donde sin duda aprendió este arte; pero desgraciadamente era, además de ignorante hasta el extremo de leer con dificultad el castellano, muy dado á la borrachera, por lo que fué descubierta su infamia. No obstante, hoy, me consta que desempeña un destino que en-

vidiarían muchos sacerdotes honrados, y que le sostiene una familia conservadora.

¿Quién ha producido en el pueblo estos tipos degenerados y abyectos? La humana imperfección y la miseria, es cierto; pero le han ayudado la confesión y los falsos conceptos de la religión y la caridad, que son moneda corriente entre católicos: lo que no sería tan fácil en una religión sin confesonario y con un culto más serio y racional, es entre nosotros el pan nuestro de cada día.





## ESTRELLA DOBLE

---

Todos los días veía yo pasar por mi calle á dos jóvenes esbeltas y agraciadas que llevaban vestidos exactamente iguales en forma, tela y color; sus rostros eran tan completamente parecidos, que nunca pude distinguir á una de otra; sin duda alguna eran gemelas.

Ya hacia mucho tiempo que las conocia, cuando ví pasar á una de ellas, no sé cuál, acompañada de un joven que tendria su misma edad (23 á 25 años), en extremo simpático, bien parecido y nada vulgar. Un dia ví á otra, ó á la misma, sola y con evidentes señales de tristeza ó abatimiento, y algun tiempo despues pude ver á ambas muy risueñas, rebosando satisfaccion, acompañadas del consabido mancebo, tambien muy satisfecho.

Como soy naturalmente curioso me devané los sesos durante algunos dias, suponiendo no sé cuántas tonterías; mas por entonces tenia yo hartas ocupaciones y no tardé en olvidar á las gemelas.

Cierta mañana ví con gran sorpresa entre mis devotas á una de las dos jóvenes aguardando turno para confesarse. No habia duda, era ella; magnífica ocasion para satisfacer mi curiosidad. Mas fuese porque se le acabase la paciencia ó porque desistiese de confesar, la jóven, despues de haberse fijado mucho en mí, como si quisiera reconocerme, se levantó y salió del templo, causándome una gran contrariedad.

Pasados quince dias lo ménos, me dijo un acólito: «una señora jóven pregunta por Vd.; dice que le espera en el confesonario.» Salí precipitadamente y... no me habia engañado el corazon, era ella.

—¿Es Vd. el padre Constancio? me dijo al través de la rejilla.

—A quien puede Vd. mandar como guste.

—Le he buscado porque me han elogiado mucho su prudencia. Necesitaba un confesor de cualidades excepcionales para consultarle un asunto grave, gravísimo hasta más no poder, pero como los sacerdotes suelen ser terribles, tratándose de ciertas cosas, por eso he vacilado mucho, áun despues que tan bien me hablaron de Vd. personas que no sabian si esto pudiera interesarme.

—Yo nunca he sido terrible, así pues, sea cualquiera el pecado, crimen, incredulidad ó aberracion que haya de confesar no vacile un momento.

—Yo soy huérfana, dijo la jóven, y vivo con una hermana mía gemela. Mi madre, al morir, no nos dejó más herencia que la habilidad para el trabajo; somos modistas.

Cuatro años hemos pasado trabajando y siempre solas, felices en medio de nuestro aislamiento, por-

que nos amamos con delirio. Tenemos los mismos gustos é inclinaciones, las mismas repugnancias y hasta las dolencias nos son comunes.

Esta felicidad fué turbada por la aparición de un jóven que me siguió un día que por rara casualidad salí sola; me hizo el amor con tal finura y gracia, era tan guapo y fino que me enamoré de él, ocultando á mi hermana, no sin tristeza, esta novedad. Era el primer secreto que tenia para ella.

Pero no pude guardarle mucho tiempo. Notó en mí algo extraordinario, y sobre todo reparó en los mil pretextos que yo, inexperta, inventaba para bajar á la tienda, á casa de una vecina, ó á cualquier parte. Me interrogó amorosamente y ya no tuve valor, la confié mi secreto.

—¿Y eso me ocultabas? dijo la pobre en tono de reproche; ¿puedo yo desear otra cosa que tu felicidad? Dí á ese jóven que venga y nos conozca; somos libres, si te ama y es digno de tí os casareis. Pero... añadió como recordando de pronto una cosa triste. ¡Ay queridita! si me prometieras una cosa...

—Todo lo que tú quieras, le dije llorando.

—Que me llevareis con vosotros, que no nos separemos nunca, balbuceó entre sollozos amargos que me partieron el corazon. Le prometí, le juré que, feliz ó desgraciada, nunca me alejaria de ella y que primero renunciaria á todos los amores del mundo: el hombre que me quisiera habia de quererme con mi hermana ó renunciar á mi cariño.

—Eso es muy justo y muy hermoso, hija mia, aunque no muy frecuente; pero no veo todavía nada pecaminoso.

—Pronto verá Vd. demasiado. Entró mi novio en la casa, trayendo á ella la alegría y el más dulce soláz. ¡Qué ratos tan amenos pasamos los tres segun yo creía! Pero no tardé á mi vez en conocer que á mi hermana le pasaba algo. Empezó á desmejorar: pasados los momentos de alegría, se abismaba en un profundo silencio y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. No pude obtener de ella una confesion franca; estaba mala, esto era todo.

Debo advertir á Vd. que, para probar hasta dónde llegaba nuestra semejanza, y si era cierto que él no nos distinguia, se nos ocurrió que yo me escondiese y mi hermana ocupase mi lugar, diciendo que la otra habia salido. Dos veces seguidas surtió buen efecto el ardid, hasta que él, con el trato frecuente, empezó á notar algunas pequeñas diferencias, por las que se guiaba para conocernos. Pero es el caso que en esas dos ocasiones mi hermana oyó las galanterías del jóven, y luego la ví aún más triste que de ordinario. Empecé á sospechar, pero nada le manifesté. Una mañana habia yo bajado á la calle no sé á qué diligencia, y cuando subí, no hallé á mi hermana; llegó la hora de comer, y no vino; estaba yo muy inquieta, cuando llamaron á la puerta: era un mozo con una carta; la abrí, y creí morirme de angustia; mi pobre hermana se despedia de mí, deseándome que fuese feliz. «Al fin habia de suceder,» decia en aquel papel que todavía mostraba huellas del llanto.

Salí á la calle como una loca, recorrí las casas de nuestros poquísimos conocidos: nada. Ella habia salido sin dinero ni más ropa que la puesta. ¡Dios mio! ¿Si habrá querido morir? Toda aquella tarde

corrí por la ciudad, sin saber á dónde ir, hasta que un ángel, sin duda, me inspiró la idea de dirigirme al ferro-carril. Poco antes de llegar á la estacion ví un grupo de gente reunida: algunos hombres decian: ¡qué hermosa es! y no vá mal vestida; me acerqué, y no puedo decir si fué dolor agudo ó intensa alegría lo que sentí. Allí, en medio del corro, estaba mi hermana en el suelo, privada de sentido; dos municipales trataban de reanimarla. Entonces dí un grito, me lancé entre la gente, dándome á conocer, aunque mi semblante lo hacia innecesario, y juntas fuimos á la casa de socorro en un coche que nos llevó despues á la nuestra.

¡Qué escena, padre mio, qué escena! La infeliz no habia podido soportar la idea de una separacion, habia pedido dinero en una tienda que nos daba trabajo y cuando se dirigia al ferro-carril para irse con unos parientes lejanos, se sintió desfallecer y cayó inerte.

Estrechamente abrazadas lloramos casi toda la noche. Él vino como de costumbre, llamó, pero no quisimos abrirle. Creo que habrá Vd. adivinado que mi hermana me abrió su corazon, y que yo no me habia engañado; ella tambien le amaba y, mirándolo bien, ¡qué tenia de extraño? ¿No habia dispuesto Dios, autor de la Naturaleza, que fuesen idénticos nuestros gustos é inclinaciones?

Toda la mañana siguiente estuvimos luchando; ella queria marcharse al dia siguiente de mi boda, yo juraba que renunciaba á mi amor: ¡fuera hombres!; viviríamos como siempre, ahogáramos esa afeccion en nuestro mútuo cariño, más duradero que el amor mismo; ¿no nos habia hecho ya felices?

—No, decía mi hermana, ¡felicidad incompleta! Cuando el alma ha gustado ese sentimiento incomparable, nada puede ya satisfacerla: amar ó no amar, ser ó no ser correspondida, es como vivir ó no vivir, una de las dos estamos por lo tanto demás, y esa naturalmente soy yo. Confieso que sin el amor soy muerta, que á nadie amaré como á él, sé que te sucede lo mismo; ¿por qué, pues, hemos de ser dos las desgraciadas? Séalo yo sola, ya que él se ha dirigido á tí.

De pronto, una idea súbita como el relámpago pasó por nuestras cabezas y casi á un mismo tiempo nos miramos con ojos centelleantes. Las dos... las dos fundidas en un mismo amor ¡qué idea, cielos! si él quisiera... pero... la moral... y despues de todo, ¿á quién haríamos daño? ¿quién habia de saberlo?

—Dios, objeté yo.

—Ese es precisamente el que nos ha formado como somos. La Providencia, que todo lo dispone y ordena, ha hecho que suceda lo que ha sucedido; ¿qué gana el Señor con nuestra desdicha? Somos jóvenes, apelemos al juicio de Dios, que no será más severo con las dos, que lo somos una con la otra, dijo mi hermana con decision.

Esta idea extraña se apoderó de nosotras como una obsesion: le dimos mil vueltas, recordamos las historias que habíamos leído de amores imposibles y sacrílegos; amores de las tinieblas, malditos por la sociedad, legítimos para las almas grandes que saben vivir en esferas más altas que el vulgo.

Por fin le dijimos á él toda la verdad: primero se admiró, vaciló despues, y por último acogió la

idea con júbilo. Ante el mundo sería el esposo de una; ante Dios el de ambas: se casaría en la iglesia con la que designase la casualidad. Echamos suertes, y le tocó á mi hermana. La Providencia parecía hablar por medio del acaso, como en las historias de adivinaciones y augurios...

Yo escuchaba grandemente impresionado, no interrumpía, y hasta comprimía la respiración, para no perder ni una sílaba. Cuando la jóven hizo esta pausa, le dije visiblemente conmovido:

—Y, por fin, ¿se verificó tan extraña boda?

—Sí, señor, al mes siguiente; y con ella dió comienzo la felicidad más original que es imaginable. Lejos de sobrevenir los celos ni otros disturbios, es imposible describir lo que hemos gozado cada una viendo feliz á la otra. Él, por su parte, ha descubierto cada día una buena cualidad, y dice, embriagado, que no había podido soñar paraíso semejante. Si es un sueño, exclama en el paroxismo de la dicha, que no despertemos nunca...

—¿Y el mundo?

—Nada sospecha; es tan frecuente que un marido se lleve bien con su cuñada y la lleve á todas partes...

—¿Pero no han sentido Vds. algún remordimiento?

—Él es muy liberal; pero nosotras, cuando llegó el cumplimiento de Iglesia, recordamos que con nuestra madre primero, y juntas despues, íbamos á confesar, ahora...

Dicen que hay sacerdotes muy sábios, que opinan como nosotras, porque saben cuál es el verdadero amor, aunque lo callan: decía yo muchas ve-

ces, si diéramos con uno de esos, tal vez nos sacaría de dudas, y por eso he venido aquí, padre mio: ¿he hecho bien?

—Sí, le repliqué; pero no hallarán Vds. quizá otro; y pueden dar gracias á Dios que soy... como Dios me ha hecho.

Reprendí, ¿qué habia de hacer? Pero aconsejar la separación y declarar nulo aquel matrimonio, me parecia muy duro. ¡Siempre el corazon y la naturaleza frente á la religion! Por otra parte, bien sabia yo que no habia de adelantar gran cosa. Problema terrible que ni yo ni nadie puede resolver sin destrozár tres almas y causar más estragos que beneficios. Se fué la jóven, volvió con su hermana, ambas me oyeron, y... hoy suelo verlas muy contentas con su marido, del brazo, tan satisfechas y tranquilas como las mujeres de los mormones y de muchos católicos.

¡Oh mundo cristiano! ¡cuántos misterios ocultas! ¡Si fuera cierto lo del juicio final, qué cosas sabrian allí con estupor los imbéciles, que hasta la moral se han encontrado ya hecha por mano ajena en este valle de lágrimas!





## ¿ROBO Ó COMPENSACION?

—Señor cura, me decía un hombre decentemente vestido con la barba afeitada y todas las apariencias de criado de gente eclesiástica, acabo de tener un altercado con un confesor que se ha negado á escucharme porque le he dicho que no tengo la Bula; ¿tendrá Vd. la bondad de confesarme á pesar de esta circunstancia?

—Con mucho gusto, pues no comprendo ese rigor; su pecado de Vd. no es más grave que otro cualquiera y no está reservado.

—Es que además yo sostengo que no he pecado, porque en la actualidad sirvo á unas monjas, y como Vd. sabe, el amo es quien debe comprar las bulas á sus criados: si no lo hace, allá se las componga con Cristo.

—Es muy cierto.

—Pues no quiso oír razones. ¿Qué hubiera hecho si llega á escuchar lo que pensaba consultarle?

—Veámoslo, que yo no soy tan intransigente.

Confesó el buen hombre algunas faltas de las que todo el mundo comete y añadió:

—Lo que probablemente hubiera exasperado á ese buen señor es lo siguiente: Yo he sido siempre inferior y pobre. Ya no soy mozo y estoy harto de ser explotado, por lo cual, lejos de estar arrepentido de haber hurtado á mis amos, jefes y superiores, creo que he hecho bien, y sigo en mis trece apoyado en muy sólidas razones segun mi juicio.

—La cosa no deja de tener su gravedad; pero, en fin, explíquese Vd.

—Cuando yo era un inocente que apenas contaba quince años, me engatusaron unos frailes, tomé su hábito, y muy pronto habia hecho voto de castidad, pobreza y obediencia, sin saber bien qué era voto, ni qué significaba lo que prometia; ni conocia el mundo ni á mí mismo. La prueba de que esto era una infamia es que Pío IX ha prohibido á todas las órdenes religiosas que celebren profesiones solemnes de menores, pero no ha anulado las ya celebradas.

Salí del convento sin un cuarto cuando nos exclaustraron, fuí soldado y luego criado de servir; más tarde empecé á cobrar una pensión mezquina, y así, de Herodes á Pilatos, he andado siempre vendiendo por poco salario mucho trabajo: ahora soy demandadero de las monjas de N<sup>\*\*\*</sup>. Pues bien, padre, con ligeras excepciones, todos los señores á quienes he servido me han dado poca retribucion y atrasada unos, mala comida otros, y todos me han cargado con más trabajo que lo estipulado. Yo, pues, he sisado lo que me ha sido posible.

—Mal hecho, porque siempre era Vd. libre para mudar de amo.

—Pero no de explotador, y mientras encontraba ó no casa, ¿qué iba á comer? Si adquiero una enfermedad por causa del servicio, ¿á donde iré á curarme sino el hospital? Cuando ya no sirva para nada, ¿qué pago me darán los que me escatiman mi salario ó mi pan cuando aún puedo servirles? A los buenos amos nunca les he defraudado en lo más mínimo.

—Siempre ha sido Vd. juez en causa propia.

—Como nadie habia de hacerme justicia, he tenido que hacérmela yo; exactamente lo mismo que los primeros hombres á quienes Dios, su creador, no les hacia casas, ni ropa, ni los defendia de las fieras; se valieron ellos solos de su ingenio y prefirieron matar antes que morir, como yo robar por no ser robado.

—La ley de Dios es terminante.

—Mire Vd., padre, esas razones son buenas para un novicio, pero no para mí. ¿No es la Iglesia infalible? ¿No le ha dado Dios facultades extraordinarias para decidir lo que es bueno ó malo? Pues yo he leído en una Teología moral que es lícito compensarse *tomando bienes del deudor contra su voluntad y ocultamente*: 1.º, si hay tal débito; 2.º, si tan sólo se toma lo que se adeuda; 3.º, que se tome de bienes del deudor; 4.º, que el acreedor no pueda reclamar ante los tribunales por falta de testigos ó porque sepa que no le han de hacer justicia, ó bien que le irrogarán algun detrimento; y 5.º, que no cause escándalo ni perjuicio de tercero. Yo he cumplido todas estas condiciones.

—Méenos mal; pero ya que leyó Vd. en ese libro debía haber prosiguido y hubiera dado con lo si-

guiente: «Inocencio XI declaró que los criados no podían sisar para compensarse cuando juzgaban que sus amos les daban poco salario.»

—He leído eso y mucho más; pero Vd. olvida que yo no juzgo que el salario sea poco, sino que *sé positivamente* que el trabajo es más del estipulado y no tengo medio de resarcirme. He leído esa condenación papal y después este aforismo abrumador: *la cosa, donde quiera que se halle, clama por su dueño*; pues eso mismo hace mi trabajo.

Pero como no soy infalible quiero que Vd. me conteste á estas dudas: El que nace y cuando tiene uso de razón no sólo no perturba el orden social, sino que trabaja en la medida de las facultades que Dios le concedió, ¿tiene derecho á que la sociedad le dé cuanto necesita?

—Lo tiene.

—¿Es cierto que por lo necesario se debe entender, no como algunos quieren, lo preciso para no morir, sino la comida nutritiva, vestido que abrigue, habitación sana, asistencia en la enfermedad, instrucción, libertad racional, familia si la quiere y todas las expansiones que no perturben el orden social ó natural?

—Es cierto.

—Pues si todo esto se me debe, es cosa mía, y como tal, clama por su dueño; la sociedad me la quita injustamente, luego *de occultis* y teniendo en cuenta las cinco condiciones dichas, puedo compensarme. Yo debo mirar al mañana y hacer por no caer en la miseria mientras haya gentes que no trabajen y gocen de lo supérfluo. Es más, estoy obligado á hacerlo así, porque la ley de Dios me prohíbe obrar

en mi daño. ¿No enseña la doctrina que el rico es administrador, y nada más que administrador, de los bienes del pobre? Pues no me negará Vd. que un propietario puede cobrarse de los bienes de su administrador los perjuicios que éste le irrogue.

—Peligrosa teoría; pero, en fin, ¿Vd. ha logrado algun bien con ella?

—Tengo una pacotilla regular, que, Dios mediante, me librará del hospital ó del asilo en mis últimos dias. Si no hubiera sisado no tendria más porvenir que la miseria, y mis amos no serian por eso más ricos, así como hoy no lo son ménos. Pero mis compensaciones han tomado aún más vuelo.

—Veamos á dónde ha ido Vd. á parar con esa especial nocion de la justicia.

—Esta nocion la he aprendido en la Sagrada Escritura, dijo con cierto retintín el demandadero. Allí se lee que Dios *mandó* á los israelitas apoderarse *con engaños* de las alhajas y bienes de los egipcios, precisamente en pago del excesivo trabajo á que los tuvieron sujetos. Pero ante todo permítame Vd. otras preguntas: ¿Es lícito y válido el contrato hecho con menores de edad ó con los mayores que no tienen el suficiente discernimiento?

—No.

—¿Es el voto un contrato ó pacto que hacemos con Dios, el cual, segun enseña la Iglesia, siempre lo acepta?

—Así es doctrina corriente entre católicos.

—Entonces, ó Dios acepta contratos ilegales con menores de edad, ó mis votos son nulos. La Iglesia y el Estado, inspirada por ella, no lo quieren reconocer así, imitando á los egipcios y á los señores á

quienes he servido. Puedo por lo mismo, acusar como acuso á la Iglesia y á todos los que dan por bueno lo que ella hace, de haberme usurpado el derecho de tener una familia, engañándome por un pacto fraudulento. Si yo hubiera tenido 25 años, ó el conocimiento adquirido cuando los tuve, no hubiera profesado. Por causa de esta profesion me he visto precisado á servir.

—Pero no se le ha seguido á Vd ningun perjuicio enorme.

—¿Vd. qué sabe? Si hubiera guardado castidad absoluta, cosa imposible para mi temperamento, ya estaria muerto ó en un manicomio. La Iglesia no entiende de idiosincrasias ni distingue de edades. ¡Decir que á los 15 años ya puede uno obligarse á la castidad absoluta! ¡¡qué locura!!

—¿No puede obligarse al matrimonio?

—Sí, pero éste vá con la naturaleza humana, y aquélla en contra; no puede haber mayor diferencia; sobre que los matrimonios de niños está probado que son inmorales.

No es esto todo; la Iglesia católica me es deudora de una gran fortuna. Una viuda rica se enamoró de mí, pero los malhadados votos impidieron esta boda. Así, pues, todo el clero, todos los católicos fervientes y el gobierno que autoriza sus delirios, me deben una familia y una fortuna. La familia me la he procurado yo clandestinamente, pero la fortuna ya es otra cosa. Vea Vd. si no tengo derecho á resarcirme como pueda con los bienes de los católicos ricos: vea Vd. si no lo tendrá lo mismo el jornalero pobre y todo el que, habiéndose conducido en este mundo honradamente, se vé amenazado para su vejez de

la miseria y el abandono, y sabe que sus explotadores vivirán y morirán en la abundancia. Esta es mi teoría, y con arreglo á ella he vivido siempre: por lo demás, no soy capaz de hacer daño á una hormiga, y si fuera inmodesto haria mérito del bien que hago á otros más pobres que yo, cuando me lo dicta mi conciencia.

.....  
Huelgan los comentarios.





# SEGUNDA PARTE

---

## LA CLASE MEDIA

### LA FAMILIA CRISTIANA

Ya tocaba á su fin la época del cumplimiento pascual el día en que rodeó mi confesonario toda una familia, compuesta del matrimonio, un jóven como de 18 años, dos pollas algo mayores que él, y una jóven que desde luego, por su traje y apariencia, iba diciendo: yo soy la criada de esta gente. La madre, una mujer como de 44 años, todavía aceptable, colocó á su familia femenina en ordenada distribucion junto al confesonario. Los dos hombres permanecieron en pié arrimados á un poste y desde allí lanzaban miradas oblicuas sobre mí, como queriendo adivinar mi carácter y modo de pensar.

No era difícil conocer que ambos se hallaban á disgusto. Las niñas aguardaban su turno leyendo en sus devocionarios y levantando á menudo la vista para pasearla furtivamente por toda la iglesia y los que en ella estaban. Cuando les llegó su vez, la primera que se acercó á la rejilla fué

## LA MADRE

---

—¿Cuánto tiempo hace que se ha confesado usted? le pregunté maquinalmente.

—Un mes, padre, me contestó.

—¿Cumplió Vd. la penitencia de la pasada confesion? ¿ha hecho exámen de conciencia? ¿trae dolor de sus culpas y propósito de enmendarse?

—Sí, padre.

—Su estado de Vd. es...

—Casada, y vengo con toda mi familia; esos dos hombres y esas niñas que están ahí. Ahora le diré á Vd. lo que deseo que reprenda á cada uno de ellos, aunque yo, siquiera me esté mal el decirlo, cuido de que en mi casa se observe la religion; sabe Vd. que en estos tiempos no puede una imponerse como quiera. Los sacerdotes pueden ayudar muy bien á las madres.

—Las advertencias puede Vd. omitirlas, porque ya veré lo que sea reprehensible en cada uno. Veamos, pues, ahora sus pecados.

—Pues *los de siempre*, casi nada. Ya vé usted, yo, si no fuera porque me impacientan los míos, viviría como una monja; no hablo mal de la religion, de la

Iglesia, ni de sus ministros; no juro ni blasfemo, cuidado de que todos vayan á misa: mis hijas y yo confesamos cada mes y en las principales fiestas, somos además todos los de casa hermanos de varias congregaciones; yo respeto á mi marido y no hago mal á nadie, pero esta gente jóven... los hombres salen á la calle, ven y oyen cosas malas, y se pervierten; las chicas, aunque las tengo muy subordinadas y las castigo, les prohibo que lean, les escondo las plumas y les predico mucho, son de la piel de Satanás, y entre ellas y ellos, padre mio, me sacan de tino; luego los criados, tan zafios; así y todo, procuro agradar á Dios; no falto á mis devociones, sobre todo el rosario ni...

—¡Basta, basta! le interrumpí; no es necesario que yo sepa lo que Vd. no hace, sino simplemente sus pecados; las virtudes las supongo desde luego.

—Bien; pues tenga Vd. la bondad de irme preguntando, porque, la verdad, yo con esta cabeza...

—Vamos, suponiendo que Vd. ama á Dios sobre todo, pasaré al segundo mandamiento. ¿Ha jurado Vd. alguna vez en falso?

Esta pregunta pareció desconcertarla, pues replicó vacilando:

—En falso precisamente, no; pero no era del todo exacto lo que he obligado á jurar á mi marido. Una viuda, amiga nuestra, estaba inconsolable porque su hijo entraba en quintas. El tal es un perdido; no sólo no mantiene á su madre, sino que le malgasta lo que suelen darle algunos... protectores. Yo, compadecida, no paré hasta que mi marido juró y buscó á otros dos que jurasen lo que era necesario; yo me acordaba de mi hijo y me compadecía tam-

bien de esa pobre madre; se hubiera muerto si le quitan el chico.

—Y la madre del que habrá ido al servicio en su lugar, ¿no tiene corazon ni amor maternal?

—Bien veo que no he obrado muy bien; pero al cabo mi amiga es realmente viuda, en eso no he mentido, y creo que todos los hijos de viuda deberían estar exceptuados. ¡Pobres madres!

—¿No ha cometido Vd. ó hecho cometer otro juramento falso, con ó sin perjuicio de tercero?

—No, señor.

—Vamos al tercer precepto. Supongo santificarán ustedes los días festivos; ¿pero no recuerda usted haber hecho trabajar á los demás?

—¡Ay! no, padre. Yo pertenezco á las conferencias de San Vicente, y á todos los pobres que socorro los amonesto para que guarden las fiestas, y no los favorezco ni siquiera con buen informe cuando sé que trabajan. Mire Vd., aunque no lo necesitamos, las niñas y yo trabajamos para las tiendas sin que lo sepa mi marido; nuestra posicion nos permite hacerlo por ménos precio que las costureras ó bordadoras de oficio; por eso nunca nos falta, y así pueden presentarse las niñas más decentes, y aún aparte algo á escondidas de ellas para que el niño no salga á la calle sin una peseta. Si yo las dejara coserian el día festivo en sus vestidos propios, pero no lo consiento; es lo que les digo: velad un poco más todas las noches.

—¿No teme Vd. que enfermen de la vista, del estómago ó del pecho?

—¡Ah! no, señor; son fuertes.

—Y el mocito, ¿trabaja?

—Ese no puede, porque se cria siempre tan delicadito ¡hijo mio! está estudiando, y bastante tiene con esto; si no se divirtiese mucho con sus amigos, quién sabe lo que habria sido de él, ya habria muerto.

—¿Santifican las fiestas los criados?

—Les hago oír misa, eso sí, y no quiero que trabajen sino lo necesario: guisar, barrer, salir á los recados.

—Todo lo que pueden hacer; yo entiendo que el descanso que se nos manda consiste en no trabajar en aquello que constituye la profesion.

—¿Qué quiere Vd.? el dia de fiesta es cuando hay más que hacer: tenemos convidados, se hace un excesillo, las niñas tienen que vestirse, ir á misa ó á visitas, yo voy á la conferencia, vienen amigos que todo lo trastornan, y es natural que la criada trabaje algo.

—Sí, sí, ya lo veo, algo así como el doble de los dias de labor.

—Yo no creo que esto sea malo, porque lo he visto en casa de un obispo, en los conventos de frailes y monjas que frecuento y en otras casas muy piadosas.

—Adelante, dije yo, atajándola, antes que confesarle que me habia dado una leccion. ¿Respetan á sus padres ó á las personas mayores y constituidas en autoridad?

—Mis padres viven en el pueblo porque están acostumbrados á eso, y dada la posicion que ocupamos, se verian obligados á violentarse mucho.

Sin querer, recordé al oír esto un refran que repetia mucho mi abuela cuando veia ciertas cosas:

«*Hijos de á real y padres de á ochavo*», y sospeché que tenia delante de mí un matrimonio desigual por lo ménos en educacion.

—Estoy en buenas relaciones con ellos, siguió diciendo la buena señora; mi marido cuida que nada les falte; así, pues, si algo pecho es por el génio de mi suegra, una vieja indigesta, muy orgullosa con su noble alcurnia, muy despótica y dominante; celosa de mí y de cuantas personas estima su hijo, á quien domina absolutamente. Es religiosa, allá á su modo, segun los consejos de un exclaustado muy viejo, que es su confesor hace muchos años; por eso no ha venido aquí, pues desprecia á Vds. los curas: que no le hablen sino de frailes, condes y marqueses, y del rey Fernando VII y su córte. Dice que en sus tiempos no se veia lo que hoy; aquellas gentes eran perfectas, y como ella lo es tambien, desprecia á mi familia y á todos nos mira con desdén queriendo meternos en un puño.

¡Y si fuera esto solo! Ha de saber Vd., continuó, exaltándose gradualmente como herida en la fibra más sensible, ha de saber Vd. que hace cosas que no son justas. Cria á mis hijos muy mal, sobre todo á los varones, me riñe y contradice delante de ellos, les habla de mí con ironía y distingue al mayor porque dice *que es el más parecido á su padre*. Ella tiene otros nietos, los hijos de mi orgullosa cuñada; pues bien, aquellos son los preferidos. Cuando sabe que yo la oigo, dice con mucho retintin aquel maldito refran de los antiguos: *Hijo de mi hija, ese es mi nieto; hijo de mi hijo no saberlo*. ¿He de ver esto con calma? No puedo remediarlo; luego mi marido, siempre en favor de la vieja infernal. ¡Vamos! yo

hago cuanto puedo para no odiarla, pero á veces hasta le deseo la muerte y que padezca en el infierno lo que me hace sufrir.

¡Ay, padre! Como Vds. no son casados, no pueden medir ciertos sufrimientos. Cuando yo considero que esa mujer es nieta de un tendero, que fué luego asentista y compró títulos nobiliarios, y cuando recuerdo lo que me dijo otra vieja devota, su contemporánea, sobre ciertos devaneos cortesanos, causa del encumbramiento de su marido, y otras debilidades con cierto fraile, que dió mucho pasto á la malidencia de entonces, cuando...

—¡Por los clavos de Jesús, señora! ¿á dónde vá Vd. á parar? Yo no quiero saber nada de eso. Veamos sus pecados, y ya es bastante.

—Perdone V., pero no puedo remediarlo.

—¿Le remuerde á Vd. la conciencia sobre algo que tenga que ver con el sexto precepto?

Aquí un silencio y algunas medias palabras que no pude entender; evidentemente, la señora vacilaba un tantico; al fin dijo con cierta turbacion:

—En todo este mes sólo debo acusarme de que por no disgustar á mi marido... (aquí algo que no puede decirse).

—Ya sabe Vd. que la ley es terminante; el matrimonio tiene sus fines: uno de ellos la conservacion de la especie humana.

—Sí, señor, lo sé; pero *él* dice que ya tenemos muchos hijos, demasiados para nuestra fortuna, y como yo no estoy ya muy fuerte, mi salud se quebrantaria con una cosa así... ¡Cuántos gastos y molestias!

—Otra cosa.

—El mes pasado confesé cierto descuido, pero no estoy tranquila; creo que no me expliqué con toda claridad. Ello es, dijo como haciendo un esfuerzo, que un jóven, muy calavera, amigo de mi hijo, frecuenta mi casa. Estaba yo con él sola, y ¿quién lo habia de creer?... yo... no quiero acordarme... sí, debí estar loca; ahora me parece mentira, y sin embargo, el desalmado...

—No prosiga Vd., lo he comprendido; y... ¿se repitió muchas veces esté atentado?

—Muchas muchas, no... varias. Ya lo confesé, pero ahora quedo tranquila; Vd. me inspira confianza para hablar muy claro. Otros curas son tan huraños, dan voces; mi marido está ahí cerca, ¡Dios mio!

—Una observacion. Si cualquiera dijese á su hijo de Vd.: «tu madre fué esposa infiel,» ¿no haria él un disparate con el atrevido calumniador? ¿y si esto mismo lo oyeran estas niñas tan vigiladas, á quien tanto predica su madre la moral? ¿y si el esposo?...

—En cuanto á ese, dijo la fiel cristiana respirando un poco, puede Vd. creer que no se descuida; si yo dijera lo que sé... por lo mismo que somos tan débiles, vigilo mucho. Esa bribona de la criada parece una santa, pues si yo no anduviera lista me seduciria al niño, ya eché á la calle á otra que me queria hacer tragar un nieto clandestino, como si yo no supiera lo que son esas mujerotas y los soldados; en la casa de maternidad quedó todo arreglado.

La verdad es que el chico es muy guapo y muy picarillo; todas las pollas se mueren por él; es jóven al fin, y no le disgustan; en eso ha salido á su

padre, pero yo estoy alerta, porque aunque no ha de venir á casa en mal estado, hay gentes que, creyéndonos ricos, le tenderian lazos, y eso no, yo quiero para mi hijo un porvenir, no una pordiojera. Las niñas, por su parte, me dan que hacer, porque les reservo, de acuerdo con su padre, colocacion ventajosa para ellas y para... nosotros; pero están encaprichadas de unos pollos que no han acabado su carrera ni tienen una peseta; ¿cómo he de consentir yo eso? Vea Vd., padre, como si he pecado algo, bien caro lo pago.

—Ya, ya. ¿Y no tiene Vd. más hijos?

—Parece Vd. un profeta; tengo una pequeña en el Sagrado Corazon: y otro niño en los padres Jesuitas.

—¿Tiene Vd. amigos en la órden? pregunté escamado.

—No, señor; es que ahora es de moda; toda la grandeza tiene allí á sus hijos, porque, segun dicen, no hay maestros como los jesuitas. Nos cuesta un sentido, es verdad; aquello es una socaliña continúa con mil pretextos; pero la educacion es brillante; además, los niños se rozan con los aristócratas.

—Bien, todo eso no es pecado; yo queria preguntar si atendía Vd. á todos sus hijos con igual solicitud.

—Sí... es decir, sí y no, porque el primer hijo que tuvimos no sabemos de él.

—¿Cuál es la causa?

—El mundo, padre mio, el mundo tiene la culpa de muchas cosas; veo que no es posible ocultar á Vd. nada.

Yo soy hija de unos labradores; mi marido se enamoró de mí ciegamente, pero yo estaba loca por un muchacho del pueblo, también labrador. Mis padres me decían: no seas tonta, ese es pobre, mira que nos salvas, ya ves cómo estamos; ello es que con el favor de mis padres, el señorito mi futuro abusó, y antes de casarnos... Si su madre lo hubiera sabido, todo se perdía; fué necesario llevar el niño á la inclusa. Luego nos casamos contra viento y marea, prévio un depósito y mil disgustos. No hemos tenido ocasión de saber de la criatura y mi esposo ha dicho siempre que le hemos hablado de esto: «¿y mi madre? ¿sabes tú el disgusto que tendría? sería capaz de desheredarme con gran alegría de mis sobrinos; dejemos las cosas como están...»

Después se acusó de algunas bagatelas, y aguardó mi reprensión y la penitencia.

Mientras pronunciaba la forma de la absolución, recordaba sin querer la zarzuela de Serra, *El último mono*, y los elogios que todos los publicistas católicos y muchos liberales tributaron siempre á la madre cristiana.





## LA CENICIENTA

---

No sin fundamento suponía yo que la virtuosa señora había callado muchos pecados por ignorar que lo fuesen. Yo esperaba que sus hijos, sobre todo las niñas, dirían lo que su madre había omitido: no me equivoqué.

Por la ventanilla opuesta apareció la hermosa cabeza de la hija mayor. Dos ojos magníficos, negros y expresivos me miraban con cierta asombrada fijeza: el aliento perfumado, suave y delicioso de la juventud, atravesó la celosía, mezclado con uno de esos ténues olores artificiales que prestan encanto á la distincion y la hermosura. Esto es cuanto hubiera percibido de aquella jóven, si no hubiera tenido tiempo de mirarla á mi sabor, como á toda la familia, mientras escuchaba el relato de la madre.

Porque debo advertir aquí, para conocimiento del que leyere, que no acostumbro á mirar por la rejilla á las penitentes. Me coloco en el confesona-

rio de manera que se vea todo lo posible mi humilde persona; el cuerpo algo inclinado hácia la ventana ocupada, á la cual apróximo la oreja, no los ojos, con lo que pretendo evitar á la penitente la vergüenza que ha de causarle saber que la están mirando y la molestia de mi aliento.

En esta postura, sin perder una palabra de la relacion penitencial, puedo recorrer con la vista la porcion de iglesia visible desde mi puesto, contar los fieles agrupados en mi derredor y hacer sobre ellos algunas observaciones; mis manos las vé todo el mundo, procurando yo contenerlas para que por sus ademanes y lo mismo por el gesto de mi semblante, no adivine algun devoto algo de la confesion, que no seria la primera vez.

Cuando hablo, apenas me oigo yo mismo, y si alguien se acerca demasiado, cuido luego que se aparte, advirtiéndole caritativamente que basta con que sea yo el que oiga la confesion.

Esto se llama entre los inteligentes «juego limpio». He visto siempre con gran repugnancia la costumbre incalificable de muchos clérigos que se aproximan á la rejilla, cubren su cabeza con el manteo, estableciendo así una especie de tienda de campaña bajo la cual es todo supponible, al ménos para los maliciosos, y ocultan las manos quién sabe dónde.

Los que tal hacen cuchichean por lo regular de un modo harto perceptible, y sé que fijan sus ojos con avidez en la confesada, que si tiene pudor y dignidad, es entonces digna de compasion.

Este modo de confesar, muy comun entre frailes y clérigos viejos ó incultos, es ciertamente asque-

roso; ¿pero dónde dejamos las costumbres penitenciales de los franceses?

El catolicismo ultra-pirenáico reviste formas de refinada hipocresía y deja entrever una sordidez miserable, producto de viles y mal disimuladas pasiones.

El confesonario de los templos franceses es una construcción de lujosa y artística apariencia, que oculta por completo al sacerdote. Es necesario que un cartel colocado en el frontis indique su nombre.

A ambos lados hay dos escondites que también cubren por completo á los penitentes, gracias á dos cortinas tupidas: allí no se vé nada y se puede adivinar todo.

Cuando se vé aquello por primera vez, no se puede evitar esta sugestión: ¡Si fuera movable la tabla divisoria!...

Dicen que este sistema es útil, porque permite confesarse con el mayor sigilo á la mujer que lo hace sin que lo sepa su marido, ó al pseudo liberal, que tiene interés en ocultar sus preocupaciones religiosas; será todo lo que se quiera, pero es poco limpio; como otros muchos juegos católico-galicanos.

Hecha esta digresion necesaria, segun mi entender, continúo.

La jóven, despues de los preámbulos de ordenanza, empezó su relacion.

—Mis pecados, padre, se reducen á muy poco, y son, sin embargo, bastante graves; al ménos así lo aseguran los sacerdotes con quienes he confesado hasta aquí; lo peor es que á mí no me lo parecen tanto.

—Tal vez sea yo de esa misma opinion; tengo la suerte de no asustarme de nada, hija mia, le dije con dulzura.

Esto pareció animarla, porque con cierta inflexion, inequívoco signo de confianza para el hombre experimentado, continuó:

—Debo advertirle á Vd., para tranquilidad de mi conciencia, que el mes pasado no me queria absolver el cura con quien solemos confesarnos mamá y nosotras, y sólo por evitar un disgusto si no me veian comulgar, me absolvió al fin; pues bien, he vuelto, no obstante, á incurrir en los mismos pecados; si, como Vd. dice, nada le asombra, me alegro mucho, y aún podrá Vd. hacerme mucho bien.

Uno de mis pecados es maldecir á solas de mi suerte, desesperar de la ayuda divina y oír con desdén hablar de la Providencia, y de muchas cosas que pasan en este mundo por sagradas.

—¡Hola! pensé yo, nos las habemos con un carácter, ¡ajo! y de modo que pudiera oirme, le dije: hay muchos como Vd., casi todos los que se creen muy desgraciados.

—Yo lo soy realmente; sufro un yugo, para mí insoportable, impuesto precisamente en nombre de esas cosas santas. Soy la mayor de mis hermanas y la cenicienta de la casa. No quiero excusarme con las faltas ajenas, pero si Vd. ha de hacerse cargo de mi situacion, debo decirlo todo. Mamá tiene sus ideas y preocupaciones, que impone á cuantos la rodean, ménos á su hijo. Segun ella, las jóvenes no debieran saber leer, y vé con disgusto la aficion que mi hermana y yo tenemos por la lectura. Sobre mí pesan el cargo de las labores domésticas y otros mil

cuidados y responsabilidades. Yo soy doncella, mayordomo, oficiala de modista y criada de mis hermanos. Mamá dice que las jóvenes deben salir poco y pasar la vida *sin levantar cabeza* del trabajo. Toma labor de las tiendas, nos hace trabajar día y noche, para suplir con lo que ganamos lo que papá no trae á casa y lo que gasta mi hermano, y cuando ya el sueño nos rinde, quiere que recemos el rosario, y nos riñe si nos dormimos; nos acostamos tarde para madrugar, porque yo debo vigilar á la criada, despertar á mi hermano, prepararle la ropa y hacer otras muchas cosas; así, pues, cuando me siento á coser, ya estoy rendida.

El domingo, si no trabajamos para fuera, hemos de pasar la mañana en misa y en visitas, y la tarde en una Iglesia. Cada mes nos confesamos. La noche que precede á la confesion, mamá nos obliga á hacer el exámen y nos dice: «Mirad que teneis que acordaros de esto ó lo otro. Ya le diré yo al padre que os reprenda ese afan de lavaros el cuerpo, eso es una porquería; en mi tiempo nadie pensaba en eso y se casaban las jóvenes más sanas y rollizas que ahora.»

Nos confesamos con un señor bastante raro, que suele visitar nuestra casa. Antes que nos oiga ya le ha dicho mamá cuanto hemos hecho y le ha encargado lo que debe reprendernos; es claro que ha dicho las cosas á su modo, y por ello nos encontramos al buen cura prevenido ya.

No quisiera ofender á Dios ni á ese buen señor, pero tengo pruebas de que por él se saben en casa ciertas cosas.

—Imposible, niña.

—Pues mire Vd., yo he hecho la prueba inventando un pecado extraño, lo he confesado, á nadie he dicho palabra, y á los pocos dias mamá me ha reprendido haciendo alusiones que no admitian duda. Crea Vd. que, segun dice mi hermana la que está en el Sagrado Corazon, allí sucede lo mismo.

—¿Y cómo ha sido venir hoy aquí? pregunté por desviar la conversacion de un terreno accidentado.

—Como es cumplimiento pascual, y mamá, despues de estar peleando con papá y mi hermano más de un mes, ha podido conseguir que vengan hoy, es necesario buscar un confesor desconocido que no nos visite; buenos son los hombres.

—Ya.

—Yo creo que el P. Nicasio accede á cuanto mamá pretenda de él porque le manda siempre decir algunas misas.

—Mal pensada es Vd., hija mia.

—Es que no fué tan amable hasta que no se recurrió á ese medio.

Yo tengo relaciones con un chico estudiante, no es rico, pero es honrado y laborioso. Mamá se opone porque, de acuerdo con papá, tienen sus planes, en los que el confesor les ayuda como puede.

—Parece increíble.

—Se me ha dicho que debo obedecer; he alegado aquello del Catecismo «*Dar á los hijos estado no contrario á su voluntad*», y me han contestado que es cierto, pero que la voluntad del hijo debe ser la del padre y procurar además su bienestar. Me citan el ejemplo de la antigüedad, el Catecismo Romano y no sé cuántos textos que yo no entiendo, ni

ellos tampoco, pues así mis padres como el confesor, se contradicen á cada paso.

—Tal vez tengan motivos que Vd. ignora, para oponerse.

—Quieren casarme con un viejo, viudo, rico é influente, del que esperan proteccion.

—¡Ah! exclamé fingiendo extrañeza. La jóven. cayó en el lazo y prosiguió muy animada:

—¿Se asombra Vd., padre? ¿Qué dirá cuando sepa que, mientras me prohíben por un lado que mire á cualquier hombre, por otro me dejan sola con mi viejo pretendiente? Parece que le dan ellos mismos las ocasiones de abusar, y luego, «¿ves qué bueno es D. Pablo? ¡Te quiere tanto! Dice que vá á colocar bien á papá y á casar á tu hermana con un sobrino suyo muy rico; hará hombre á tu hermano, ya ves, todo por tí; ¿cuándo hará eso ese pelafustan que te hace cocos?»—Yo no quiero á don Pablo,—suelo replicar. «¡Tá, tá, tá! Cosas de niñas; á los hombres se les quiere despues del matrimonio y con medida, ¡buenos están! dice mamá, lo mejor es obedecer á los padres; ¿quién la quiere á una más que ellos?»

—¿Y el buen señor no ha conocido que Vd. no le ama?

—Eso le importa poco; tiene su casa en desórden, vé lo que yo hago en la mia, y dice: esta es la mujer que me conviene. Hace poco se incomodó por una jugarreta que le hizo mi familia. En el último cambio de gobierno papá se vió amenazado de cesantía. Un amigo suyo le mandó que abordase al nuevo subsecretario, para el cual le proporcionó una carta. Este papel...

—¿Qué contenía el papel en cuestion?

—Nada de particular, pero... es muy vergonzoso, mucho... en fin, lo diré todo, exclamó rehaciéndose de sus vacilaciones; así comprenderá Vd. mejor mi situacion; la carta no la llevó mi padre, sino mamá acompañada de nosotras...

—¡Ah, ah!

—Esto es moneda corriente entre empleados; en otros tiempos habia ido mamá sola, y como ella dice: «estos mandrias de hombres, si no fuera porque una se mueve...» A los dos dias nos visitó el personaje; entró en casa, guardando en verdad, muchas atenciones, pero como en país conocido y con cierto airecillo; mamá nos llamó, porque estábamos solas, hizo la presentacion, y en lo más animado de la conversacion nos dejó con el personaje, que se tomó unas libertades... nos dijo unas cosas... sobre todo á mi hermana no le quitaba ojo; mamá no volvía; ¡ay! padre, qué rato más horrible.

Cuando al fin volvió, y después de muchos cumplimientos por ambas partes, se fué el buen señor, nosotras nos quejamos, pero con gran sorpresa vimos que mamá nos reprendia, encargándonos mucho que fuésemos amables. «Es muy buen sugeto: así, francote, nos decía, pero de buenos sentimientos; gracias á él, no *quedaremos* cesantes, ya veis cómo estamos...»

Yo, en venganza, lo confieso, padre mio, todo se lo referí á mi pretendiente; se puso sério el asunto y no puede Vd. figurarse lo que hicieron para aplacarle: mamá me pegó, me insultó mi hermano, mi padre no quiso verme. «Tú tienes la culpa, si hubieras hecho caso de tu madre, no estaríamos así;

pero ya se vé, D. Pablo no es tonto, puede hacer mucho, y sabe hacerlo desear y hasta que no consiga su intento no hará cosa alguna.»

A pesar de eso, crea Vd., que el tal D. Pablo se dejó convencer, y sigue en sus pretensiones; mis padres me asedian, no tengo un momento libre, soy la esclava de todos; ¿dónde están mis derechos de mujer y de persona humana? ¿dónde?...

—Basta, hija mia, le dije conmovido; comprendo sus sufrimientos.

—Y todos ellos irrogados en nombre de Dios, de la religion y de la sociedad; crea Vd. que hay momentos en que odio todo eso, y en que haria un desatino; ¿quién me defiende contra lo más sagrado que existe? ¿No es esto horrible? Siento que mi salud padece y no puedo más, padre mio.

Y la jóven lloraba, conteniendo sus sollozos por no llamar la atencion, y yo veia con un ojo rodar gruesas lágrimas por aquellas mejillas aterciopeladas, y con el otro miraba á la madre, tan tranquila, murmurando oraciones, ufana acaso con la absolucion recibida; y veia tambien al padre, peinando con los dedos sus bigotes, mientras le llegaba su turno; ambos se creerian inmejorables.

Hasta aquí lo más notable de esta confesion. Exhorté á la jóven al sufrimiento y á la paciencia, sin olvidar decirle, que Jesús recomendó la astucia de las serpientes y aprobó que la mujer abandonase á sus padres, por seguir al hombre amado: tambien recomendé la firmeza y dí algunos consejos, fuertecillos, que á mí me parecieron poco para lo que yo hubiera hecho hallándome en el pellejo de la infortunada doncella.



## LA HIJA MENOR

---

Apareció por el otro lado el agraciado semblante de una jóven rubia, de mejillas aterciopeladas, lábios rojos y blancos dientes, mirada entre inocente y aturdida. Adivinábase en aquel rostro el sentimiento, habia allí corazon, pero no tanta inteligencia como en la hermana mayor.

—Hace un mes, dijo, que he confesado, tengo propósito de la enmienda y dolor de mis pecados.

¡Dolor! pensé, dolor á los 19 años, ¡ser uno su propio juez en tan tierna edad! ¡Qué cosas hacemos decir y hacer á los jóvenes!

—¿Y en qué hemos ofendido á Dios, niña?

—Yo no amo á Dios como se merece.

—¿Por qué?

—Porque le ofendo, me duermo durante el rosario, tengo pereza de rezar las oraciones que me mandan y las penitencias del confesor; lo mismo me sucede con otras devociones que debo rezar como hermana de la Córte de María y del Sagrado Corazon.

—¿Nada más que eso?

—He oído con gusto á mi novio hablar mal de los curas y referir cuentos picantes que se refieren á los confesores. Tambien me dice que no crea en eso de la infalibilidad y que no hace falta para ser buena decir á otro hombre lo que una ha hecho, que los libros sagrados dicen mil mentiras y crueldades, y que los curas desean Vdes. quemarnos en la Inquisicion; me ha explicado lo que es eso, y la verdad, es una cosa muy mala. Él me dá tales razones que no puedo contestarle y me dan ganas de creerle.

—A esto se llama ofender á Dios y no amarle entre católicos, iba yo pensando mientras la niña hablaba. Prosiga Vd., le dije.

—He jurado en falso por evitarme disgustos y disculpar á mi hermana.

—Eso no está bien.

—Ya lo sé, pero Dios sabe que no tenia más remedio. Mamá nos dice. «Jura si te atreves,» y si no juramos, comprende que hemos mentido y nos pega.

—¡Excelente sistema de formar á la mujer! El método tradicional que arranca del alma los más nobles instintos por el terror. Adelante:

—Me distraigo en misa, y deseo que se acabe la funcion para salir á la calle; los sermones me parecen interminables y me duermo en ellos, porque no los entiendo, ó bien paso revista á los peinados y trajes de las mujeres, y miro á la puerta por ver quién entra ó sale: otras veces pienso en mi novio ó en mil cosas; así paso el tiempo, deseando que toquen el órgano; al fin aquello es música, y se pasa el rato más agradablemente.

—Otras personas rezan durante esos actos.

—Yo tambien, pero á fuerza de repetir «Dios te salve, María», «Dios te salve, María» y otras veces «Padre nuestro», se me vá la cabeza, y luego caigo en que he estado rezando maquinalmente un gran rato mientras le daba vueltas á otros pensamientos. Esto no puedo evitarlo, padre. Mis amigas me dicen que les sucede otro tanto.

—¡Oh, eficacia de los ritualismos! No hay duda que nada hay más á propósito para hacer enojosa la religion, por ser incompatible con la juventud y la naturaleza. Esto pensaba yo mientras oia á mi tierna penitente.

—No obedezco á mis padres.

—¿Qué cosas le mandan á Vd.?

—Coser, siempre coser y rezar; que no me asome al balcon, que obedezca á mi hermano, que no tenga amistad con la criada, que no lea, ni hable con un chico, novio mio. Tambien quiere mamá que le cuente lo que hacen mi hermana y la criada, pero yo no quiero que las riñan; estamos las dos muy unidas. Cuando no puedo más respondo con ira, y deseo la muerte á los demás y á mí misma.

—Otra cosa.

—Tengo ódio á mi hermano.

—Cuidado con el ódio. ¿Qué motivo hace él para merecerlo?

—Me pega mucho, se burla de mí, me arrebatata las cosas que me agradan, porque es envidioso; habla mal de mi novio, diciendo que es plebeyo y que sólo la gente de esa condicion se dedica á la ciencia ó las artes.

—Pues ¿á qué desea él dedicarse?

—Quiere ser militar, pero está enfermo y endeblucho; mi novio dice que por causa de vicios muy feos.

—Cuando comete algun atropello, ¿por qué no recurre Vd. á su madre?

—Porque es peor, suele pegarme y dice que debo obedecer al niño, que en ausencia de papá es el jefe de la familia.

—Bella teoría, la ley sálica aplicada al hogar doméstico.

—Luego él se rie y me jura que se vengará, me registra para ver si tengo cartas ó libros y enseñárselos á mamá.

Y ya vé Vd., nosotras pasamos el dia trabajando para él y luego no puede pedir agua sin insultar á una.

—Vamos, no se excite Vd. al ódio.

—Yo no le molesto para nada, y si fuera bueno yo le querria mucho. El otro dia me pegó tanto, que salí fuera de mí, me acordé de que soy fuerte, y con un hierro de la cocina le golpeé, acabando por derribarle; ¡si no está para nada! créalo Vd. Á los gritos acudieron, y ya iba mi madre á maltratarme con el mismo instrumento, cuando se opuso papá, que me quiere mucho, más que á todos, me abrazó, me llenó de besos y me dijo que hiciera siempre lo mismo; luego él y mamá riñeron, defendiendo cada uno á quien más queria. Yo me acuso de todo eso.

Se acusaba, es cierto, pero ¡oh, condicion humana! mientras lo referia no podia disimular cierto aire de triunfo incompatible con el dolor que creia tener de sus pecados.

—Me he burlado de mi abuelita y le he hecho rabiar porque es muy rara y quiere que estemos siempre rezando; también riño con la criada, pero luego se me pasa.

—Pasemos nosotros á otro asunto.

—Leo novelas.

—Eso no es pecado.

—¿No? Pues el P. Nicasio dice que sí.

—Se refiere indudablemente á las novelas prohibidas y obscenas, de ningun modo á las demás, yo le respondo á Vd.

—Es que también...

—¿Qué?

—Unos pollos que van á casa con mi hermano le traen unos libros... indecentes; yo he cogido uno, lo he leído y mirado las láminas largo rato. Con motivo de eso he tenido unos pensamientos... vamos, de esos que dicen malos.

—Los pensamientos malos deben combatirse con el trabajo, y sobre todo con la música, gérmen de las más puras ideas, hija mia. ¿Podremos pasar al sétimo precepto?

—Aún queda otra cosa.

Aquí la niña se detuvo indecisa, cubrió su rostro con la mantilla, miró á todos lados y empezó á hablar por circunloquios. Yo la dejaba, sin decirle una palabra y me hacia el distraído.

La escuché atentamente, ahorrándole mucho bochorno, pues no bien hubo dicho lo indispensable para saber á qué atenerme:

—Basta, le interrumpí, estoy enterado. ¿Y... esa amiguita es mayor que Vd.?

—Somos de una misma edad, pero ha estado

muchos años en un colegio de beatas y allí aprendió esas cosas; me quiere mucho y yo la quiero también.

—¿Qué diría su novio de Vd. si tal supiera?

Silencio profundo. Evidentemente la niña sufría.

—También me acuerdo mucho de él cuando estoy sola y...

—Basta, basta he dicho, niñita. Créame Vd., le habla, más que el hombre, el amigo, el padre, lo que Vd. quiera, hija mía. Por ese camino llegará Vd. á perder la robustez, como su hermano.

Dicho esto, amonesté breve, muy brevemente, llamando á la puerta de la razón, con suavidad y sin entrar en detalles. Creí notar que la doncella me lo agradecía.

—Debo decir á Vd. que he hurtado cosas de comer, en casa.

—¿No conoce Vd. que eso puede perjudicarle?

—¡Ay, padre! es que no es muy abundante la comida, y dice mi novio que á mi edad debemos comer bastante; mi estómago además lo pide.

—Pero no le negarán á Vd. el alimento necesario.

—Diré á Vd. Papá y el niño comen juntos y se les pone lo mejorcito. Para nosotras y la criada cualquier cosa es buena, como dice mamá; comemos pan del día anterior y todo lo más barato, así nos arreglamos; luego mamá nos tiene enseñadas á decir que no tenemos gana. Papá y mi hermano en nada reparan, ó si lo notan, se callan y amén. Ambos necesitan dinero para alternar con sus amigos, y como el niño es delicado, hay que adivinarle el gusto, todo lo cual nosotras lo pagamos.

No tuve valor de decirle siga Vd. hurtando, pero

no reprendí este pecado y le pregunté para continuar:

—¿Ha mentido Vd. mucho?

—Tengo esa costumbre para librarme de los golpes y salirme con la mia.

—Esa es mala costumbre.

—Todos la tienen en casa y también mis conocidos. Estando un día el P. Nicasio con mamá, llamaron á la puerta; iba yo á abrir y el mismo padre me dijo: dí que no está tu mamá y que estás encerrada. Eso no me se olvida, no.

—¡Flaqueza humana, cómo te ríes de las religiones y de sus ministros!

¿No tiene Vd. más que decir?

—No, señor.

La confesion habia terminado y yo debia reprender, aconsejar, prevenir, dejar en su sitio la moral, la autoridad paterna, la ley divina, y no desconocer, sin embargo, la naturaleza y la justicia que estaban de parte de la penitente; debia además ir con tiento para salvarme á mí mismo de un proceso por instigador á la rebelion desde el lugar sagrado.

Porque se dan casos en que los mismos penitentes á quienes trata uno de favorecer, son inconscientemente delatores, alegando la autoridad del confesor cuando se defienden en el seno de la familia ú obran como les parece. Entonces no falta quien les diga: te ha engañado un cura hereje ó liberal, que es lo mismo. Delatémosle á sus superiores.

Ahora bien; lector, que habrás envidiado más de una vez al cura á quien hayas visto confesando á una buena moza y habrás creído que todo ello es tortas y pan pintado, yo te propongo este problema:

dado lo que antecede, las últimas consideraciones que acabas de leer y que deben tenerse muy en cuenta cuando se es honrado, dime: ¿qué le hubieras tú dicho á esta niña?





## LA CRIADA

---

Era una moza fuerte y cenceña, como de unos 20 años, en todo el vigor de su naturaleza agreste. Morena y tosca, pero agraciada en el conjunto de sus facciones; no era alta, pero sí gruesa, y dejaba adivinar las formas redondeadas y las carnes duras de las aldeanas. Su vestido permitía adivinar que era muy limpia. Saludó, pero nada más dijo: hubo unos instantes de silencio que al fin rompió diciéndole:

—Vamos, hija mia, empiece si gusta, la confesion.

—Sonsáqueme Vd., padre, dijo la moza con la mayor naturalidad.

—¿Cómo? no he oido bien.

—Que me sonsaque Vd.

—No acabo de comprender.

—Que estoy acostumbrada á que me pregunten, porque no sé confesarme sola.

—Muy bien, pero yo no quisiera hacer preguntas, porque muy bien podria ser involuntariamente indiscreto y ofender á Vd.

—Nada de eso; pregunte sin miedo cuanto quiera; otros señores curas no reparan en frioleras.

—Sea, pues, como Vd. quiere. ¿Supongo que amará á Dios sobre todas las cosas?

—Sí, señor.

—¿Ha jurado Vd.?

—No lo acostumbro.

—¿Ha faltado á la misa en dias festivos?

—Sí, señor; pero no por mi voluntad; muchas veces, á causa de los quehaceres, no me mandan á misa. Tambien trabajo en esos dias más que en los otros, pero mucho más; yo no puedo remediarlo; me despedirian.

—¿Ha perdido el respeto y la obediencia á los mayores?

—Sí, padre; sobre todo á la señora. Tiene un génio endemoniado: manda ahora una cosa, luego lo contrario; riñe porque hace una lo que ella misma le ha mandado. Yo me irrito y contesto mal.

—Hay que tener un poco de paciencia; acaso ellos tambien aguantarán algunos defectillos de Vd.

—Sí, aguantar; buenos son todos los de casa; aquello es una Babel, donde todos mandan á un mismo tiempo con mucho imperio. Si obedece Vd. á uno, se incomoda el otro y no sabe Vd. cómo dar gusto á todos. Las señoritas son buenas, pero tambien tienen su génio; cuando están enfadadas con la señora ó con el niño, un zagalon mal criado, van á dar contra mí, aunque luego les pesa y me miman, porque les tiene cuenta.

Yo podia haber dicho á la sirviente que todo aquello eran pecados ajenos: pero tambien soy hombre y un poquito curioso, la verdad, y el cura que

diga otra cosa miente como un hipócrita. Con pretexto, pues, de preguntarle los pecados, sonsaqué realmente á la campesina.

—Entoces, le dije, ¿cometerá Vd. muchas faltas contra el quinto precepto, que nos prohíbe aborrecer al prógimo, hacerle ó desearle mal, despreciarle ó murmurar de él?

—Cometo muchos pecados de esos, pero no soy yo la que dá el motivo. Quisiera ver á muchas en mi lugar. La señora quiere que le cuente lo que hacen las señoritas; si yo hiciera eso, ellas me aborrecerian, y áun me podrian hacer daño.

Ellas me hacen que lleve de tapujo las cartas de los novios y que las reciba; sólo de ese modo consigo que me ayuden á veces en mi trabajo, que es mucho. Alguna vez, aunque son buenas, tambien saben echarme la culpa de lo malo que ellas hacen.

Pues, ¿y el señorito? Aquello es insufrible; para él todos son esclavos negros; manda á puntapiés; por cualquier cosita amenaza ó pega, y luego quéjese Vd. á la señora, que será peor. Cuidado con no obedecer al señorito; allí todos estamos para servirle y satisfacer sus caprichos. Yo tambien llevo y traigo cartas para una novia, ó lo que sea, y avisos para sus amigos; ahora voy con mucho secreto á la botica para traerle unas píldoras muy gruesas que tienen agua ó aceite dentro, y un unguento que huele muy mal; parece que se está curando no sé qué llagas, sin que lo sepan en casa.

Todo esto me hace rabiarse mucho y echarle maldiciones: ¡Así reventes! ¡lástima de tabardillo! y otras por el estilo, padre.

—Mal hecho; con eso nada se adelanta.

—Pero se desahoga una.

—¿No sería mejor, si Vd. no está contenta, variar de casa?

—En eso estoy; pero todo tiene sus inconvenientes: me deben tres meses de salario, y el señorito, que me pidió prestados dos duros y aún me pide más, se niega á pagármelos, y dice que si le descubro inventará cualquier cosa contra mí para que me echen, con mala nota en la cartilla.

Sí, señor; vaya si me iré; como que en esta casa no puede estar ninguna persona honrada: mucho rezar, mucha misa, y siempre con la religion á vueltas; pero los señores, lo mismo el hijo que el padre, no pierden ocasion de entrar en la cocina ó donde una se encuentra, para abusar.

—¡Hola, hola!

—Sí, señor; el niño se me coló una noche en la alcoba y quiso sujetarme á la fuerza: le amenacé con gritar y se calmó: ¡pero se puso tan baboso! Nunca me deja parar. Estoy siempre pidiendo á Dios que no salgan las señoras y me dejen sola con ellos.

—Eso es muy feo, pero mucho.

—Pues es casi nada para otras cosas que yo sé. Hace poco he tenido noticias de una criada que salió de esta casa para la maternidad, por causa del señorito: se quejó á la señora, y... ¡si es para matarla! la muy orgullosa todavía la llamó perdida y bribona, que habia intentado seducir á su hijo, y la echó ignominiosamente. Esto mismo ha pasado tambien otra vez por causa del señor.

—¿Tambien el amo de la casa?

—Sí, padre; anda siempre detrás y delante de mí ofreciéndome dinero y que me pondrá casa, y no

sé cuántas cosas más. Cuando se quedan solos, bien sabe mandar á su hijo á cualquier recado para venirse á la cocina. El otro dia, si no grito, no sé qué hubiera pasado; él no es un enclenche como su hijo. ¿Sabe Vd. lo que decia cuando se salió ya de quicio y se puso como furioso á perseguirme? «Seria la primera que se me hubiera escapado.» Al fin pude salir al balcon, y me salvé: á poco vino una visita. Le digo á Vd. que es insufrible.

—Lo es, en efecto, pobre jóven, y la compadezco á usted.

—No puedo decir nada á la señora, porque se pone furiosa y dice que cuando un hombre persigue á una fregona, es porque ella le dá motivo. Pues bien sabe ella decirme cuando me manda con regalitos á casa del padre Nicasio: «No digas nada al señor.»

Quieren que sea una tambien encubridora. El señor me manda con cartas y otras cosas á casa de una andaluza jóven, muy pintada y peripuesta, y tambien me encarga el secreto: creen que una es tonta. Con esa bribona pasa él las noches que no duerme en casa ó viene muy tarde, y con ella gasta el dinero, que luego falta para otras cosas. Un dia que yo paseaba por el campo le ví con ella en coche; iban como de gira, y habia él dicho en casa que iria al entierro de un amigo. Otra vez que llevé un recado á la andaluza, salió á recibirlo muy encarnada; yo miré hácia la sala, y por entre la cortina ví á un militar...

—¿Y le dió Vd. parte de esto á su señor?

—No, por cierto: allá se entiendan ellos; si le engañan, me alegro. Un hombre que ya no es jóven...

—¿Le remuerdó á Vd. la conciencia sobre otros pecados del quinto mandamiento?

—No, señor.

—¿Y... sobre el sexto?

—Nada; mi novio quiere á veces abrazarme, pero yo le doy un empellon y le amenazo con arañarle; á mí me gustan las cosas como Dios manda.

—Bien hecho. Y en cuanto al sétimo, no hurtar, ¿ha sisado Vd. alguna cosilla?

—¿Qué remedio, padre? Ya vé Vd. cómo se portan ellos. Luego la comida anda por las estrellas; todo lo encierran; le dan á una lo que les sobra, despues que lo han tocado: ¿es esa la caridad? Yo, si puedo, me desquito. Habia pensado estar aquí hasta que sacase de la compra lo que me deben; luego á pretesto del salario, despedirme, dejándolos plantados un dia festivo que tuvieran convidados, y al marcharme, decirles cuatro frescas y descubrir lo de la andaluza, los recados al P. Nicasio y otras cosas.

—¿Por qué no se queja Vd. á la autoridad? Esto es lo legítimo.

—¡Buena está esa señora! Ya quise quejarme al alcalde una vez que otros amos, tambien muy cristianos, me hicieron una pèrrería, y el tal alcalde quiso abusar... Tambien uno de órden público me dijo unas cosas, y salí de allí corriendo.

—¿Ha levantado Vd. falso testimonio?

—No, padre.

—¿Y mentir?

—Alguna cosa, pero sin causar perjuicio á nadie.

—¿Hay algo más?

—No, señor.

Entonces, tratando muy dulcemente á esta infeliz, le aconsejé la prudencia y el silencio de las faltas ajenas; le mandé que mudase de amos; que fuese honrada, y áun le indiqué que si queria decir cuatro frescas y descubrirlo todo, no seria un gran pecado; pero le encargué mucho que no volviera á asisar... en las casas donde le pagasen bien y á tiempo y le diesen la comida en abundancia.





## EL BENJAMIN

---

Mientras recitaba la absolucion de la aldeana, ví que el padre de aquella virtuosa familia daba un golpe en el hombro á su vástago y le señalaba el confesonario; pero el pollo se hacia el remolon, y mientras se movia ó no, una beata ocupó la rejilla.

Oia yo como la lluvia la confesion vulgar de la devota sin quitar el ojo al padre y al hijo, á quienes ví que sostenian algo así como un altercado; sin duda el segundo cedia de muy buena gana la vez á su padre, que renunciaba tanto honor; cada uno queria ser el último. Por fin, el niño vino á caer junto á mí poco ménos que aherrojado por el fuerte brazo paterno.

Absuelta la beata que le suplantó, se aproximó el mocito, hizo un garabato, parodia del acto de per-signarse, y puesto en pié se echó de codos sobre la portezuela del cajon.

Estaba demacrado y amarillento, como casi todos los ejemplares de esa especie degradada y es-

púrea de gomosos aristocráticos ó burgueses, que son la mancha y la vergüenza de la juventud de nuestros días.

No era feo, y sin embargo, la expresion de su semblante, duro y repulsivo, espresaba el más sórdido egoismo de todos los niños mimados.

Confieso sin rodeos que me fué profundamente antipático aquel ente; verdad es que me encontraba prevenido contra él por esa rectitud innata que me hace aborrecer el privilegio y mirar hosco al privilegiado. Si el jóven se hubiera presentado el primero, quizá le hubiera tratado mejor; pero el relato de toda su familia me lo entregaba ya juzgado, así es que al verle colocado de aquella inconveniente manera, le dije secamente:

—Póngase Vd. de rodillas, caballero: esa postura sólo es buena para los niños de poca estatura y ménos edad.

Fuí obedecido, aunque de mala gana.

Momentos de silencio, prolongados intencionadamente por mí. Trascurrieron dos minutos, y ninguno de los dos rompíamos aquella capa de hielo; fué necesario que yo preguntase con cierta intencion:

—¿No comienza Vd. su confesion, hijo mio?

—Esperaba que Vd. me preguntase.

—Yo no tengo interés en saber sus faltas, querido: ó comience, ó retírese.

—Pues bien: hace un año que no he confesado, y si nada he dicho, es porque estoy acostumbrado á que me pregunten.

—Y yo á no averiguar vidas ajenas. Cuando yo me confieso, ya sé lo que debo manifestar.

—¿Pero Vds. se confiesan?

—Y ¿un jóven cristianamente educado, ignora cosa tan sabida? ¿Habia yo de ser juez en mi causa y perdonarme mis propios pecados? Pero sepamos los de Vd., querido.

Nuevo silencio. El jóven miraba furtivamente á uno y otro lado, se fijaba en los pequeños detalles ó desperfectos de la trampilla en que se apoyaba; arrancaba de ella con las uñas pequeñas astillas; contaba los botones de mi sotana, entregado á esa indolencia del ánimo, que, puesto en situacion desagradable y penosa, se agarra á la menor dilacion y se para en cosas que ordinariamente no fijan su atencion. Involuntariamente me sentí movido á compasion, no sólo de aquel sér corrompido, sino de toda la humanidad católica torturada en lo más íntimo de su sér, la conciencia: obligada nada ménos que á descubrir íntimas vergüenzas, desnudez del espíritu más bochornosa de manifestar que la del cuerpo... ¡y á cualquier desconocido!! ¿No es esto una prostitucion como otra cualquiera? ¿No es un crimen de lesa pudor? No sé qué admirar más, si la malicia de los que fomentan esta práctica ó la sumision con que una gran parte de la humanidad, aun la que se tiene por ilustrada, y lo es relativamente, se entrega, aunque sea con cierta repugnancia, al primer clérigo que halla á mano, aunque le sean conocidos sus vicios é imperfecciones. Yo he querido saber en virtud de qué argumentos poderosos creen en la confesion los hombres de letras que la practican sinceramente; los he interrogado, he discutido con ellos y... me ha causado asombro ver hasta dónde puede llegar la cándida estolidez de los mortales.

He observado tambien con profunda pena el siguiente fenómeno.

El hombre que, más libre y despreocupado por regla general, no teme y áun busca la ocasion de confiar al primer advenedizo sus secretos amorosos, sus debilidades ó extravíos carnales, y de todo género, es presa de una repugnancia casi invencible hácia el confesonario, se acerca de mala gana, calla lo que puede ó lo disfraza, no se entrega jamás; mientras que la mujer, pudorosa por naturaleza y reservada con sus amigas y con su mismo esposo, no vacila y áun encuentra placer en manifestar al confesor los recónditos arcanos de la conciencia y del pensamiento, los misterios de su conducta íntima, los últimos repliegues del alma y las más oscuras vergüenzas de la materia. Tenia razon el sábio: *Corruptio optimi pessima*.

Decia que tenia compasion de aquel miserable y me decidí á despacharlo de cualquier modo. ¿No sabia ya todos sus pecados por boca de su familia?

—Vamos, le dije con cierta condescendencia, preguntaré á Vd. y ahorraremos tiempo. ¿Cree Vd. amar á Dios sobre todo?

El jóven vaciló, luego se encogió de hombros como el que dice: no sé qué pensar ni qué decir sobre esto, ni sé si amo á Dios ó le aborrezco.

—¿Pero Vd. creerá en los dogmas de la fé?

—Sí, señor.

—¿Ha blasfemado Vd.? ¿Ha hablado mal de la religion y sus ministros?

—Sí, señor.

—¿Muchas veces?

—Muchas.

La verdad, me cargaba este laconismo, y quise acabar con él.

—Se reunirá Vd., dije, con malas compañías, con gentes sin educacion.

—No, señor; mis amigos son muy finos; la mayor parte hijos de títulos ó de gentes acomodadas.

—Entonces, no veo cómo...

—El hablar así es lo más general; papá tambien hace lo mismo y otras personas muy distinguidas, y yo porque no me llamen santurron ó beato... El hijo de un escritor y director de un periódico carlista, nos decia una vez estando algo... alumbrado, que su papá se burlaba de la religion, y llamaba canallas á los obispos y los curas, y gandules, embaucadores á los frailes, monjas y hermanas de la Caridad; que transigia con ellos, porque es necesario para triunfar algun día, y porque el pueblo estúpido necesita el freno de la religion. Yo digo á todo que sí, por no ser ménos.

—¿Ha jurado Vd.?

—Sí, señor.

—Quiero decir jurar en falso.

—Sí, sí señor.

—No habrá sido por gusto de jurar.

—Es que hubo una cuestion entre mis amigos y unas mujeres de mala vida; uno de nosotros descalabró á una, acudió la autoridad, pero todos dijimos que se habia caído ella, y aún que nos habian querido maltratar unos chulos; esto no era cierto; pero cuando fuimos á declarar ante el juez, así lo dijimos todos, y luego juramos.

—La justicia y la verdad son antes que todo, caballerito.

Nuevo encojimiento de hombros.

—¿Santifica Vd. las fiestas?

—Voy á misa, pero me distraigo.

—¿Obedece Vd. á sus padres?

—Pst... no siempre, sobre todo á papá.

—Que es el que manda estudiar y hacer algo sério, ¿eh?

—Sí, señor.

Nuevo silencio. Quise probar si engolfado en el camino de las confesiones se espontaneaba el chico; pero nada, calló y esperó de nuevo mis preguntas arañando la madera del confesonario y contando sus molduras.

—¿Cómo se ha portado Vd. con los mayores?

—Regularmente.

He hecho burla á algunos ancianos, pero era gente baja y alguno estaba borracho.

—Muy bien; ¿le remuerde á Vd. la conciencia sobre algo más?

—No, señor.

Me lo figuraba, dije entre mí, eres de los que solo contestan lo preciso, porque se figuran que eso basta para cumplir. Yo te compondré.

—¿Nada más? Reflexione Vd., vea si puede recordar algo contra el prójimo, así como maltratar ó pegar á alguno.

—Sí, señor, pero ha sido á mis hermanas ó á las criadas.

—Pues qué, ¿no son hijas de Dios?

—Sí, pero son inferiores y no me obedecían, ni estaba allí papá para castigarlas.

—¿Y quién le ha dicho á Vd. que su papá tiene derecho para pegar á nadie?

—¿Ni á sus hijos?

—Ni á sus hijos.

—Nunca lo habia oido.

—Pues ya lo oye Vd.

—Querrá Vd. decir, insistió el muchacho con el calor de quien defiende sus intereses, querrá usted decir que no puede pegar sin motivo.

—Quiero decir que no hay motivo alguno para maltratar á nuestros semejantes, sean quienes fueren, y que no se debe levantar la mano sino en un solo caso, la defensa de injusta agresion. No lo olvide Vd.

—No lo olvidaré, contestó secamente el orgulloso Benjamin de su casa.

—¿Ha pegado Vd. á otros que no sean sus inferiores, como Vd. dice?

—Pegar, no señor; pero los he incitado á que riñan y se maltraten, he llamado cobardés á los que buscaban avenencia.

—¿Eran jóvenes de la edad de Vd.?

—Sí, señor, y otras veces muchachos desconocidos que reñian en la calle ó en la Universidad.

—¿Segun eso, es para Vd. un placer ver que se maltratan los demás?

—Me gusta ver reñir, lo mismo á los hombres que á los animales, pero eso no creo que sea malo; los toros y las riñas de gallos están permitidos, y todos mis amigos concurren á esos espectáculos.

—Y si se verificaran torneos ó luchas de gladiadores entre sí ó con las fieras, asistirian Vds. con doble placer, ¿no es eso?

—Pst... me han dicho, y tambien lo he leido, que

todo eso es necesario para conservar la fiereza en los pueblos y que no se afeminen.

Miré primero con repugnancia á aquel sér de co-razon dañado y despues con lástima; le consideré como lo que era en realidad, el producto ó si se quiere la víctima de todos los errores y las preocupaciones sociales, políticas y religiosas.

—Ha leído Vd., le dije, un solemne desatino.

—Pues todos mis amigos, los chicos del Veloz, así lo creen. El otro dia asistí á una lucha entre dos perros y una raposa, que se verificó en una quinta que posee uno de esos jóvenes, muy cerca de aquí.

—Y Vd., por su parte, ¿ha maltratado á algun animal?

—He atravesado con una aguja candente los ojos de un macho de perdiz para que cantase mejor, y hace poco nos divertimos en colocar un gato sobre los rails del tranvía para que lo aplastasen las ruedas.

—¡Hermosas diversiones! Gracias que ya ó todavía, no son posibles con las personas.

—Segun y conforme. Hace dos meses fuí convidado á una becerrada: despues que despedimos á las señoras, hubo comida, y... lo que llaman una *juevga* con toreros, chulos y mujeres de esas... de la vida.

Una de ellas se embriagó, y un marqués tuvo la ocurrencia de que la manteasen... desnuda; así se hizo, y luego la dieron de mojicones porque no se le pasaba la borrachera.

—¿Y Vd.?

—Yo me reia, nada más.

—¿Fué ese el fin de la fiesta?

—No, padre; luego, los chulos, por no sé qué cosa se trabaron de palabras, salieron á relucir las navajas y fué aquello un tumulto. Algunos amigos y yo tomamos sitio para verlo, pero otros intervinieron.

—Y perdieron Vds. un espectáculo grandioso, una riña de veras, ¿eh?

—Despues he comprendido que hubiera sido horrible; mas en aquel momento maldecíamos á los que lo evitaron.

—¿Ha traspasado Vd. el sexto mandamiento?

—Sí, señor.

—¿Y con qué clase de personas?

—Pues... con esas que he dicho antes.

—¿Y con otras personas, por ejemplo, casadas, no ha pecado Vd.?

—Sí, señor, con una amiga de mamá.

—¿La ha seducido Vd.?

—No, señor, ella á mí, pues es ya de alguna edad.

—Muy fácil es Vd. de vencer.

—Esa señora me hace regalos y me dá dinero algunas veces que se lo pido.

—Prosiga Vd.

—Tambien con las muchachas de casa... Alguna vez he tenido muy malos deseos y... he dicho á mis amigos: «á Fulana y Mengana (personas honradas) las he conseguido yo», «Zutana me ha dado una cita»; estas mentiras les he dicho porque no me tengan en poco. El que ménos de ellos es amante de tres duquesas.

—Sí, lo mismo que Vd. Supongo que tambien se entregará Vd. á otros vicios... ya me comprederá Vd., solitarios.

—Es en lo que más peco. Leo tambien malos libros.

—¿Ha hurtado alguna vez?

—No he quitado nada más que dinero á mamá y á mis hermanas cuando se han descuidado.

—Adelante.

—He pedido prestado á mis amigos y no he pagado.

Tambien he pedido en nombre de papá. Precisamente ahora se ha descubierto, gracias que lo ha sabido mamá y ha pagado.

—Con el dinero que ganan tus pobres hermanas, dije para mi solideo.

—Alguna vez nos hemos ido sin pagar en algun café. Y una noche fuimos á una casa... pública; despues de divertirnos apagamos las luces, armamos un escándalo y salimos sin pagar dando y recibiendo golpes.

He pasado un billete falso; mis compañeros y yo no teníamos dinero, uno de ellos sacó el billete pero nadie queria arriesgarse; echamos suertes, me tocó á mí y luego nos divertimos hasta gastarlo todo.

Debo tambien dinero á las criadas.

—¿Y no ha robado Vd. en un camino?

—¿Por qué me pregunta Vd. eso?

—Porque me ha autorizado Vd. para preguntarle, y porque no le falta á Vd. más que ese pecado, amiguito mio.

Veamos, pues, si ha levantado Vd. falsos testimonios.

—He atribuido á la criada la desaparicion de objetos de casa empeñados por mí. He echado á otros compañeros la culpa de faltas que yo he co-

metido, á uno le castigaron por mis culpas; he hablado mal...

—Basta, basta, hijo mio, ahora me toca á mí hablar.

Y hablé; mi lenguaje fué duro, durísimo. No estaba acostumbrado á eso el gomoso, porque se puso primero encendido, luego lloroso, entré avergonzado é iracundo. Ví que me lanzaba alguna mirada de ódio, pero no cedí, y algun efecto debí causarle, porque al fin pareció conmovido, y sin que yo le obligase, me prometió enmendarse y mudar de vida. Seguro estaba yo de que este propósito seria pasajero; no se corrige por sí mismo un jóven mal educado, pero ¿qué otra cosa podia yo hacer por el bien y la justicia, que hacerle ver el abismo, en cuyos bordes vivia bajo la égida de una madre católica?





## EL PADRE DE FAMILIA

---

### EL CATOLICISMO CONSERVADOR

Por último, se arrodilló ante mí el jefe, dueño y señor legal de toda aquella gente.

Bien le había yo observado. Era alto y un tanto enjuto de carnes; iba correctamente vestido, con el esmero de la clase media. El aspecto de este hombre anunciaba á primera vista al funcionario público, mezcla del vendedor y del agente de policía; en su mirada desdeñosa y movible se adivinaba al hombre acostumbrado á despreciar y conculcar el derecho, hábil en conocer al que se le acerca, altanero con el humilde, rastroero con el poderoso.

Las canas de su atusada cabeza y de su bigote y perilla á lo Napoleon le hacian aparentar unos 50 años, y la expresion de su rostro, ya surcado de arrugas muy significativas, era la del feroz egoismo de los más distinguidos viciosos.

Sabía confesarse; bien se conocía que lo habían educado á la antigua. Un año habia pasado desde su última confesion, porque la Iglesia no permite que pasen diez. Cierta que habia temido aquel momento, pero una vez en el trance trataba de hacer las cosas bien, ó demostrar al ménos que no era hombre adocenado.

Á creerle, amaba á Dios y aceptaba los dogmas católicos, pero tenía sus dudas, que versaban sobre tres puntos. El primero de ellos la confesion: le era muy duro creer que no hubiera tenido Cristo otro medio ménos vergonzoso de saldar cuentas con él. Ni en el Evangelio ni en lo restante de la Biblia habia encontrado la confesion auricular, ni cosa que se le pareciera, y en cuanto á las explicaciones que habia oido y leído, me confesó que no acababan de convencerle. Pero ya se vé, decía con cierta ingenuidad, no he tenido aún tiempo de profundizar estas cuestiones, y cuando la Iglesia las cree y propone, habrá argumentos decisivos, no tiene remedio.

El segundo punto era la asendereada infalibilidad; no podia con ella, y por último, le parecia imposible que fuese necesario ser carlista para salvarse; bastaba, segun él, con ser moderado ó conservador.

Yo, huyendo de una discusion en que hubiera quedado acaso maltrecho, le exhorté á despreciar aquellas dudas como tentaciones del diablo y le hice proseguir.

Habia jurado en falso, esto lo decía sin empacho, pero santificaba las fiestas: era además hermano de algunas congregaciones, entre ellas una sacramental, de la que era mayordomo de fiestas.

—Muy bien, le dije; ¿y ha pecado Vd. contra el cuarto mandamiento?

—He pecado más bien por exceso que por defecto; respeto y obedezco á mi madre de tal modo, que muchas veces lastimo la dignidad de mi mujer; bien lo conozco, pero al fin mi madre es mi madre.

—Y te puede desheredar, le hubiera yo dicho de buena gana.

#### EL ÓDIO Á LA DEMAGOGIA

—¿Aborrece Vd. á alguno de sus prójimos?

—Debo hacer una distincion entre el ódio pecaminoso y el que juzgo inocente. Confieso que conservo por largo tiempo rencor de las ofensas, y que me he vengado alguna vez; mas no creo agraviar á Dios, sino servirle, odiando á los enemigos de la religion y del órden; es una de mis manías; no puedo ni oír hablar de ellos, los exterminaría.

—Mucho rigor me parece ese.

—Pues he oído en los sermones y he leído en algunos libros y periódicos que aún es poco. Muchos confesores me han alabado estas disposiciones contra los impíos. Así es que siempre que he podido los he perjudicado, desde las posiciones oficiales. He procurado alargar ó extraviar sus expedientes, cuando no he logrado que acabasen mal, he usado en su daño de cuantos recursos permiten nuestras leyes y de la amplitud de que goza la administracion y la vía gubernativa.

—¿Habrá Vd. ocasionado perjuicios considerables?

—Sí, pero siempre á gentes peligrosas. Recuer-

do ahora que en tiempo de Narvaez estaba yo colocado en un gobierno de provincia. Frente de mi casa vivía un joven demócrata furibundo, muy temible por su prestigio con los obreros; pasaba por honrado, porque no robaba ni se emborrachaba, pero era grande el número de los que había convertido á sus ideas. No iba á misa, hablaba mal de la Iglesia, negaba los dogmas y leía *La Discusion*; no se pudo saber si conspiraba, pero era presumible. Para colmo de desdichas, era buen mozo y tenía gran partido con las mujeres. Se le amonestó y no hizo caso porque, según él, no infringía ninguna ley. Entonces le acusé en secreto de sospechoso, y fué deportado con otros de su ralea. Años despues supe que había muerto en Filipinas. Puedo vanagloriarme de haber hecho esto con más de una docena; además de las elecciones ganadas por impíos y luego anuladas por mis buenos oficios, las cátedras y escuelas, los empleos y gratificaciones que he arrebatado á los enemigos de toda autoridad y religion. Siempre que he sabido algo que pudiera perjudicarles, los he delatado á la autoridad ó á la indignacion pública; así he evitado que los reciban como esposos, amigos ú operarios en las familias honradas.

—¿Pero no ha necesitado Vd. alguna vez conculcar las leyes para obrar así?

—Necesariamente; mas reflexione Vd., padre, que sería una atrocidad hacer servir á la ley de protectora para los malos; seguramente no fué esa la intencion de los legisladores.

—No deja de gustarme el argumento; pero dígame Vd. con franqueza, al perseguir á alguno de

esos malvados, el jóven demócrata, por ejemplo, ¿no veía Vd. al mismo tiempo que el agitador de la sociedad, el enemigo particular, la persona antipática, el rival en amor y en fortuna, ó siquiera el sucesor en su destino?

—Á veces es cierto que, por casualidad, algun miserable de esos se había puesto en mi camino. Aquel jóven se había empeñado en encausarme por lo que él llamaba una ilegalidad en cierto asunto que tenia en el gobierno, y que yo hice resolver á favor de un rëcomendado del obispo: además pretendia á una jóven honrada, hija de padres muy piadosos...

—Á la cual miraba Vd. con buenos ojos, ¿no es eso?

—Sí, señor; pero puedo responder de que en este, como en otros casos, sólo me impulsaba el celo por el bien.

—Adelante.

—Tengo prevencion á muchos sugetos que me tienen envidia ó me han mortificado y áun perjudicado algo; ahora sufro bastante por su culpa.

—No serán enemigos del órden cuando viven tranquilos en su casa.

—Los hay que se tienen por muy piadosos, honrados y monárquicos, replicó tragándose la píldora, pero no me dejan vivir; yo á mi vez, los he desacreditado. Tambien he mirado con desdén y cierta malevolencia á mi hijo cuando su impertinencia se ha hecho insufrible.

—O te ha impedido requebrar á la criada, estaba yo pensando mientras él hablaba.

Prosiga Vd. su relato.

—He tenido rencor y he pegado á un sacerdote.

—Eso es gravísimo, dije yo mientras me preguntaba: ¿estaremos seguros?

—Me habia pegado él primeramente.

—Veamos eso.

—Se trata de un cura liberal que estaba de huésped en casa de una viuda amiga mia.

Ya estaba yo escandalizado de oírle en las reuniones íntimas llamar tiranía al órden y decir que la esclavitud es anticristiana, cuando todos sabemos que los obispos tenían esclavos y los mandaban ahorcar y que esclavos tienen muchos señores muy piadosos de la América española. En la Biblia y, segun me han dicho, en los cánones está legalizada esa institucion necesaria.

Cuando no hablaba de esto tildaba el culto de complicado é ininteligible, la disciplina de defectuosa y despótica y al pueblo de supersticioso, declaraba inútilés las hermandades y las monjas, clamaba contra el excesivo culto de la Virgen y los santos, contra los jesuitas y la córte de Roma. Algunas veces me acaloré demasiado y le perdí el respeto. El P. Nicasio, nuestro amigo, me habló de la conveniencia de acusarle ante el obispo, pero no me atreví.

Una noche le ví que bebia agua seis ó siete minutos despues de las doce. Al dia siguiente fuí á la iglesia en que ejercia y le ví preparado para celebrar. No pude contenerme ante aquel conato de sacrilegio; me acerqué y le dije: «Recuerde Vd. que anoche bebió agua despues de las doce.» «No lo he olvidado, pero sepa Vd. que están concedidos algunos minutos para obviar la diferencia de relojes,»

«Eso, repliqué, lo veremos ante el párroco.» Entonces, algo asustado, me dijo: «está bien, no diré misa para no escandalizar á tan buen católico, protector de las criadas de mi patrona.» Esta alusion me irritó más, y salí furioso. Al poco rato salió él, y me dió el corazon que iba á decir misa á otra iglesia; le seguí, él trató de desorientarme entrando en varias casas; yo, impertérrito, le perseguía, tratando de evitar un sacrilegio. Así llevábamos más de dos horas, cuando se dirige hácia la calle solitaria de la Justa; sin duda iba á entrar por la puerta falsa de la iglesia de la Buena-Dicha, pero de pronto se vuelve, se dirige á mí, que estaba desprevenido, y me dá una puñada en un ojo; yo, olvidando la excomunion, le devolví el golpe; cuando acudió gente, habia yo caido al suelo, y el cura habia desaparecido.

—Bendito seas, desconocido compañero, murmuré, tú eres un hombre.

—He dirigido varias cartas al cardenal delatando al tal curita como hereje, pero nada le han hecho.

Crea Vd., padre, aunque demasiado lo sabrá, que esos sacerdotes son una calamidad; los hombres políticos de todos los partidos, sin excluir á los más liberales, los desprecian; bueno que sea liberal un paisano, pero un cura ó una mujer, no, jamás.

#### DEVANEOS DE UN HOMBRE DE ÓRDEN

—Veo que el celo por la religion le hace olvidar-se de sus propios pecados.

—Es verdad; pasemos si Vd. gusta al gran man-

damiento. He pecado con mujeres públicas muchas veces y tambien con otras más honradas.

—¿Buscando Vd. la ocasion ó aprovechando la casualidad?

—De todo ha habido, algunas de esas mujeres son casadas, y tambien viudas, que tienen asuntos en mi negociado y yo, valiéndome de eso y á cambio de activar...

—Ya, ya.

—Es que muchas se ofrecen ellas mismas. Todo eso es muy corriente en las oficinas; los ministros, subsecretarios, directores generales y otros funcionarios disfrutan de estos placeres á cada paso. Despues de todo, es una especie de contrato.

—¿Lo ha cumplido Vd. en la parte que le correspondia?

—Se acostumbra prometer mucho y luego se cumple ó no, ó se hace lo que se puede.

—A otra cosa.

—He tenido relaciones con la mujer de un amigo mio.

Torcí el gesto y hubo de notarlo porque dijo precipitadamente:

—No entraba yo en su casa con esa intencion; él es bueno, pero no puede sostener el lujo de su mujer, ella contrajo conmigo un piquillo y yo con frecuencia iba cuando estaba sola para ver cómo cobrarle; un dia...

—Cobró Vd. como pudo: y... ¿se repitió?

—Sí, señor; pero tambien se repitieron los préstamos, que no ha pagado: pienso amenazarla con publicar ciertas fechorías que sé de ella, si no no cobraré. Vd. me aconsejará qué debo hacer.

—Cuidar que alguien no publique las fechorías de Vd. Adelante.

—He seducido á una jóven soltera é intacta.

—Accion abominable.

—Diré á Vd., padre, si hubiera sido una jóven bien educada que hubiera perdido su posicion ó el honor de su familia, es cierto; pero era una chula, hija de gente desharapada que no se cuidaba de ella, dejándola acompañarse con otras peores; un día ú otro habia de perderse, ya se sabe, y ellas mismas lo están deseando; á mí poco trabajo me costó, aproveché una semana en que ni ella ni sus padres tenian trabajo y por cinco duros...

—Accion miserable é inícuca.

—Perdone Vd., padre, un pecado sí, pero nada más; otros confesores han llamado á esto *pecado simple de impureza*, pues al que sabe lo que dá...

He tenido actos carnales con dos criadas en todo este año.

Sobre esto me atormenta una duda. ¿Se incurre en la excomunion cometiendo incesto involuntario?

—No.

—Ah... ah... me quita Vd. un gran peso de encima. Una de esas dos sirvientas era inclusera, tenia cerca de 24 años: me costó trabajo y casi violencia conseguirla, pero cedió al fin, y una vez, estando en su alcoba, jugaba yo con una cinta que colgaba de su cuello, tiré de ella y ví un medallon... que habia pertenecido á mi mujer: pregunté á la jóven con maña y supe ¡ay padre! que ella era mi hija habida en mi mujer antes de casarnos y arrojada á la Inclusa por necesidad.

En un tris estuvo que no dijese yo: «sí, ya lo sé,

por miedo á su abuela», gracias que me contuvo sin duda un ángel. Puedes creer, lector, que el oficio de confesor tiene sus peligros y que hace falta mucha prudencia, mucha. Sólo me atreví á decir á aquel miserable: ¿Avisó Vd. á su señora?

—No hubiera sido prudente, porque con sólo una indiscrecion de ella todo se hubiera perdido; mi madre... hubiera hecho un disparate. Pobres hijas mias.

—¿Y no es tambien hija la sirvienta?

—Sí... pero... ya tiene ese modo de vivir... y... una vez perdida... por que ha de saber Vd. que tambien el canalla de mi hijo... ¡es horrible, es horrible! luego el cariño se engendra con el trato... ¡y yo, que creia en la fuerza de la sangre!

—En fin, ¿qué hizo Vd.? dije, entre impaciente y colérico.

—No hice nada, ó mejor, hice que la despidiera mi mujer, porque yo no estaba tranquilo; cuando se fué, yo no estaba en casa, pero me dijeron que habia salido llorando... La he buscado para darle algun dinero y proporcionarle una casa buena; pero cuando por casualidad la hallé fué... en un lupanar. Padre, ¿qué podia hacer ya? He andado muy preocupado ¡un incesto! Dios mio! Pero, en fin, Vd. me tranquiliza, pues ni ella ni yo cometimos sino un simple pecado, eso es, al fin no sabíamos, la verdad... la Iglesia es muy sábia, señor cura. Yo pediré á Dios sin cesar por esa infeliz muchacha.

Hé aquí un hombre, pensaba yo, que gracias á la moral de su religion tiene por nada el abandono más criminal de su propia hija y sólo se preocupa de si habrá incurrido en una excomunion. ¡Ah, ca-

tólicos! ¡todos sois lo mismo! Forma, pura forma como los fariseos. Teneis en más la tradicion y los ritos que la ley, y el precepto de vuestros sacerdotes más que la justicia y la misericordia. Si caeis no os faltará seguramente una argucia teológica para cohonestar la religion con vuestras malas pasiones.

—Estoy encargado, continuó, de proteger á una jóven huérfana, muy virtuosa, que si no fuera por mí, se habria perdido; la hallé casi abandonada.

—No seria fea.

—Es hermosa, ciertamente, contestó amoscado el conservador, pero mis intenciones eran buenas; luego con el trato hube de sufrir tentaciones, y por último, supe que á poco de conocerme, fuese por gratitud ó por otro motivo, se habia enamorado de mí; entonces no pude resistir, abusé de mi posicion y á menudo suelo reincidir.

—¿Hace de esto mucho tiempo?

—Unos tres años.

—¿Habrá Vd. prometido á otros confesores apartarse de esa mujer?

—Sí, señor; pero me quiere tanto, y ella además tiene lo que le falta á mi mujer... aquel ardor...

—Vamos, te ha dado la castaña una bribona cualquiera, zalamera y astuta; y para que me oyesse le dije: Muchos rodeos ha empleado Vd. para decirme que mantiene una manceba.

¿No es más digna de proteccion su desgraciada hija?

—Habria mucho que hablar sobre eso; además, es tarde para evitar su ruina

## SAN FUNCIONARIO EL BUEN LADRON

—¿Hay más pecados de ésta especie?

—No, padre. Continuando, pues, diré que no he hurtado, sólo me he aprovechado de algunas ventajas en los negocios que he podido emprender; pero hay gentes envidiosas que llaman robo al negocio que no pueden hacer.

—Explíquese usted.

—Yo estoy en un negociado por donde pasan asuntos lucrativos, expedientes de gran entidad; ¿qué tiene de particular que reciba gratificaciones por mis servicios? Los altos empleados las reciben. Ya es la compañía de ferro-carriles, amenazada de un expediente por tratar mal al público, ya la sociedad de banca, el ayuntamiento, el cabildo ó el particular acaudalado; nunca falta asunto que ventilar y donde cobrar una buena prima, esto sin contar los negocios de bolsa que hacen, validos de su posicion. ¿Hemos de decir que tantas y tan respetables personas, ministros, senadores, banqueros, etcétera, son una cuadrilla de ladrones?

Yo soy tesorero de una hermandad: por serlo, he de retener fondos en casa por largo tiempo. ¿Qué hace allí aquel dinero muerto? Lo empleo en negocios y me produce un cinco, y á veces hasta un diez, sin perjudicar á la hermandad: ¿es esto robar?

—Permítame Vd. una pregunta: ¿la congregacion tiene conocimiento de ese juego?

—No, señor; buenos se pondrian aquellos bribones beatos, que el que más y el que menos... pero se lo figuran; además, yo, cuando me piden el di-

nero, siempre lo doy puntualmente. El tapicero, cerero, maestro de capilla y hasta los predicadores, buen corretaje dan al comisario de fiestas, que no se cree por eso un ladrón; bien sabe el contador partir conmigo la ganancia que nos dan los industriales por pagarles al contado. Y si muchos pertenecen á tantas cofradías, es por hallar clientela entre los hermanos, como yo suelo hacer tambien algunos negocios, sobre todo testamentarias y otras bagatelas que no pueden explotar los curas solos.

—Comprendido. ¿Hay más?

—Concluyo; no he levantado falsos testimonios, pero he exagerado algo las malas acciones ó cualidades de mis enemigos cuando he querido desacreditarlos.

—¿Aunque no hayan sido enemigos del orden?

—Veo que le ha chocado á Vd. mi ódio á la demagogia, dijo mirándome de reojo; tambien he murmurado, y si el solo deseo platónico de la mujer ajena ó de los bienes del prójimo fuera pecado, tambien tendria que acusarme de eso. Nada más tengo que decir.

#### JUICIO SEVERO

—Perfectamente. Ahora debo hacer una ligera advertencia, y es sencillamente, que me veo precisado á negarle la absolución.

—¿Qué es lo que oigo? ¿No ha dicho Vd. que no habia yo cometido incesto y que no estaba excomulgado?

—No se trata de eso, querido. Vd. vive en lo que llamamos los teólogos *ocasion próxima* de pecar, y

es Vd. *reincidente contumaz*; no le puedo absolver, le dije recalcando la expresion, porque esta era la única venganza que podia tomar contra aquel miserable; me favorecian los cánones, y hube de aprovecharlos. Mientras no restituya los perjufcios á los deportados por su causa y á los industriales explotados; mientras no reconozca á su hija ó le dé al ménos lo que le corresponde segun derecho y no la saque del fango; hasta que vuelva diciéndome que ha despedido á su manceba, no puedo absolverle. Ha vivido Vd. del ódio con pretextos y ha visto la paja liberal en el ojo ajeno, y no la viga conservadora de la inmoralidad en el propio; ha juzgado severamente ajenas flaquezas, y ahora yo, en nombre de Dios, juzgo con igual severidad sus crímenes.

—¡Crímenes, padre mio, crímenes!

—Sí, señor.

Aquel hombre bufaba; sus malas pasiones se habian sublevado de pronto; miradas de ira brillaban en sus ojos, pequeños y vivos; indudablemente nunca le habia sucedido cosa igual. Otros sacerdotes, deslumbrados por sus alharacas de amor al órden y ódio á los demagogos, ó aterrados por su pretendida influencia, le habian absuelto: quizá, y esto es lo más probable, tenian de la moral la misma nocion que él... Ahora un clérigo cualquiera lo ponía en un brete; no habia podido imaginarlo.

—Reflexione Vd., señor cura, lo que hace, dijo con voz reconcentrada.

—Lo estaba reflexionando; pero no soy dueño de absolverle, si he de ser obediente á la Iglesia.

—Pero si otras veces, con más pecados...

—Haberse confesado con esos señores tan complacientes. Todavía puede Vd. confesarse, en esta misma iglesia, con aquel señor que está enfrente.

—¡Oh! eso sería peor; ¿qué dirá mi familia? Yo, el único entre ellos que no he sido absuelto; además, esos confesores me están viendo.

—Vaya Vd. á otra iglesia.

—Y ¿qué digo yo á mi mujer y á mis hijos? ¡por Dios! vea Vd. si hay algun medio, sea cual fuere; cuente Vd. con mi amistad, haré lo que Vd. quiera.

—Medio hay, pero no le sirve á Vd.; la bula de cruzada permite al que la tiene ser absuelto una vez durante el año de crímenes reservados, aunque sea el Papa.

—Pues yo tengo la bula, dijo con alegría.

—Sí, pero no suple las señales de dolor y propósito, que no veo en Vd., ni la obligacion de restituir.

—Y ¿Vd. qué sabe lo que pasa en mi interior ni cómo puede medir la intensidad de mi dolor ó la eficacia de mis propósitos?

—Eso cuénteselo Vd. á la Iglesia, que me ha hecho único juez, absolutamente árbitro en este punto esencial, no sin declarar que si el penitente es tan hipócrita que sabe engañarme, la absolucion es nula á pesar de toda mi voluntad.

—¿Y no podría yo contarle á la Iglesia ó al Gobierno, que he vislumbrado en Vd. al cura liberal?

—Estoy dispuesto á acompañar á Vd. ahora mismo á la Vicaría ó al Gobierno civil.

.....

Hubo una pausa: nuestras miradas se encontraron, y de una ojeada nos medimos. Yo conocí que

era el más fuerte, y que mi adversario así lo comprendió. Me bañaba en agua rosada; descargaba todo mi ódio de cura inferior, mil veces humillado por el orgullo y la insufrible proteccion de las clases conservadoras; me vengaba, sí, y si alguno, cura ó juez, maestro ó gobernante, dijera que en el ejercicio de su ministerio no se deja llevar de sus pasiones é instintos, miente. Por fin, brilló en la mirada de mi penitente un relámpago de satisfaccion; sin duda el *jeureka!* habia sido pronunciado en las profundidades de su conciencia deprimida.

—Padre mio; ¿y si yo le dijera, le juro como cristiano y como caballero que tengo dolor, que estoy dispuesto á restituir y á todo cuanto Vd. me mande?

—Ah, pillin, dije para mí; te vales de mis armas; pero no conoces á la Iglesia; ahora verás; y para que lo oyera bien, dije muy despacio: Entonces le mandaria á Vd. volver dentro de un mes, y, segun sus disposiciones y lo que hubiera hecho ya de bueno, veria lo que debia hacer; no olvide que la absolucion obtenida con engaños es nula, y la comunión que le siga, sacrílega.

Este era su temor; él, como toda la generacion de su época, fluctuaba entre las antiguas creencias y el racionalismo; pero, como buen español, profesaba hácia la Eucaristía una veneracion mezclada de temor; antes se habria arrojado á un pozo que comulgar sin ser absuelto, ó despues de beber agua; pero soportar las sospechas de los suyos, perder ante ellos su prestigio, no era ménos duro.

Como si leyera en un libro abierto, ví que luchaba, y que al fin brilló en su rostro un relámpa-

go de alegría. Su idea luminosa fué, á no dudarlo, esta: ¿qué es la comunión sacrílega despues de todo? Un pecado más. Salgamos del paso, que ya buscaré un confesor complaciente que me absuelva. Así, pues, dijo, estoy dispuesto á todo; juro que estoy arrepentido.

Cansado yo de jugar con él, como el gato con su presa:—Si así es, le dije, le absolveré, si me promete comparecer dentro de un mes.

A todo se avino, y entonces dió comienzo mi obligada reprimenda, que fué la más insultante pateadura que puede sufrir un hombre cristiano.

Poco despues ví á toda aquella familia reclinada ante el comulgatorio, recibir la Eucaristía entre otras buenas gentes. Cuando salí del confesonario, el coro empezaba la salmodía, todo respiraba orden y paz en la casa del Señor, la familia salía muy oronda y satisfecha del templo.

Hé aquí una gente que con tantos dogmas, rezos y prácticas, ni sabe ni sabrá nunca lo que es moral, ni tendrá jamás una idea elevada de Dios, ni se enmendará del menor defecto; corazon dañado, cerebro nebuloso, voluntad y sentimiento extraviados: ¡pobres católicos!

Pero mientras yo así reflexionaba, los que los vieron salir con aquel aire de beatífica satisfaccion, decian: hé ahí los bienes que produce la religion de nuestros padres; ved ese matrimonio con sus hijos; ese es el ideal bellissimo de la familia cristiana.



## LA DONCELLA CRISTIANA

---

—Y no puede Vd. hallar un melio para suavizar su temperamento? preguntaba yo á una linda jóven de unos 25 años, morena, de pelo casi azulado y pobladas cejas sobre unos ojos negros y soñadores, velados por largas pestañas, nariz bella y regular, de anchas fosas, boca de lábios un tanto gruesos y muy rojos.

—He oido decir á un médico, que las drogas que podrian causar ese efecto, suelen producir tambien la anemia ó quizá la anafrodisia, como ellos dicen.

—Pruebe Vd. á no leer novelas ni asistir á los teatros, huya asimismo de las conversaciones demasiado familiares con sus amigas.

—Todo lo he ensayado inútilmente; el mal está en mi modo de ser.

—Necesario será casarse, hija mia.

—Entonces deberia haberme casado á los doce años, cuando en el colegio de las Ursulinas me en-

señaron mis compañeras los secretos de la naturaleza, y como he dicho á Vd., me lanzaron al abismo de esos pecados. Desde entonces sufro este mal que me atormenta, me turba y me vuelve loca; el cerebro se me oscurece, la imaginacion divaga soñando todo género de felicidades, y un ardor inextinguible abrasa todo mi cuerpo. En ese estado pierdo el dominio sobre mí misma, y... no puedo contenerme.

—Pero ese vicio tambien acaba con la salud.

—Ciertamente: me he hecho nerviosa, impresionable, de carácter muy vario segun dicen mis padres ó murmuran mis amigas. Sufro algunas crisis violentas que llegan hasta el síncope, y aberraciones que me harian volver á los tiempos del colegio. El diablo hace que alguna de mis amigas me inspire tierno afecto; por eso, á lo mejor, la alejo de mi lado, ¿y qué consigo? Evitar un pecado para caer en otro.

—Huya Vd. de tratar á los jóvenes.

—No es esto posible; mis padres, que como pueden satisfacer todas sus pasiones, nada sospechan de mis sufrimientos, parece que no han sido nunca mozos; ellos mismos me llevan á los bailes para que me divierta, y me obligan á ser amable con los hombres. ¡Casarse ha dicho Vd.! olvidando que esto es muy difícil. He amado á un hombre, pero no era de mi clase y hube de renunciar á él; no me disgustó otro á quien conocí despues, mas era demasiado rico para nosotros, y así todos son obstáculos. El uno aún no ha terminado su carrera; el otro es muy jóven; éste es irreligioso y no le gusta á mamá; aquél es carlista, y papá, que no es mu-

cho más liberal, le detesta; el otro les gusta á ambos, pero me repugna á mí. Luego, el noviaje, las conveniencias de familia, cosas lentas y del mañana; mi mal es de hoy, punzante, pertinaz, irresistible.

—Haga Vd. oracion, encomiéndose á la Virgen, madre de toda pureza.

—Pero es el caso que la oracion me recuerda el por qué la hago, y equivale á insistir en la misma idea: la Virgen me trae á la imaginacion la virginidad, el matrimonio, el parto, ¿qué sé yo? Si ayuno la debilidad me causa mayor excitacion: hasta he probado á azotarme, porque así lo he leído en el *Año Cristiano*, libro tentador, tanto ó más que la *Biblia*; pero los azotes... ¡Dios mio! ¡esto no le sucede á nadie! me causaron dolor al principio, y luego... luego placer, como... como un pecado. Me he confesado, pero cada padre me dice una cosa; ¡algunos me aconsejan unas tonterías! Posturas extrañas para dormir, uso del alcanfor, jaculatorias; todo inútil: otros... se han propasado conmigo.

Tuve una época de abandono en que leí libros inmundos, que cogí á mi hermano; hablé con mis amigas de todo, y todo lo hice: no respeté ni á los mismos...

Aquí la jóven se detuvo como si tuviese un nudo en la garganta.

Yo, que adivinaba su tortura, la saqué del paso diciendo:

—Eso puede servirle á Vd. de escarmiento; fuera perros falderos, nada de amistades nocivas, hija mia.

—Sí, señor; pero este mal es insufrible; yo he

adelgazado; y me siento enfermar. ¿A quién he de recurrir? La sociedad es muy cruel, padre mio. Yo he hecho mis observaciones.

Me he convencido que todos los que pueden, satisfacen sus pasiones; pero todos lo ocultan, y, lo que es peor, parece que se han convenido para perseguir al que las satisface. Oigo á mis hermanos pequeños que han apedreado á una pareja que sorprendieron en el campo. Mi padre apaleó á un jóven que besaba á su novia en nuestra escalera. ¡Vaya un delito! La portera promovió un escándalo; ¡ella que está amancebada! les llamó indecentes, y no paró hasta que fueron presos. En la calle los silbaron; y mi padre, la portera, los que silbaban, los guardias y el gobernador, todos hacen lo que pueden.

No haya compasion para la criada que tiene un desliz; la señõra, que ha tenido ciento, la arroja á la calle. ¡El abrazo! un crimen; pero llega el baile, y nos pueden abrazar, rodear nuestra cintura, estrechar nuestra mano y rozarsè con nosotras delante de nuestros padres. Y á mí que no me digan, señor cura, lo que se busca en el baile bien lo sé yo; la prueba es que nadie quiere pareja anciana ó fea: el *Año Cristiano* vitupera por eso los bailes, y así lo dice sin rodeos.

—Y hace muy bien; las almas puras no son dadas á bailoteos.

—Sí, pero mis padres dicen que eso es inocente; ellos tambien bailaron, y nadie les saca de ahí. ¡Mil veces me han reñido por no aceptar invitaciones al baile sin saber lo que me costaria luego! Porque, eso sí: mi padre dice que fué un gran conquis-

tador, mi madre se alaba de haber sido muy coqueta y haberle arrebatado los novios á sus amigas; ella bailó mucho tambien: esto es lo que dice; ¡quién sabe lo que calla! pero tratándose de su hija, ¡ah! esa es una santa; ¡qué virtuosa! no es como otras de su edad.

Mientras tanto yo me abraso y padezco cruelmente: puedo satisfacer todas las necesidades de mi cuerpo, ménos una; puedo elegir carrera, buscar maestros, pero no compañero de mi vida: si amo, no puedo decirlo hasta que no me lo han declarado, y, lo que es más, debo fingir que me asusta lo que deseo; no debo hablar de lo que sé muy bien. Oficialmente, ni áun sé lo que es un hombre, ni puedo curarle si enferma, ni auxiliarle en un accidente; mi pretendida virtud es de vidrio, todo la quiebra. Y si así es, ¿cómo creer que soy una santa, en nada parecida á las demás mujeres?

Mis padres, hablando con rodeos y misterios delante de mí, me causan lástima: ¡sé yo más que ellos! Hemos convenido en que la doncella cristiana no tiene naturaleza, ni organismo, ni temperamento; la ley social y religiosa á todas las nivela; han de ser de nieve hasta el momento mismo de casarse; de fuego desde allí en adelante: así lo exige el honor; si no han de ser así, dice mi padre, vale más que mueran.

—Por Dios, hija mia, Vd. vá demasiado lejos, hasta la ironía, hermana gemela del excepticismo.

—¿Cómo no he de mirar con desdén esas ridículas simplezas, cuando sé que honor ó deshonor es solamente esto: saber ó no saber el mundo nuestros deslices? Una preocupacion tambien de los hombres,

que quieren ser los primeros en caer en nuestros brazos, acaso por miedo á las comparaciones ó bien por un placer no exento de crueldad. ¿No sé yo que nada es la pureza material sin la moral, perdida siempre, siempre, mucho antes de las nupcias? O que nos permitan seguir los impulsos naturales, ó que nos enseñen á suprimirlos, si es posible.

—Terrible dilema, señorita.

—Observe Vd. las casas cristianas; todo está en ellas previsto ménos el amor y la libertad de cuidar el cuerpo. Yo me lavo á escondidas, porque una vez que fuí sorprendida, me reprendió mamá: la criada, jóven doncella, no dispone en casa ni de lugar para peinarse: ¡cuidado con que tenga novio!

¿Se habla de una mujer que fué débil? Pronto las que no habrán sido más fuertes exclaman á una, haciendo melindres: ¡Bribonal

Ni siquiera ha quedado entre cristianos el compañerismo de sexo. ¿Peca el hombre? Alguna tonta que fué débil; ¡qué mujeres! dicen las inmaculadas.

—Volvemos á desbarrar, hija mía.

—Sí, padre; porque veo una gran injusticia. A mi madre se le cae la baba con las travesuras de conquistador que comete mi hermano, pero que ningún hijo de otra atente contra mí. ¡Ay del que intentare hacer conmigo lo que mi padre con las muchas que se alaba de haber seducido!

Uno que visita nuestra casa era confidente de un amigo que perseguía á cierta señora. ¡Firme!—le decía—¡ánimo con las casadas! Con ellas no hay responsabilidad; pero cuando supo que se trataba de su hermana, quiso matar á su amigo: así son todos. Ellos, muy débiles, pasan por fuertes; nos-

otras, más débiles aún, hemos de resistir todas sus asechanzas y hasta la fuerza. No me negará Vd. que tengo razon.

• No se lo negué, y con buenos consejos y mucha dulzura salí de esta jóven como pude. Al poco tiempo volví; estaba muy desmejorada y yo com-padecido hice lo que pude por consolarla y soste-nerla. Al año siguiente, la habia olvidado ya, quan-do me llamaron para confesar á una enferma. ¿Quién se habrá acordado de mí? iba yo pensando por el camino. Cuando llegué, ví á mi hermosa confesada que se moria por momentos: el padre, un militar anciano, se retorcia los brazos en la sala inmediata; el médico le decia, para excusarse sin duda:

—Si la hubieran Vds. casado, como yo insinué...

.....  
Murió la doncella, y el padre, en el paroxismo de su dolor, se encaró con el galeno, diciéndole:

—Pero ¿qué importancia tenia en esta enferme-dad el matrimonio?

—El sacramento ninguna, sus funciones natura-les toda la imaginable; dar la vida.

—Entonces... gritó el padre fuera de sí.

—Ya lo indiqué del modo que permiten las con-veniencias y las preocupaciones... si Vds. no me entendieron... yo...

—¡Miserable! gritó el militar, llorando y riendo á un tiempo, ¡asesino! haber hablado claro. ¡Mi hi-ja! ¡¡mi hija!! ¡¡Y yo que podia disponer de tantos oficiales de mi regimiento á cual más apuesto y buen mozo!!... ¿Me la devolverá la religion? ¿Qué me importaba el mundo? ¡Ah! ¡mi hija!... honor... ¡maldito seas!

Todos nos arrojamos sobre aquel infeliz: estaba loco; al ménos así lo creyeron los que le habian oido mil veces decir á coro con su mujer, y otras personas piadosas y sensatas, esta expresion del más cristiano amor paternal: «Mi hija es una santa, pero antes que entregada á un hombre fuera del matrimonio, quisiera verla muerta.»





## EL SACERDOCIO DE LA CIENCIA

---

—Espere Vd., voy á ver si el enfermo está dispuesto, me decía una señora que momentos antes me había mandado llamar.

Al poco rato volvió. Ya puede Vd. pasar, dijo, y me guió hasta la alcoba del paciente. Era este un hombre como de 50 años, enjuto, nariz aguileña, labios delgados y patillas entrecanas.

—Siéntese Vd., me dijo haciendo un ademán y volviéndose hácia la silla. No había pensado confesar tan pronto porque esta dolencia creo que dá esperanzas, mas si he de hacerlo, vale más pue sea ahora, como dice mi mujer. Tenga Vd. un poco de paciencia, porque hablo con cierta dificultad.

—Hable Vd. como quiera, y aún mejor seria que dijese solamente lo principal. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde su última confesion?

—Seis meses, però quiero que esta sea general y como un resúmen de mi vida.

Soy médico: me acuso que siendo estudiante y

practicante del hospital, he cometido algunas acciones nefandas con los cadáveres de las mujeres y he hecho burla de los de los hombres; otros me enseñaron estas profanaciones.

He seguido los caminos del pecado con mis compañeros en garitos y lupanares, por no ser ménos que ellos; he alardeado de materialista hasta el punto de creer algun día que lo era realmente.

En el hospital he ofendido á Dios muchas veces con criadas, enfermeras, convalecientes y... hermanas.

Tambien he cometido algunas travesuras peligrosas ó de mal género con los mozos ó los compañeros, valiéndome de los compuestos químicos. He pedido á los practicantes de la botica afrodisiacos para abusar de las mujeres y para que mis amigos hicieran lo mismo. Alguna vez he vendido esos servicios.

—¿Y cómo trató Vd. á los enfermos?

—Como todo el mundo. El paciente en un hospital, es un número para unos, una carga para otros y un objeto de estudio, especie de *ánima vilis* para nosotros. No hice más que seguir el ejemplo de mis profesores. ¡Cuántas veces no evitábamos al enfermo un dolor y aún se le procurábamos, con tal de obtener un efecto patológico en que estudiar ó de mostrar nuestra pericia!

—Malos profesores ha tenido Vd.

—Poco más ó ménos como todo el mundo. Y á propósito: debo acusarme de que desde niño he profesado mortal ódio á todos mis maestros.

—¿Qué ha podido producir en Vd. esa pasión ingrata?

—Un sentimiento de justicia.

—No lo comprendo.

—Ha hablado Vd. de ingratitud; yo confieso mi pecado de ódio, pero no he sido ingrato; ningún maestro, excepción hecha de uno á quien venero, me ha enseñado nada. Cuando niño, instintivamente comprendía que era objeto de una farsa infame. En la escuela nadie me enseñó la moral, sino la religión de la rutina. Allí ví el ódio, la venganza á sangre fría, las preferencias para el rico ó el que agradaba al maestro. Sufrí el sistema de delación, no aprendí urbanidad ni cosa que lo valiera, ni hubo quien supiera evitar que me corrompiesen los demás muchachos, y que luego yo á mi vez pervirtiese á otros. Me pegaron mucho, eso sí, me pusieron cabezas de asno, carteles infamatorios ó medallas y cintajos que me hicieron vanidoso y necio, pero cuando salí de la última escuela, leía sin sentido, escribía sin ortografía y no sabía más que palabras. Esto le había costado á mis padres muy buen dinero y á mí pasar los peores ratos de mi vida durante seis años.

Fuí al Instituto, entonces de nueva creación, continuó muy despacio el médico después de un golpe de tos. Allí no pegaban, pero se aprendía menos que en la escuela. Los profesores nos llamaban de Vd., explicaban friamente y sin interés, haciendo frecuentes digresiones; no eran puntuales aunque las clases, como Vd. sabe, eran y son breves y alternas por lo regular. Pocos profesores habían explicado más de la mitad de la asignatura al acabar el curso. Unos se aferraban á un libro de texto, del cual regularmente eran autores; y que no les

hablaran de otra cosa; otros no querían textos vivos y explicaban, explicaban... Había que retener todo aquello; un alumno listo copiaba horriblemente todas las explicaciones, nos las vendía ó prestaba, las aprendíamos y luego resultaba que el profesor no había dicho aquello; él mismo no se acordaba.

El exámen era una farsa; en él se vengaban los catedráticos, atendían recomendaciones, se hacían mútuos desaires; suspendiendo uno al predilecto del otro con razón ó sin ella, aprobando ó mejorando la nota al hijo del cacique y según se susurraba, doblegándose ante la hermosura ó el dinero. ¡Cuántas veces sabía ya el alumno lo que le iban á preguntar! ¡Cuántas el mismo profesor ha escrito el discurso con que se ha lucido y obtenido el premio en las oposiciones el discípulo amado, ó el que le pareció más apropósito para que le dejara en buen lugar!

—Lo mismo que en el seminario, decía yo entre mí.

—Salí de allí con buenas notas en doce ó trece asignaturas de las que no sabía una palabra, lo mismo que los desaplicados y que los más aprovechados que yo.

Cuando quise saber algo porque me avergoncé de mi ignorancia, tiré los textos, quemé los programas, compré otros libros y estudié solo, preguntando á unos y á otros, y comparando obras y opiniones.

Exactamente lo mismo me ha sucedido con los catedráticos de Universidad, porque antes que medicina estudié leyes, y con los de la escuela de mi

profesion: señores todos muy estirados, que si suelen saber la asignatura, si no han entrado en el profesorado injustamente, no suelen saber enseñar, ni les importa que seamos buenos ó malos. Hombre hay que escribe ó copia tantos discursos como días de leccion tiene el curso; se los aprende, y pasa su vida repitiéndolos á los discípulos, como el cura las lecciones del breviario.

Ni ellos ni el gobierno que tan cara hacia pagar la instruccion, supieron impedir que en los pasillos del Instituto aprendiese yo á fumar, lo que me debilitó mucho; que jurase como un carretero, adquiriese vicios feos, aficion al billar y á las mujeres públicas, y cierta inmoralidad cínica, muy en moda en esos establecimientos. Vd. ha sido estudiante, padre: vamos á ver, ¿tengo razon? ¿Ha tenido Vd. mejores maestros?

—No, en verdad; pero veo que Vd. quiere hallar excusa para su ódio, y olvida sus pecados por los ajenos.

—Causa de los míos. ¿Qué seria yo hoy, si me hubieran instruido y educado sería y moralmente? ¿No lo he pagado bien? Pues malditos sean los que...

—¡Silencio! por Dios, y siga Vd. su confesion, amigo mio.

—Ya ejerciendo mi profesion, he hecho lo que otros. Valido de lo mucho que se permite al médico, he abusado de muchas mujeres.

He tomado dinero de las dueñas de casa de prostitucion, por mis certificados de salud para mujeres enfermas.

He certificado la mentira en asuntos de quintas, lo que me ha producido mucho dinero.

He firmado las recetas de algunos practicones que no eran médicos, percibiendo un tanto por legalizar las atrocidades que cometían, librándolos de presidio, con perjuicio de la humanidad.

He ensayado en los pobres los específicos y medicinas cuya eficacia desconocía, para estudiar en ellos su efecto y si era bueno propinarlos á los ricos.

Me he confabulado con los boticarios. Ellos se comprometían á enviarme las personas que buscaban un médico, y yo á recetar mucho, aunque inútilmente, sin perjuicio de alargar la enfermedad para aumentar mis honorarios. También el boticario me daba gratis y á cierra ojos los afrodisiacos, narcóticos y emenagogos que necesitaba para mis aventuras.

Porque he procurado el aborto unas veces para librar á mis amigas de la vergüenza de un embarazo, otras por dinero, cuando lo he creído conveniente y he tenido segura la impunidad.

De cuando en cuando el médico se interrumpía, levantaba la cabeza y me miraba para ver el efecto que me hacían sus revelaciones. Yo permanecía impassible sin mirar siquiera á aquel bandido de la ciencia; él tosía, descansaba un poco y continuaba su relacion.

—He estado confabulado con una partera cubriendo con mis recetas y certificaciones los horrores que perpetraba: abortos, asistencias á los partos sin tener ciencia, remedios empíricos, todo lo he legalizado por el dinero.

Como perito en pleitos ó causas criminales he recibido dinero por informar contra mi conciencia, he accedido á las infamias que me han pro-

puesto los jueces, ya para tenerlos propicios, ya por el dinero que me daban. Una de estas causas costó la vida á un infeliz.

He sido médico de varios conventos de monjas y de uno de frailes, porque cuando tuve 35 años comprendí la necesidad de hacer el beato para tener clientela de ricos: muchas veces, pues, he dado certificaciones cuando así lo ha exigido la ley y han pasado como víctimas de pulmonías ú otras dolencias las que lo eran del tormento ó de una puñalada en frailuna pendencia; verdad que un obispo me dijo en cierta ocasion, que en eso no pecaba y hacia un bien contribuyendo al honor de la Iglesia.

He sido médico de un duque, hombre vicioso que llegó á estenuarse á fuerza de excesos; ni yo ni otros médicos hallábamos remedio para él. Por fin me dijo: «2.000 duros tengo para Vd. si me cura.» Yo le aseguré que no tenia esperanza más que en un procedimiento, la trasfusión de la sangre.

Aquí hizo el médico una pausa, su rostro demacrado se demudó y con el cabello erizado me miró de soslayo con cierto temor.

—Prosiga Vd., amigo, prosiga sin cuidado, ¿ó es que quiere alguna otra cosa, una pocion?...

—¡Ay! es que es horrible lo que voy á decir.

—Yo no me asusto de nada.

—Pues bien, no hallando el duque persona que quisiera darle su sangre, halló un miserable que le trajo engañado un jóven desesperado por la pobreza. Yo, yo verifiqué la operacion y aquel infeliz murió sí, murió. Parece, Dios mio, que lo estoy viendo; no se volvió á saber de él. Este recuerdo me

ha atormentado tanto, que en otra ocasion parecida rechacé tenazmente prestar mis servicios...

—Adelante, la misericordia de Dios es infinita.

—Como su tolerancia, padre, puestas tales cosas permite que sucedan. He sido médico de una casa de socorro por breve tiempo y me acuso de haber tratado sin piedad á los pobres y haberme valido para negarles la asistencia de pretextos como los siguientes: Ustedes no son pobres, aquí hay buenos muebles, ¿tiene Vd. cédula de vecidad? debiera este enfermo ir al hospital, etc., etc.

He sido negligente á veces en el estudio por necesitar para mis devaneos el tiempo. Otras veces, cuando he conocido que la enfermedad era incurable, ha sido mayor mi descuido, porque me decia: «al fin el paciente se ha de morir;» y cuando no hallaba medio de combatir una dolencia, lejos de confesarme vencido continuaba mi asistencia esperándolo todo del acaso. Muchos se han muerto por esta causa, mas yo todo lo preferia antes que ceder el puesto á otro ó pedir consulta.

He dado tambien certificaciones á gusto de los ricos herederos, retrasando la hora de la defuncion, adelantándola ú ocultando la verdadera enfermedad. Dos veces he sido cómplice en parto simulado para asegurar la herencia.

Aquí hizo una pausa, pasada la cual yo esperaba que me revelase algun envenenamiento perpetrado con auxilio de la ciencia ó la complicidad en volver loco á cualquiera, pero el buen señor me dijo, como en su descargo, que no habia ido tan allá; sólo habia cubierto con su firma estos mismos abusos cometidos por otros médicos sus amigos. Tam-

poco habia cometido las infamias de que se acusa á los médicos de los ingenios en Cuba ó en otros países esclavistas. Despues se acusó de pecados vulgares, aunque graves: lo absolví porque en el lecho del dolor todo el mundo debe ser absuelto, y salí de allí tristemente impresionado.

¡La enseñanza!... pensaba yo; cierto que es entre nosotros una farsa inmoral que contribuye á formar canallas como este, el cual morirá tranquilo en su cama, rodeado de r speto y veneracion, aunque todos los presidios de la tierra no serian bastantes para castigarle.





## INCESTO Y DERECHO CANÓNICO

---

.....  
—Veo que ha sido Vd. muy propenso á los pecados carnales.

—Cuestion de naturaleza, señor cura; pero crea usted que he peleado conmigo mismo tanto como algunos virtuosos. Desde los 15 años, el aguijon de la carne empezó á punzarme fuertemente; yo resistia; pero los amigos, la moral de los estudiantes y de las gentes del mundo, sin excluir á las que pasan por religiosas, ayudaban en gran manera á la naturaleza.

—Esa pelea debemos sostenerla todos, mientras no llega el matrimonio.

—Debemos, es verdad; pero lo que sé decir es que en el mundo no se tiene por cosa mala los devaneos juveniles. Mayo tiene sus flores, dice todo el mundo, y yo añado que hasta Diciembre las tiene, porque no he conocido hombre que no aproveche una ocasion, si le sale al paso, y que se crea

un malvado por rendir culto á Vénus: lo mismo jóvenes que ancianos, sacerdotes, obispo, reyes, jueces, santurriones, todos, señor cura, todos, excepto... los que no pueden. ¿Sabe Vd. lo que mi poca experiencia del mundo me ha enseñado? Que los mejores son aquellos que se han limitado á las mujeres libres y no han prostiuído á la doncella inocente ó asaltado el tálamo conyugal, ni han cometido infamias contra la naturaleza, los demás...

—Parece que busca Vd. excusa en las debilidades ajenas.

—No es eso; tendria bastante disculpa con las propias, porque desde los 15 años he padecido trastornos en mi físico y en la parte moral, siempre que he querido sostener una castidad absoluta.

—Pues yo tenia por muy exacta la consabida máxima: *Deja la lujuria un mes y ella te dejará tres.*

—Eso le sucedia al que lo inventó. En cuanto á mí, luego que daba satisfaccion á la carne, mejoraba de salud, tenia buen humor, podia estudiar, y en una palabra, entraba en la vida normal. Me han dicho que si tal no hubiera hecho, hoy seria impotente, ó quizá no existiria. Hé aquí por qué tomé relaciones con la referida solterona pensionista algo mayor que yo, pero buena hembra: esto era mejor que entregarse á la *Vénus ambulante*. Creo que á dicha mujer debo el no haber cometido seducciones de doncellas ó de casadas, y el no haberme entregado á la prostitucion, que siempre he repugnado.

—Pero, hijo mio, ¿querrá Vd. probarme que del mal puede salir el bien?

—No pruebo nada, expongo los hechos nada más, y afirmo que no hay otro remedio para el

hambre que la comida, ni mejor antídoto para el robo que la abundancia.

—Prosiga Vd., prosiga Vd. su confesion, dije yo por huir el bulto de una polémica en la cual podia insensiblemente dar á conocer mis opiniones.

—Decia á Vd. antes que amaba mucho á la que hoy es mi mujer cuando era mi novia, y que la vijilancia de una tia suya carnal que le servia de madre era excesiva. Ni un beso, ni un apreton de manos, ni una carta podíamos darnos, y eso que agote el repertorio de los ardidés posibles. Si es verdad que el mejor cancerbero para la virtud de una doncella es la mujer que fué pecadora, mi casi suegra debió serlo como pocas. Ella defendia todas las preocupaciones sociales sobre asuntos de amor, todas las limitaciones, desconfianzas, precauciones y exageradas rigideces de los antiguos y modernos hipócritas; aquello no se podia sufrir. La excitacion de que ambos éramos víctimas, es indecible. Llegó un momento en que nuestro amor, aumentado por aquel exceso de vijilancia, se desbordó... moralmente, y si hubiéramos tenido ocasion, nada hubiera podido contenernos. No la tuvimos aunque yo entraba en la casa, y bajo esta especie de calentura nos casamos apenas terminada mi carrera.

—Veo que más bien la lujuria que el amor le llevó al matrimonio, como á tantos otros.

—Como á todos, porque sin ofensa de la Iglesia sea dicho, yo creo que ambas afecciones son inseparables, digo mal, son una sola: si la primera falta, no hay amor, sino amistad.

—Cuestion es esta muy larga, en la que yo diria mucho, hijo mio.

—Y yo bastante á mi vez, señor cura; pero Vd. dirá, con razon, que no estamos aquí para filosofías. Continúo, pues.

Después de casados empezamos á sufrir el yugo de mi buena tia, así le llamamos. Ella lo disponia y reglamentaba todo; los gastos y el gobierno de la casa, mis costumbres, relaciones, entradas ó salidas, hasta el tabaco. No éramos dueños de darnos un beso ni de decirnos una palabra dulce durante el dia, porque siempre estaba encima: secuestraba, digámoslo así, á su sobrina, y si queríamos salir, venia con nosotros á todas partes: sólo éramos libres de noche.

Al principio mi esposa protestaba (debajo de las sábanas solamente) contra aquella tiranía, pero después, ¡fenómeno para mí incomprendible, aunque lo he meditado mucho! la que protestaba se sometió; parecia existir entre ellas una secreta consigna, cierta especie de pacto para dominarme: desde entonces la tia siempre tenia razon, áun debajo de las sábanas.

—Ese fenómeno es, por desgracia, muy frecuente, querido: es la venganza que toman las madres de las inocentes jugarretas que sufrieron durante el noviaje; es unas veces el egoismo, otras los celos ó la envidia, siempre el amor propio que quiere retener una dominacion que se escapa. Crea Vd., jóven, que si las hijas se someten es porque las hacen creer con patrañas y absurdas teorías, que así aumentan su autoridad. Todo eso, no obstante, tiene su remedio.

—Un amigo me propuso el que le pareció mejor de todos: *«cuando la esposa hace causa comun con su*

*madre, no hay como hacer á ésta el amor y alianza rota.»*

Y así lo hice, con gran estupor de mi señora que volvió á protestar, y no ménos contento de la tia, porque yo hacia ahora con su sobrina lo que ella hizo conmigo. Cuando llegué á formalizar el sitio en regla, me rechazó como una reina ofendida, pero guardó el secreto. Yo habia creido jugar con ella, entretenerla y halagarla, pero aquella primera y despues continuada resistencia hirió mi amor propio... Entonces reparé que la buena señora era toda una real mujer de 37 años en todo el vigor de una espléndida naturaleza ardiente, segun todos los indicios, y en extremo apasionada.

Continué el sitio y al fin experimenté la verdad de aquel adajio: *«plaza sitiada plaza tomada.»* Todavía dudo si la resistencia fué formal ó calculada.

—¡Qué mujeres! Santo Dios, ¡qué mujeres! exclamé yo para ahuyentar la risa, y despues, haciendo por parecer muy grave dije solemnemente: Alto ahí, amigo mio, no podemos continuar, Vd. ha cometido un incesto, del cual no tengo facultades para absolverle.

El jóven me miró, entre enojado y desdeñoso, diciendo:

—¡A buena hora me dice Vd. eso, cuando ya he pasado la vergüenza de confesar mis culpas! ¿Es decir, que tendré que buscar al obispo ó á otro sacerdote que tenga facultades extraordinarias? ¿Pero me inspirará la confianza que Vd.? Si yo fuera un pecador empedernido, traído á este sitio por la inspiracion de un momento de piedad, ¿no le pare-

ce á Vd. muy fácil que saliese de aquí resuelto á continuar por el mal camino?

—Todo eso es cierto, pero yo he de obedecer á lo mandado por quien puede.

—¿Y por qué no ha mandado tambien poner en cada confesonario un letrado que diga: «aquí no se absuelve de esto ni de lo más allá», y sabria uno á qué atenerse?

No esperaba yo esta pregunta aplastante, que me desconcertó un poco; pero repuesto prontamente, dije al incestuoso con la mayor amabilidad: «Espere usted unos minutos, voy á solicitar un permiso especial, que espero obtener.» Con esta mentira inocente quedó el jóven satisfecho, y yo pude reflexionar en la sacristía y resolver para en adelante conceder la absolucion á todo el mundo, como así lo he verificado, y con mayor frescura desde que he descubierto que no proceden de otro modo los más sábios y experimentados sacerdotes, y que este sistema evita tantos y tan grandes conflictos, como los produce á cada paso cumplir con lo establecido.

Y sentado de nuevo en mi puesto:—Ya está todo arreglado, dije; ahora bien, no sé cómo tuvo usted valor para engañar á su esposa de ese modo.

—Ese valor lo han tenido muchos, porque así lo quiere nuestra condicion humana, que hace dulcísimo sobre toda ponderacion lo prohibido. Soy lo bastante franco para decirle á Vd. que he sido muy feliz con mi pecado. ¡Con qué fruccion gozaba yo, despues de una temporada de placeres permitidos, cada vez ménos ardientes, los dulces sobresaltos, las argucias y zozobras de la lucha por el placer que logra burlar todas las leyes! ¡Qué inmensa y

nunca imaginada satisfaccion la mia ver á la buena señora, antes guardian de la virtud y campeon de las más rígidas austeridades, ahora ocupada en buscar recursos ingeniosos para alejar á su sobrina y entregarse en su ausencia á todo el frenesí de su pasion volcánica, gozando los placeres que habia prohibido! ¡Qué delicioso triunfo para mis inclinaciones naturalistas, ver que cuando mi mujer no queria salir ó daba muestras de extrañeza, su tia exclamaba *sotto voce*: ¡Jesús! ¡que criatura! ¡si parece que lo hace de propósito! ¡Malditas preocupaciones! ¡Maldito egoísmo de los poseedores legales! ¡Cuándo llegará el triunfo de la naturaleza!

Y cuando por fin, tras largo trabajo de zapa ó por efecto del acaso, nos quedábamos solos ¡qué dicha verla arrojarse á mi cuello, estrujarme á fuerza de caricias y... entregarse á sus instintos con ardiente afan, casi con rabia! Sé que somos muy culpables, que no tenemos excusa, pero aunque lo deseo, no puedo por completo arrepentirme.

—Los Doctores dicen que desear el dolor es tenerlo, hijo mio. ¿Le resta algo que manifestarme?

—Nada.

—¿Supongo que al ménos en lo fundamental, será usted creyente y reconocerá en la Iglesia facultades restrictivas y penales en órden al matrimonio?

—Así es ciertamente.

—Oiga Vd., pues, lo que está establecido. Además del parentesco de consanguinidad que prohíbe el matrimonio en la línea recta de padres á hijos sin limitacion, pues si Adan resucitara, no podria casarse, y prohíbe tambien absolutamente las bodas entre hermanos y sólo prévia dispensa, las con-

cede á los primos hasta el cuarto grado inclusive, existe *por derecho eclesiástico* el parentesco de *Afinidad por la cópula lícita ó ilícita* (1). De todo congreso carnal resultan parientes cada una de las partes, con los consanguíneos de la otra hasta el cuarto grado.

—¿Y qué se deduce de todo esto?

—Que como la Iglesia, usando del derecho que dice haber recibido del cielo, prohíbe el matrimonio entre parientes, todo el que peca carnalmente no puede casarse sin dispensa con los consanguíneos de su cómplice, y si se casa es nulo el matrimonio.

—Pero si le he dicho á Vd. que estos pecados los hemos cometido despues de casados.

—Es lo mismo, querido, aunque Vd. se quede estupefacto, como veo; se ha hecho Vd. pariente de su mujer, y no puede ya acercarse á ella sin dispensa del Papa.

—¿Se está Vd. burlando de mí, señor cura?

—Le estoy á Vd. refiriendo lo que dice el párrafo XI del capítulo IV, tratado IX de la Teología Moral de Lárraga, compendio del Derecho Canónico. Puede Vd. consultar á quien guste, y si es necesario, ahora mismo traeré el libro citado, y otros diez ó doce.

—¡Si parece imposible, Dios mio! Yo nunca lo habia oido. ¿Por qué no enseñan esto los curas? Si está establecido, como supongo, para evitar incestos, ¿por qué no lo advierten á los recién casados? ¿por qué no lo explica el Catecismo? Y ahora, pa-

(1) Nadie se asuste, pues copio los términos teológicos.

dre mio, ¿no comprende Vd. que aquí sale perjudicada mi mujer, que es inocente?

—No, señor, porque ella puede pedir, y entonces no peca Vd. por pagar.

—No entiendo esa jerigonza.

—Su señora puede... insinuarse con Vd., significarle sus deseos carnales: á esto se llama entre teólogos *pedir el débito*. Vd. puede pagar, que es acceder; pero no pedir, hasta que obtenga la dispensa del Papa. Sólo cuando el inocente llega á saber el pecado de su consorte, ya no puede pedir ni pagar.

—No vuelvo de mi asombro, ni francamente, de mi indignacion. Nunca pude creer que la Iglesia descendiese á este terreno; ¡ella que se vende por inmaculada, legislar sobre las intimidades del tálamo! ¡reglamentar las manifestaciones del amor... inventar parentescos ilusorios y expender dispensas de este género... no, no lo creía posible! Si esto fuera conocido, nadie que fuera honrado podría ser defensor de la Iglesia.

—Silencio, querido, silencio, el católico debe inclinarse la cabeza. Sepa Vd., añadí por exasperarle más, que no es esto solo. Como estas cosas no suelen ser conocidas, es grande el número de gentes que se casan despues de haber tenido deslices con parientes de sus futuros consortes, no piden dispensa y el matrimonio es nulo: media España se encuentra en ese caso.

—¿Y si despues los cónyuges saben esta nulidad?

—*Deben revalidar el matrimonio, y tambien si quieren pueden separarse y contraer con diferentes personas.*

—Pero cuando hayan tenido hijos...

—Serán naturales, pues nunca hubo tal matrimo-

nio. La Iglesia nada puede hacer en esto. Es más, si recibieron herencia en concepto de legítimos la perderán, pues el Estado cristiano tiene que dar por nulo el matrimonio que no es canónico.

¡Horrible! ¡horrible! padre mio, nunca podré aceptar esa doctrina.

—Es la corriente enseñada por concilios y papas y practicada por espacio de muchos siglos. Pero aún hay más. Existe otro parentesco, *El espiritual*, que anula el matrimonio exactamente lo mismo que la cópula y la consanguinidad, entre los padrinos y el bautizado, ó los padres; por eso advierten en el bautismo que se contrae parentesco espiritual. Mas luego, hijo mio, nadie se acuerda, se celebran las bodas, no se piensa en la dispensacion, y el dia que se descubre, adios matrimonio.

—Padre, por Jesucristo, no prosiga Vd.; ya voy comprendiendo que los enemigos de la Iglesia tienen razon; todo le ha servido para sacar dinero (1), pero, ¡qué abismo de horrores! ahora mismo, si yo quisiera podria llevar la perturbacion y la ruina á muchas familias, porque sé muchos secretillos; algunos matrimonios podrian disolverse si yo quisiese y entonces ¡pobres hijos inocentes! es horroroso. Le digo á Vd., padre, que he entrado aquí católico y no sé cómo voy á salir...

—Yo cumplo con ilustrarle; puedo absolverle,

---

(1) Es tan odiosa esta teoria de supuestos parentescos nada naturales, que se tiene cuidado de ocultarla á los fieles aunque está vigente. Entre los muchos apologistas de la Iglesia, ninguno se ha atrevido á defender estas atrocidades del derecho canónico. En nuestro libro *El Sacramento Espúreo* trataremos con toda extension de esta y otras prácticas tan absurdas como inmorales que deforman, estorban é imposibilitan el más santo de los derechos, y son generalmente ignoradas. Allí se verá á lo que queda reducida la santidad del matrimonio canónico.

pero ni yo ni el obispo, ni otro alguno, podemos eximirle de separarse de la tía con cualquier pretexto, como *ocasion próxima* que es de pecar, ni de impetrar la dispensa de Roma, si quiere pedir... á su señora el débito. Yo mismo puedo negociar este asunto.

—Está bien, señor cura, le agradezco el mal y el bien que me ha hecho con sus revelaciones; déjeme usted que reflexione por unos días, y ya volveré para decirle lo que he resuelto.

—Quiera Dios que sea lo más conforme á su santa ley.

—Creo que así será, dijo el jóven con cierta expresion de doble sentido. Se marchó, y no volvió más; pero al poco tiempo, lo ví con su mujer y la tía, dos buenas hembras, que risueñas y satisfechas miraban al buen mozo de mi penitente con unos ojos...

Hé aquí un hombre que acaso se habria enmendado con sólo mis exhortaciones, y ahora sigue entregado á las dulzuras del fruto prohibido, gracias á las exageraciones del derecho canónico vigente, producto de un absurdo misticismo, hoy completamente desacreditado.





## LA BALANZA DE THEMIS

---

Era una tarde lluviosa de invierno, que convidaba á pasar el rato junto á la chimenea. Habíamos terminado las vísperas y sólo quedábamos cuatro capellanes en la sacristía.

Un clérigo anciano y de buen humor, á quien su empleo obligaba á vivir en el templo, se esforzaba por retenernos á su lado.

—¿Á dónde vais con esta lluvia? nos decia: quedaos en mi cuarto donde hay buena lumbre; os daré cigarros y destaparemos cuatro botellas de lo añejo para empujar unas tortas de mi pueblo repantigados en las butacas, viendo los bajos de las muchachas que pasan por la calle. Vamos, añadió empujándonos, os contaré una historia muy interesante; es cosa del confesonario.

Esto nos decidió, porque el buen viejo era instruido, decidor, alegre y muy tolerante; habia sido muy enamorado y pasaba por un buen confidente en nuestros amoríos y trapiondas clericales, abor-

recia la hipocresía y la delacion rastrera, tan en boga entre los curas, por lo que no todos podían contar con su amistad.

Una vez en su cuarto, ante un fuego reparador y una mesa ocupada por el ofrecido refrigerio, empezaron los cuentos picantes y los comentarios de sacristía, en que él era una especialidad, pero nosotros queríamos oír la historia, y no paramos hasta que accedió.

—Es cosa muy original, dijo; he escuchado la confesion de un magistrado.

—¡Hola! exclamamos los convidados aproximando nuestros asientos; eso es un acontecimiento, porque suponemos que la confesion habrá sido sincera.

—¿Por quién me tomáis, niños? ¿había yo de confundir un falsario conservador, que se confiesa de mentirijillas porque le vean, con un verdadero penitente? Se trata de un hombre de fé que vivió muy mal por espacio de muchos años, y que ahora jubilado, quiere hacer buena vida y resarcir con limosnas y restituciones ocultas los antiguos cohechos.

—Venga esa confesion, gritamos á coro, apurando despues nuestros vasos, y partiendo gruesos trozos de empanada.

—Los pecados particulares no os los diré, ni os importan, son más interesantes las iniquidades de toda una clase. Vosotros, como yo, creereis á la curia capaz de todo lo malo, pero no es lo mismo figurarse una cosa que oír la referir á quien es de ella autor ó testigo; por eso me he dado buena maña para sacar al ex-juez con sus pecados los de

sus colegas, que os referiré sucintamente; pues es cosa de un libro, detallar lo que en ocho días de confesion general me ha dicho ese hombre.

En primer lugar, parece que eso de la rectitud é independencia del poder judicial, es lo mismo que la santidad de las monjas y la ciencia de los obispos. Los tribunales, desde el más alto al más bajo, son reuniones de lacayos, sumisos al capricho de los gobernantes y caciques, de los ricos y poderosos de toda especie. En las Cámaras lo dijo un célebre orador: «Yo no me atreveré á afirmar que la magistratura se deje corromper por el dinero, pero sí que se doblega siempre ante el poder, la influencia y otros móviles poderosos.» Este señor, segun mi penitente, fué muy tímido; más atrevido ha sido luego Romero Robledo, que tambien en el Parlamento dijo, refiriéndose al juez de la Universidad que dió muestras de recto procesando al coronel Oliver: «Los fallos de un juez sólo significan su propia opinion; él puede ser influido por la posicion, amistades y otras causas. (*Rumores.*) No me importan murmullos, yo diré muy alto que hay jueces que desde un pueblo han hecho rápida carrera, gracias á la amistad.» Y luego, descubriendo totalmente el juego, añadió cínicamente: «¿Sabeis cuál seria la suerte de un gobierno con jueces de esta condicion? (independientes.) Que á la menor falta serian procesados los ministros y enviados á presidio.» Así ha hablado un ministro.

En Marzo del 82, Silvela habia dicho en el mismo sitio: «Se ha despertado un gran temor y universal desconfianza del órden judicial *puesto exájeradamente* al servicio del poder ejecutivo. Hoy sucede

lo mismo que en el siglo xvii, cuando gracias á los golillas, alguaciles, jueces eclesiásticos y legos, ordinarios y de fuero, no habia fortuna ni libertad segura para nadie. El poder judicial, *violentado por el ejecutivo y por la Administracion*, persigue y *empape-la*, segun el tecnicismo curial, á la corporacion ó individuos que estorban. TODOS DEBÍAMOS COLIGARNOS CONTRA ESTA TIRANÍA.»

—Esas son las consecuencias de la amovilidad. dijo uno de nosotros.

—Pues el anciano magistrado asegura que sucedió exactamente lo mismo con los inamovibles. No hay medio, decia, de que el poderoso no pueda causar bien ó mal á un juez ó á una Audiencia entera, ni la perpetuidad puede impedir el soborno y la claudicacion, ó que el juzgador se inspire en sus pasiones de secta ó de familia.

Todo cacique empeñado en trasladar á un juez lo consigue con una simple carta, ó cuando más un viaje á Madrid. ¡Ay del juez quijote! (así llaman al que tiene conciencia.) En Villagarcía, por ejemplo, los parientes de un ex-ministro cometen atropellos; el juez, Sr. Lago, quiere reprimirlos, y es insultado y apaleado en público por un hijo del referido personaje. «Vd. cree ser algo, *y aquí nadie puede con los Castro*, decia el agresor.»

Ahí está el conocidísimo proceso Monasterio, que tan mal parado dejó á un ministro. Jueces trasladados, un teniente de orden público testigo falso que luego fué condenado, sentencia absolutoria dada por influencia política y anulada más tarde.

Llamar el gobierno á un juez para asuntos del servicio la víspera de la vista ó trasladar á un fis-

cal y si no tiene padrinos, dejarlo cesante, es cosa corriente; que lo digan el juez de San Pablo y el del Pilar en Zaragoza y si no el Sr. Canalejas que sin el menor empacho explicó en el Congreso la causa de Lerma. Una mujer enamorada, cuyo amante, muy poderoso, mató al marido y tuvo influencia para hacer trasladar jueces, magistrados y fiscales, y para que desde Madrid se impusiese la absolución, como otras veces se impone la condenación más injusta, ó se dice al juez: *busque Vd. ó haga un delincuente á todo trance*, ó será declarado cesante. *No hay tribunales*, decía el diputado liberal, sino una turba de criados del ministro.

El que rehusa conformarse con esta suerte sigue la de un anciano juez, que al dejar la carrera decía así al presidente de la Audiencia: «Juez de entrada soy desde el año 40 y no he podido hacerme ropa nueva. ¡Qué humillaciones en mi calvario que no carrera! ¡Cuántas noches en claro buscando pruebas! Las encontraba, y cuando iba á extender el fallo *llegaba la orden que me imponía lo contrario*. Y no había remedio, ceder ó cojer los trastos. Cuando medio me empapaba en la legislación especial de Navarra, tenía que ir á Galicia. He vivido estrechamente y nunca he podido ahorrar. Hoy, perdida la esperanza, me despojo de la toga y la remito á V. E. como curiosidad arqueológica, ya que con ella no he podido ser, como estos niños de hoy, *teniente fiscal del Consejo de Estado á los 23 años.*»

—Y nosotros, que nos quejamos de lo que pasa en la Iglesia, dijo uno de los oyentes.

—Infamias de los conservadores, replicó otro.

—En España, dijo el anciano, todos somos con-

servadores; por eso decia el magistrado: no hay sino someterse ó dejar la carrera. Él se sometió dócilmente y se ha retirado rico, aunque manchadas las manos de sangre é iniquidad. Esto explica el que, no siendo los curiales muy piadosos, sean deferentes con la Iglesia, y en su favor interpreten torcidamente las leyes para que sea escarmentado el que molesta al obispo, ó fallen que la crítica de la liturgia, por ejemplo, es escarnio de la religion, la Bula *una ceremonia* ó un dogma (1), lo mismo dá; el caso es condenar á presidio á un escritor, ó á un pobre que blasfeme en la calle ó no se quite el sombrero ante una procesion. Al mismo tiempo se condena á 15 dias de arresto al chulo que maltrata horriblemente á un anciano en la vía pública.

Un fiscal de Sevilla pidió tres años de prision y 500 pesetas contra el director de *La Lucha*, por haber copiado á Voltaire, y... pasmaos, chicos, lo que no hubiera hecho un obispo: pidió que se quemase el tomo de las obras de este autor.

—Está visto que la influencia oficial todo lo corrompe, exclamó el más joven de nosotros.

—Cierto: però no es ella sola, ni los togados la necesitan para prostituirse. Las estratagemas, dilaciones y añagazas, que hacen subir los pleitos á más de lo que vale el ganarlos; el mal uso que hacen los jueces de la facultad de cargar todo ó parte de las costas á la parte que quieran, el que las cantidades robadas no se devuelvan á sus dueños en

---

(1) Entre los considerandos de una sentencia condenando al autor del artículo *La Bula*, publicado en *Las Dominicales*, figuró uno en el cual se dice «que la Bula es una de las principales ceremonias de la religion,» dando así prueba de gran ignorancia y mayor servilismo, pues el caso era condenar fuese como fuese.

muchos meses ó años, como sucedió no hace mucho en Cartagena, ó no parezcan jamás, no es por imposición oficial.

Pues ¿y la lentitud en los pleitos ó procesos? La Audiencia de Manila reprendía en forma á unos jueces inferiores por lentitud, dos años despues que conoció de la causa. ¡Vaya un ejemplo de actividad! Siete años estuvo gestionando en Sanlúcar un litigante pobre, para que el juzgado le nombrase un abogado. Se descubrió el chanchullo, y el juez, que era cómplice de los ricos, encarceló al periodista que lo divulgó, pero no pudo encarcelar á toda la prensa española que lo puso en evidencia. Ha habido encausado que ha sufrido diez años de prision preventiva y luego ha sido condenado á seis meses de correccional; ¿quién le indemnizó de tan injusta pena?

—Veo que vá siendo necesario un *Motin* que publique manojos de flores judiciales.

—Calla y no interrumpas, que aún queda lo más gordo, replicó el anciano. El capítulo de las iniquidades seria interminable: oid sólo algunas que ahora recuerdo.

—En Cogolludo estuvo preso seis meses y dos años procesado un recaudador, condenado luego por delitos que no figuraban en la acusacion, ni los conoció el procesado hasta que le notificaron la sentencia. En Murcia fué indultado por intrigas y dinero un asesino reincidente, sin oír á la parte ofendida: no puede darse mayor desacato á la ley. Muchos de los abogados ricos lo son por venderse á la parte contraria ó convenirse con el defensor para despojar á los litigantes; por eso, cuando ri-

ñen dos jueces ó un juez y un escribano, se amenazan con empapelarse y con el presidio; á donde suelen ir á parar, que tambien los lobos se muerden en ciertos casos.

¿Habeis oido hablar de la reo V. S., ajusticiada hace ya bastante tiempo? Pues si la infeliz pasó algunos años en la cárcel con la esperanza de salvarse, fué porque era hermosa, y todos le ofrecian proteccion á cambio de sus encantos. Dos veces dió á luz en la prision, y cuando todos se hartaron de ella, fué al patíbulo...

¡Horroroso! exclamamos todos indignados ¡horroroso! no se cometen tantas infamias en la Iglesia.

—Pero en la curia se perpetran algunas mayores. Quizá no hay clase social á la que pueda imputarse mayor número de crímenes. Si os contase lo que sucede en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, donde impera el caciquismo, la inmoralidad más descarada y el cohecho es un sistema... No hay ejemplo de mayor venalidad y corrupcion; con decir que el Supremo casa la mayor parte de las sentencias de aquellas audiencias, está dicho todo.

—¿No será todo esto efecto de la deficiencia de las leyes?

—Lo es en parte, porque aquí no hay verdadera codificacion, todo está vigente y todo está derogado, desde las Doce Tablas y la Instituta, hasta la última sentencia del Supremo; la irresponsabilidad de los jueces, que si no es legal, es un hecho, hace lo demás. Pero aunque nada de esto sucediera, la curia será lo que es. El letrado recibe una educacion profesional inmoral y una instruccion deficiente; faltan tantas leyes como las que sobran, y no

hay costumbres, pero tenemos una larga tradicion criminal.

Hay que desengañarse, dijo mi penitente cuando concluyó sus confesiones, los hombres somos malos, pero es peor el molde ya viejo y podrido de esa gran iniquidad que se llama la justicia histórica.





## EL ÓRDEN PÚBLICO

---

Otras muchas maldades, cohechos, sentencias de muerte injusta, violaciones de mujeres en las cárceles, sobreseimientos por dinero y otros horrores que no se pueden decir sin peligro, nos refirió el buen cura con expresion de fechas, nombres y lugares, asegurando que de todo lo dicho conservaba el anciano juez testimonios y la relacion que habian hecho los periódicos (1).

Uno de los que oimos aquella sarta de horrores habia permanecido silencioso, y cuando el viejo cura terminó, y nosotros apuramos los comentarios, dijo gravemente:

—Todo esto es prueba de la inmensa desmoralizacion de una clase privilegiada, pero yo sé tambien por el confesonario que hay quien compite con ella y aún le excede; me refiero á lo que llamamos

---

(1) Yo tambien conservo algo de esto y los periódicos en que constan los hechos aqui referidos, ninguno de los cuales ha sido denunciado ni desmentido; no se olvide.

*vía gubernativa*, el gran resorte de los gobiernos. Yo he confesado á un agente de policía y por él he sabido muchos de los misterios del órden público.

—¡Hola! ¡hola! dijimos los demás. ¿Eso nos callabas?

—No he tenido ocasion de decíroslo, pero ahora viene bien como complemento de lo que hemos oido. Os advertiré que el agente en cuestion es de los honrados, no ha sido presidiario como casi todos sus compañeros, sino soldado. En los cuarteles perdió los hábitos de trabajo y cuando cumplió se ocupó en diversos empleos, hasta dar en la policía. No ha sido ladron, pero se ha visto obligado á ser cómplice de ladrones altos y bajos por no perder su destino, y á dar palos, perseguir inocentes, servir de tercero á sus superiores y de seide á los déspotas, ahogando los escrúpulos de su buena ó mala conciencia. Por fin ha encontrado más honroso empleo y quiere ponerse bien con Dios.

Claro es que en esta disposicion era materia bien dispuesta para hacer revelaciones que yo provoqué segun arte, y hé aquí el resultado.

—Bravo, bravísimo, querido, prorrumpimos entusiasmados. Las copas volvieron á llenarse de vino y los trozos de torta á correr de mano én mano. Cada clérigo se acomodó en su butaca dispuesto á no perder palabra.

—Lo que todos acriminamos á los gobernantes, dijo el jóven presbítero, es la comision de alcaldadas, y este es, sin embargo, su menor pecado. Al pronto parece un crimen que un alcalde de cierto pueblo de Alicante vista con una hopa á los que cometen hurtos insignificantes y los exponga á la befa

en un balcon á falta de picota, y que otro pedáneo prohiba la blasfemia y el uso de la manta ó el tapabocas, imitando á Esquilache. Aún recuerdo los aspavientos que hicimos cuando el Sr. Pando, vicario de Madrid, se puso de acuerdo con un gobernador carlo-canovista y luego con otro carlo-sagastino para prender á aquellos infortunados sacerdotes, (algunos de ellos ancianos, que no habian cometido más delito que decir diariamente dos misas ó no tener licencias), y conducirlos á sus pueblos *atados en la cuerda de criminales*, que se llama conduccion ordinaria, porque lo ordinario aquí es el atropello y el desconocimiento de la dignidad humana.

Pero todo esto y mucho más es *peccata minuta*. Algo más grave es lo que pasa con motivo del juego.

Me ha dicho el agente que la causa de las improvisadas fortunas de los gobernadores, delegados y agentes de policía es la tolerancia con las casas de juego y las de prostitucion (1). Que la prensa grita; denuncias, palizas, prisiones, recogida del número y vamos andando. *El Diario de Zaragoza* refirió no hace mucho un juicio oral muy curioso en el que aparecia un inspector que cobraba 40 duros al mes por hacer la vista gorda al garíto titulado *El Olimpo*, la organicion del juego, la *miopía* del gobernador y otros excesos muy curiosos. Parece que estos señores no se atrevieron á hacer lo que otro gobernador en San Sebastian, segun dijeron *El*

---

(1) Los que frecuentan las altas regiones saben lo mismo que este agente, que cierto gobernador recibia en Madrid 10.000 reales diarios de las casas de juego, y el día que éstas se descuidaban eran perseguidas. Seria candidez creer que este virtuoso señor habia sido el único que obraba de tal modo.

*Globo* y *El Diario Español*: advertir á cierto denunciador pertinaz del juego, que el *Treinta y Cuarenta* y el *Bacarrat* estaban autorizados por el gobierno.

Criminal es tambien la proteccion dispensada á ciertos bandidos y secuestradores por los mismos encargados de perseguirlos y por los caciques más elevados. Un periódico de Ciudad-Real acusó de proteger ladrones á importantes señores de la situacion conservadora. Romero Robledo recogió la alusion hecho una furia y llevó el periódico á los tribunales, donde... fué absuelto. Por entonces se hablaba mucho de un famoso secuestrador que apareció empleado en Aduanas... y así á este tenor me refirió nuestro hombre muchas anécdotas de Andalucía, Murcia, Extremadura y Toledo.

Refirió tambien las hazañas de Melgares y el Bizco, que cuentan con la amistad de muy poderosos señores que los protejen y les permiten venir á Madrid. Un alto funcionario les cobra por esa proteccion 10.000 reales al mes, el ex-agente los ha visto entrar y salir en Gobernacion como Pedro por su casa: es seguro que si se hubiera atrevido á prenderlos se habria quedado cesante; bien lo saben los que los persiguen siempre por el lado opuesto al en que se hallan (1).

—Ya sucedia algo de eso en tiempo de Fernando VII, objetó el viejo.

---

(1) Por fortuna, á la hora de imprimir este libro (su primera edicion) han caído los carlo-conservadores y el actual ministro de la Gobernacion parece que ha emprendido una campaña verdad contra esos distinguidos malhechores: la justicia ante todo y la verdad en su lugar. Por eso hay que añadir ahora al imprimirse esta quinta edicion, que los distinguidos ladrones continúan sin novedad ejerciendo su oficio.

—Eso prueba lo que hemos progresado, pero no hemos parado ahí.

Suele suceder que ciertas mujerzuelas se sitúan en las afueras de las poblaciones, atraen á los viciosos, y cuando el pecado vá á consumarse aparecen dos sujetos que se dicen agentes de policía y enseñan la consabida medalla: se manifiestan muy intransigentes, sobre todo si el deshonesto es persona distinguida ó sacerdote, y por fin se avienen á dejarle en libertad si les dá... *todo lo que lleva encima*. Luego resulta que eran agentes falsos, pero nadie sabe que hayan sido castigados.

Se ha dado el caso de secuestrar algunos guardias los ejemplares de ciertos periódicos liberales denunciados ó no, é inmediatamente dárselos á sus mujeres que los estaban esperando... para venderlos diciendo en voz baja: «Señorito, ¡*El Progreso* denunciado, treinta céntimos!»

La redaccion de *El Motín* está cercada por agentes de los más patibularios, que vigilan la portería y hasta la escalera de la casa. Pues bien, precisamente en esos dias ha sucedido allí lo que no se habia visto nunca; se verificó un robo con el mayor sosiego y lentitud, como si los cacos tuvieran segura la impunidad.

Y es cierto que muchos dicen que la disfrutan, sobre todo los matones, los rateros distinguidos, que alguna vez han prestado altos servicios y todo el que puede hallar un vigilante miope y no insensible á los halagos de la pícara moneda. Se efectúa un robo por Oriente, pues los policías se hallaban en Occidente.

Solamente los maliciosos harán sus acostumbra-

das suposiciones. Ustedes, queridos compañeros, no las harán.

—De ninguna manera, contestamos todos á una riendo.

—Hay que vivir confiados. Pidal ha llamado á los guindillas ángeles custodios de la sociedad. Cierto que se cometen irregularidades, pero no con mala intencion. Un dia mi confesado, que era aún nuevo en el arte, prendió á un ladron. «Si me suelta Vd., le dijo éste, le daré ocho duros; no sea usted tonto, diez y seis me cuesta salir y no quiero dárselos al bribon del alcaide: acceda Vd. y nos ganamos cada uno media onza.» No quiso, pero al dia siguiente vió al caco en el café imperial con un torero y tres aristócratas. Los otros agentes se burlaron de él en sus barbas. Sea Vd. honrado para esto.

Tambien me dijo que todos los ladrones, en sus diferentes especies y categorías, son conocidos, y que la policia y ellos se llaman de tú como buenos amigos, porque siempre es probable que lleguen á ser compañeros... los que ya no lo han sido.

Naturalmente, se prestan mútuos favores. Bien mirado, ladrones y policías se necesitan mútuamente. ¿Para qué los segundos sin los primeros? Y sin éstos ¿qué seria del pobre ladron de oficio? Todos los necesitados, bastantes obreros sin trabajo y muchos señoritos les harian competencia.

—¿Eso dijo el policiaco?

—Eso y mucho más. Se hacen detenciones arbitrarias, como lo prueba un proceso reciente contra el gobernador Villaverde, por una detencion de que no tenia siquiera conocimiento. Las hazañas de

Antoñete, el policía temeron que abofeteó al tendero de la calle de la Puebla: y siempre sale impune, burlando á todos los tribunales, gracias á elevadas protecciones, el famoso Elola, espadista y estafador, puesto al servicio de un ministro conservador para fingir conspiraciones y cazar incautos, investido de ámplios poderes para encarcelar ó deportar á quien se le antoje, como lo ha hecho con mil desgraciados, por ódio personal ó por robarlos: estos y otros ejemplos demuestran la idea que aquí se tiene de la autoridad.

Acabado el capítulo del robo con órden, empezó á descubrirme los infames atentados contra el pudor á que dá lugar lo que se llama, sin duda por sarcasmo, la *seccion de higiene*.

—Esto debe ser curioso, señores, insinuó el presbítero más rollizo de los presentes.

—Es inícuo en alto grado, dijo el narrador; la cosa llegó segun he oido, hasta el extremo de no haber mujer segura. Hace tiempo, una señora se vió perseguida por un inspector hasta en su casa, calle de Toledo; el funcionario la amenazó con prenderla como prostituta si no accedia á sus deseos; ella gritó, acudieron los guardias y en vez de auxiliarla la condujeron á la prevencion, donde pasó la noche entre borrachos y mujeres perdidas.

He podido sospechar que muchas jóvenes que han ido á las prevenciones han escuchado proposiciones atrevidas. «Yo le daría á Vd. cinco duros...» «Yo haría que todo se arreglase, si Vd. fuera amable...» «Una mujer guapa todo lo obtiene», etcétera, etc., es lo mejor que pueden decirla; allí no sirve quejarse ni gritar: se han dado casos de agradar-

le á un policía una jóven del pueblo ó de la clase media; pues con prenderla y delatarla como trasgresora de la moral en la vía pública, asunto concluido. En la prevencion le dicen que debe tomar la *cartilla* de mujer pública ó someterse á... bajar al sótano... muchas han bajado por fuerza. Luego, la vergüenza ó el miedo las obligan á callar. ¿Quién había de atenderlas? (1)

Aquí nos agitamos todos y hubo algun murmullo de indignacion.

—No es esto todo. Hace dos años, unas señoras amigas fueron á cierta casa donde las esperaban dos caballeros, tambien amigos; esto ocurre todos los días: cuando salian, cumplido el objeto que allí las llevara, dos agentes y un subinspector las hicieron entrar de nuevo y las amenazaron con prenderlas y dar cuenta á sus familias ó extenderlas la *cartilla*: no tuvieron otro remedio que sucumbir á la brutalidad de aquellos miserables.

Toda una ciudad estuvo conmovida, poco hace, por un hecho abominable.

Un gobernador habia pretendido en vano á cierta señora; ésta pasó una temporada en la capital de la provincia; aquél lo supo y dió sus órdenes: todo se redujo que un policía pidiese á la señora sus documentos en la vía pública; no los tenia y fué conducida con engaños al Gobierno civil; allí se encontró con su antiguo perseguidor.—¿Por qué trae usted esta señora? dijo éste al guardia.—Por desacato á la moral.—Ya lo vé Vd., ó acceder á mi pasion

---

(1) En las colecciones de *El Liberal*, *La Iberia*, *El Progreso*, y otros periódicos, hay consignados muchos sucesos de esta índole que no han sido denunciados, ni desmentidos.

ó la deshonra... Resistió y fué encerrada en un sótano. Lo peor es que se habia enterado ó concebido sospechas un amigo de la la señora y del ministro y lo enteró de todo: la respuesta fué: «dile á ese ca...nalla que lo he puesto ahí para que robe, no para cometer desmanes: ó suelta á esa mujer ó lo aplasto.»

—Moral conservadora pura, decia uno; resabios del absolutismo, ¡qué infamia! exclamaba otro: ¿y eso pasa en este siglo?... Aquello fué un tumulto.

—No interrumpir, queridos, que aún falta algo bueno. Los periódicos han referido el atentado cometido con una pobre criada por dos guardias civiles que la sacaron de su casa en nombre del gobernador y la violaron en las afueras de Madrid; verdad que esto es ménos grave que esos misteriosos fusilamientos hechos en los caminos al grito de ¡que se escapa! y de los cuales se dá cuenta en una cuartilla de papel; pero en fin, no deja de ser un gran delito; ¿será muy frecuente? vaya Vd. á saberlo. Ahora viene lo más espantoso é inaudito. Señores, no hay que hacer aspavientos ni gritar. Me ha dicho y probado el agente, que en pleno siglo XIX en Madrid como en provincias, y con gran frecuencia, se dá el tormento para inquirir los autores de los delitos y el paradero de las cosas robadas.

—Imposible, se han burlado de tí, gritamos todos á la vez, era lo último que podíamos oír.

—Para lo último lo he dejado. Se lee en *El Tribuno*, de Sevilla, que le fué robado su reloj á un teniente de la Guardia civil; se prendió á un individuo por sospechas y pronto se oyeron los alaridos del que sufría un tormento horrible en el reten... des-

pues resultó ser inocente; tres meses de cama para la víctima y la impunidad para los atormentadores.

*El Liberal* refería que en Valencia fué sacado de su casa un pobre hombre y apaleado horriblemente: los gritos de ¡por Dios, no me mateis! ¡os lo pido por mis cinco hijos! se oían á gran distancia. La mujer del atormentado llegó y lo vió atado, medio muerto, un garrote quebrado á sus piés, y un inspector que reía á carcajadas. Lloró y se arrastró la infeliz á los piés de aquel miserable; amenazó con recurrir al gobernador; las risas fueron la única respuesta. El paciente fué llevado junto al mar para atormentarlo por la noche, la mujer lo siguió, dió voces, removi6 á todo el mundo y por fin vió á su marido libre. ¿De qué se le acusaba? Era solamente que el inspector sospechaba que su víctima *podría* darle indicios de un reloj que le habian robado á su cuñado.

Un murmullo de estupor se dejó oír en la sala: todos nuestros semblantes reflejaban el asombro mezclado con la ira. El jóven sacerdote prosiguió:

—Ustedes habrán oído que parecen los relojes robados cuando quiere la policía; pues este milagro se verifica á veces por el tormento. Asimismo se ha apaleado sin piedad en las prevenciones á los detenidos que han contestado mal á algunos guardias ó no se han doblegado á sus burlas ó caprichos; lo mismo han sufrido algunos presos políticos por ódio personal de los gobernantes, y mi penitente me ha dicho que dos guardias se vanagloriaban de haber apaleado á un sacerdote injustamente detenido en la cueva de la prevencion, todo por haberles llamado borrachos.

El *Globo* insertó la relación del tormento de la Gorriona, que fué presa por sospechas de que sabía el paradero de unas alhajas. Todos los días la visitaba un delegado y le daba una trémenda paliza. Los aullidos de la víctima llegaron á sublevar á todas las presas de la Cárcel-Modelo. El diario castelarista decía irónicamente «que sería mejor restablecer legalmente el tormento, con lo cual se librarian por lo ménos los menores de 14 años y las mujeres en cinta...» que ahora no se libran.

El ratero *Pivipitipi* fué preso de orden superior sin auto del juez, estando tranquilamente en una taberna. El asunto dió lugar á un juicio oral y público, en el que se vió contradecirse á los guardias y al inspector; se probó que en las prevenciones se apaleaba y se infligian martirios crueles, por lo que el presunto reo no quiso ir á estos lugares. También se supo que el inspector había dicho: *Si sale absuelto del tribunal, le castigaremos gubernativamente;* y en efecto, acabado el juicio, le echó mano.

El defensor se opuso, y fué necesario que al salir del juzgado fuera acompañado el reo por su defensor, y reconocido por un médico; todo esto creyó oportuno el juez para ampararle contra la ira gubernativa.

—Pero, Dios mio, decía el clérigo rechoncho y colorado, ¿estamos en España ó en Rusia; vivimos en este siglo ó en el xiv?

—Alguno de Vds., continuó el confesor, habrá oído algo sobre el proceso del robo en casa de Romero Robledo. El guardia no ha podido decirme si fué tal robo ó una de esas martingalas políticas muy en uso entre conservadores: por ejemplo, ha-

cer creer que un personaje liberal ó todo un partido atentaba contra la vida del ministro; que todo esto se dijo, y no es imposible: lo que se vió en juicio oral y refiere *El Resúmen*, es que á los acusados se les metió en un saco y se les vapuleó; estuvieron cuatro dias sin comer, luego se les dió bacalao y fueron privados de agua; tenían que lamer los hierros de la prision para calmar su sed; llegaron á beber orines... sus cuerpos estaban llenos de cardenales, y uno decia al fiscal: «Vd es testigo, usted me dió agua para que pudiese declarar...» Cuando los creían exánimes, les presentaban una declaracion amañada para que firmasen; ellos se negaban y el tormento se repetia.

Acabado el juicio, dijeron: «suplicamos que no se nos castigue tambien por haber declarado estos horrores.» Pueden Vds. ir tranquilos, dijo el juez.

El escándalo en la prensa ha sido mayúsculo, pero el director de la cárcel continúa en su puesto; el ministro no se defendió, los acusados fueron absueltos.

Un silencio profundo, muestra del estupor, siguió á las revelaciones del confesor. Cada cual hacia para sí los comentarios. Por fin uno preguntó:

—¿No hay más horrores?

—Sí; dijo el jóven cura, y arrimados todos á él, dijo en voz baja... lo que yo no puedo publicar, al ménos por ahora, que más adelante ya se andará todo.

Ahora bien, añadió: ¿qué diferencia hay entre estas infames crueldades y los tormentos antiguos?

Aquellos al fin se administraban quizá por un fatal error de la época, pero los modernos perversos

que viven en medio de la ilustracion y tienen esclavos que explotan y atormentan como en el ingenio España, no tienen excusa...»

Yo no olvidaré jamás estos dos relatos, y cuando hablo de ellos, me dan ganas de gritar en todos los tonos: liberales cándidos, cantad las alabanzas del progreso en España.





## TERCERA PARTE

### EL MUNDO ECLESIAÍSTICO

#### EL SACRISTAN

Habia despachado á casi todos los devotos, un sábado por la tarde, cuando se llegó un jóven como de veinte años, delgado, y con aspecto de gente de Iglesia.

—Mis pecados son muchos y muy graves, dijo tímidamente; quizá no podrá Vd. absolverme.

—Tengo facultades extraordinarias, dije mintiendo por darle confianza.

—Me alegro mucho; ahora le ruego que sea indulgente conmigo.

Y me dijo que era sacristan y soltero; hacia tres años que no se confesaba, pues las confesiones he-

chas por cumplir en apariencia, habían sido simuladas para salir del paso. Refirió que cuando aún no sabía lo poco que se enseña en las escuelas, sus padres le habían hecho ser monaguillo en un convento de monjas, de allí había pasado á una parroquia porque ganaba más, y luego á otra y otra, hasta que fué ya crecido, y le despidieron porque no servía para el caso.

En todo el tiempo que fué acólito, ni oyó misa, ni rezó; se desmoralizó, adquirió el vicio de fumar, se echó una novia de entre las muchachas que iban á la iglesia, robó cepillos y cera, y se acostumbró á no trabajar y llevar siempre dinero en el bolsillo.

Lejos de aprender cosa buena en las sacristías, había servido de tercero entre curas y beatas, llevando cartas y recaditos, y enterándose de muchas maldades. Sabía cómo se valían los curas para engañar á los fieles y escamotear misas al rector, que les robaba á su vez. Los vió pegarse por las devotas y por los intereses, hablar mal y emborracharse. Los sacristanes no le habían dado mejor ejemplo; unos y otros le habían defraudado en sus emolumentos, le habían pegado muchas veces y explotado indignamente, pero él ya no podía pasar sin ellos.

Cuando se vió sin oficio intentó ser ayuda de sacristan. Despues de mucho pretender consiguió una plaza insignificante en un oratorio, y de allí pasó á la parroquia en que actualmente servía como sacristan segundo.

—En todo eso veo muchos pecados, pero nada de extraordinario, le dije; desgraciadamente es lo que pasa en la iglesia todos los días.

—Ahora vá lo gordo, padre mio, contestó volviendo á un lado y á otro la cabeza por si alguien nos escuchaba.

La Iglesia estaba desierta y esto debió animarle.

—En la parroquia donde estoy, dijo en voz muy baja, entré ganando bastante en intereses y categoría. Mi jefe, el sacristan primero, es hombre educado, poco más ó ménos como yo: á primera vista parece un buen sugeto; se ha portado bien conmigo, es callado como un muerto y enemigo de la delacion y las adulaciones; pero aparte de esto, es irreligioso, lleno de ódio al clero y desprecio á la religion, lee todos los libros y periódicos impíos, y no per lona medio de deshorrar á la Iglesia y hacerla daño.

—Pero todos estos son pecados de otro, y yo debo saber los de Vd., hijo mio.

—Un poco de paciencia, pues sin esto no entenderia Vd. lo que voy á decirle. Al poco tiempo, fué muy amigo mio, y fácilmente pudo meter sus ideas en mi cabeza, porque es más instruido que lo acostumbra á ser los de nuestro oficio; me enseñó muchas cosas que no sabia yo, me dió muchos libros, y á los seis meses era yo un incrédulo como él.

Cuando ya éramos todos unos, me presentó á dos amigos suyos de las mismas ideas, y á una buena moza, que es su querida. Pronto hallé otra de entre las que iban á la Iglesia, y así íbamos pasando la vida alegremente.

Ya adivinará Vd. que se robaba cera, aceite, dinero y misas. Las beatas no debian entregarnos las misas, porque si no indican hora y sacerdote, nos guardamos el dinero, y allí acabó todo; y á veces, aunque nos hagan esas indicaciones, tambien roba-

mos, bien procurando indirectamente que á la hora indicada vaya una misa al altar señalado, donde la pobre devota cree que se aplica por su intencion, bien aprovechando la casualidad de que otro fiel encarga allí otra, y valiéndonos de mil ardides que hemos aprendido de algunos sacerdotes malos.

—Y buenos, pensé yo mientras escuchaba.

—En llegando Semana Santa, es nuestro agosto. Mas de ochocientas velas de todos calibres traen los feligreses para que ardan en el monumento, en el cual apenas caben cien candeleros. Debiéramos estar remudando la cera cada hora, si todas esas candelas habian de ir luciendo para que el cabo sirviese contra las tormentas; pero nosotros dejamos sin empezar unas seiscientas velas, á las cuales cortamos, en la noche del Jueves Santo, la parte que debiera haberse consumido ante el Sacramento, y la vendemos, sacando muy buenos cuartos.

Mi jefe dice que estando mal pagados, esto no es robar, sino compensarse; y la verdad es que nos pagan muy mal, y el trabajo es grande. ¿Cómo no se les ocurre que apenas podríamos comer con lo que nos dan?

—Repito que, aunque grave, no ofrece todo esto nada notable,

—Oiga V. ahora los crímenes que mi jefe comete y me ha hecho cometer. Cierta dia se cayó al suelo una hostia consagrada al tiempo de dar la comunión; yo, siguiendo la costumbre establecida, avisé y fué necesario colocar encima una campanilla hasta que acabó la misa y se procedió á recoger la forma, lavar el suelo y otras operaciones molestas

en demasía. Mi primero, cuando estuvimos solos, me dijo:

—Eso no lo hacen más que los sacristanes fanáticos, los demás sabemos otros procedimientos más cómodos: tenga Vd. cuidado mañana;—y en efecto, ayudó á misa al párroco, y al dar la comunión tropezó con él intencionadamente y cayó al suelo una hostia. Nadie lo reparó más que yo, que estaba observando, y ví con gran asombro que mi primero puso el pié sobre la forma y empezó á moverlo triturándola hasta que la hizo harina y la confundió con el polvo del suelo; de ese modo, es claro que se ahorran muchos procedimientos y ceremonias, pero yo, á pesar de todo, quedé asustado. Cuando se cerró la iglesia, le manifesté lo que sentía, y él me dijo:—«¡Vaya un racionalista! Eso no vale nada, ya se irá Vd. acostumbrando»,—y para empezar, me llevó al sagrario, lo abrió, sacó el copón y se comió casi todas las hostias, dándome algunas y diciendo:—«¡No tenga Vd. cuidado alguno; todas esas historias que cuentan que el sacramento ha hecho milagros terribles con sus profanadores, son patrañas, y si no, ahí lo tiene Vd. ¿A que no hace un milagro?»—y en efecto, padre mío, nada sucedió. El sacristan cogió hostias sin consagrar y las mezcló con las que quedaban.—«¿Quién sabe ahora cuál es Dios y cuál es pai?»—decía riéndose.

—A mí también me rebotaba la risa: nunca había oído cosa semejante, pero me hice el sério, limitándome á decir: Continúe Vd.

—Desde entonces comenzó una série de profanaciones horribles.

Cuando trajeron el aceite nuevo para la Santa Uncion,—vamos, dijo, á estrenarlo,—y enseguida hicimos con él dos torrijas; luego cogimos un perro que yo tenia, le hicimos echarse y, vestido mi jefe con las ropas destinadas al efecto, fué al sagrario, sacó el copon, dió el Viático al perro y luego la Uncion...

En esto llamaron á la puerta de un modo especial; eran nuestros amigos.

Abrí á los otros incrédulos, y cuando supieron de lo que se trataba, empezaron los horrores: primero recibieron la comunión, y cogiendo algunas hostias, las hicieron servir de obleas para unas cartas que llevaban en el bolsillo, y echaron luego en el correo. Despues cogieron al gato y le dieron la comunión, mezclada con restos de las torrijas hechas con la Uncion. «Ahora le toca á Vd.», me dijeron á mí, y uno de ellos me presentó una hostia para que la pisara, y un puñado de ellas para comerlas, como así lo hice, no sin algun miedo: las restantes fueron arrojadas á un lugar inmundó, y los dos copones que habia en el Sagrario los llenamos de hostias sin consagrar.

Uno de los amigos habia puesto su sombrero de copa á un San Roque, en medio de la rechifla de todos; y el otro se revistió, y con toda gravedad dijo misa en el altar mayor, haciendo mil muecas obscenas.

—No se pueden cometer más sacrilegios.

—Pues todavía hay más. Sepa Vd. que el agua bendita la usamos para la limpieza, y llenamos las pilas con agua sin bendecir; que los corporales y purificadores nos sirven para ciertos usos, y que las

entrevistas amorosas con nuestras amigas se verifican en lugares sagrados, como el camarín de la Virgen. Mezclamos agua con el vino de las misas en una proporción, lo bastante considerable para que el sacramento sea aulo.

—Necesario es que su jefe de Vd. sea muy impío.

—Es más de lo que nadie puede figurarse, pues ¿y las ideas que defiende? Es partidario de la revolución social, de la libertad absoluta de cultos y de imprenta. Dice que si fuera gobierno permitiría á todo el mundo vestir como quisiera, y adoptaría los trajes siguientes para los servidores del Estado ó del Ayuntamiento.

Vestido para las funciones de barrendero: alba, estola, manípulo, casulla y bonete; el efecto de una cuadrilla de gallegos barriendo la calle con esa guisa no podría ser más delicioso, según él dice.

Mangueros de la villa y los que limpian columnas urinarias, etc., etc.: traje de calle usado por los obispos.

Guardias de órden público: alba, estola, capa pluvial, mitra y báculo.

Serenos: ropaje de cardenal, esto es, sotana encarnada, roquete, muceta y sombrero redondo, pectoral, chuzo y farol.

En tiempo de Carnaval dice que permitiría por las calles parodias de los oficios divinos, y en los teatros dejaría representar obras en las que aparecieran ridiculizados como los dioses del Olimpo en las zarzuelas bufas, Cristo, la Virgen, San José, el Padre Eterno, los Apóstoles y todos los personajes bíblicos, que aparecerían enamorados de las santas é impulsados por las mismas pasiones que los hom-

bres. También dice que eximiría de impuestos á las casas de prostitucion que vistiesen á sus mujeres de monjas y las dejaran pasear la calle y decir á los hombres: «Adios hermoso», todo lo cual, habiendo libertad de cultos, le parece perfectamente legal, porque el Gobierno y el Municipio pueden vestir á sus dependientes como gusten, sin cuidarse de cómo visten á los suyos las religiones, ya que el Estado no reconoce ninguna.

—Todo eso es satánico.

—También sostiene que los católicos desean quemar á todo el mundo, y son partidarios del tormento y el patíbulo para los delitos religiosos, y que por lo tanto deben ser tratados excepcionalmente; así, por ejemplo, si un católico delinque, debe ser juzgado, no por el derecho moderno, sino por el de la Edad-Media, que es el que desea para sus semejantes, y debe ser atormentado. Los cementerios quiere que sean láicos y propiedad exclusiva del Estado; por lo tanto, los católicos deben ser enterados en lugares inmundos; porque segun dice así enterrarían ellos á los liberales. Defender la religion ó atacar la libertad y el progreso, lo castigaria él como ahora se castiga el libre-pensamiento y los ataques á la religion. En fin, él quiere devolver á los católicos todos los horrores y amarguras que ellos han causado, segun él cree, á los herejes y los liberales, y aún se tiene por muy humano porque no establecería una inquisicion para averiguar quién creía en Jesucristo, y quemarlo ó cazarlo como una fiera.

—Pero, ¿quién; ó qué cosa ha podido lanzar á ese jóven por tan mal camino?

—¡Ay, padre! él dice que la misma Iglesia, y yo creo que tiene razon. Repréndame Vd. si quiere, pero aquí debo decir la verdad; porque él es honrado, amigo de la justicia y tolerante. Parece que su primer amor lo contrarió su familia en nombre de la religion. Un eclesiástico aprobó ese plan y... pretendió á la jóven; otro la fanatizó y la hizo madre... carmelita; todas las vejaciones que ha sufrido se las han impuesto en nombre de la religion y la autoridad; luego bien sabe Vd. lo que nosotros vemos en la Iglesia.

—Muy bien, pero ¿qué causa le ha hecho á usted venir aquí?

—Anteayer, dia de ayuno, celebramos uno de nuestros frecuentes banquetes, mezclando carne y pescado; hubo brándis y blasfemias y yo mismo dije: «si Dios hubiera prohibido esto, ahora haria un milagro y moriríamos de una indigestion.» Mas al llegar la noche, tuve un cólico horrible, creí llegada mi última hora, todas mis antiguas creencias me atormentaban y un miedo espantoso á la eternidad me sobrecogió; en aquella angustia, hice voto de confesarme y mudar de vida, si salia de aquel trance. Dios hizo sin duda que así fuese y aquí me tiene Vd., aunque ayer estuve fluctuando todavía. Haga Vd. de mí lo que quiera, mándeme lo que le plazca, pues estoy arrepentido y dispuesto á todo.

Esta confesion, que entonces me causó extrañeza, me ha sido hecha despues en varias ocasiones con diferentes circunstancias y especies de sacrilegios tan inconcebibles que no me atrevo á estamparlos. Está visto, ni el mismo Dios es grande para sus ayudas de cámara. ¡Que esto hagan los que vi-

ven en el Templo, más cercanos que nadie al manantial de la moralidad! ¡Menguados ejemplos y enseñanzas las que reciben, cuando así obran! ¡Pobres creyentes que en su candidez ni soñar pueden las burlas y estafas de que son víctimas!

Mientras absolvía al rapavelas, pensaba tristemente: en este pueblo basta un dolor de tripas para que un incrédulo se convierta en católico ferviente y delate á su mejor amigo. ¡Ah! sacristan primero, si tu subordinado hubiera tropezado con otro confesor, á pesar de tu honradez y amor á la justicia y de no haber hecho daño á nadie, estarias ahora en presidio.





## LOS FALSOS SACERDOTES

---

Érase un clérigo joven, bien vestido; su aspecto era el de esos creyentes cada día más raros que observan puntualmente los cánones, un buen sacerdote en una palabra; parecía además persona bien educada, lo cual también es muy raro.

—Desearia que me oyese Vd. en confesion, y bajo el sigilo sacramental se hiciese cargo de una consulta que he de hacer, si no le molesto, dijo.

—Tendré en ello sumo gusto.

Dijo el *confiteor* y el *jube domne benedicere* y empezó su confesion, que era sencillísima; le amonestó con cariño, y

—Veamos su consulta, le dije, en tono que pudiera animarle.

—Es una duda horrenda que me persigue y atormenta, no dejándome tranquilo un momento.

Soy creyente, y aunque sea inmodestia, estudioso. Gusto de profundizar todas las cuestiones y de aquí data la duda que me tortura. Yo no estoy se-

guro y tengo muchos motivos para sospechar si seré ó no sacerdote.

—¿Pero en qué se funda Vd.?

—En que es muy probable que el que me ordenó no fuese tal obispo.

—¿Y por qué no habia de serlo?

—Porque tampoco lo fuese quien le ordenó á él ó procediese sin hacer la debida intencion.

—¡Diablo! pensé, por este camino podríamos ir muy lejos; no habia yo caido en ello; procedamos con calma.

Tendrá Vd., le dije, sus razones en qué apoyarse, porque con sólo esas yo tambien pudiera dudar.

—Y con sobrado motivo, sí, señor; porque la cosa es clara, si se fija uno en ella con ánimo sereno. Yo dudo lo mismo de mí que de los demás sacerdotes, mis compañeros. Á cada paso espero confesarme en falso: cuando adoro al Sacramento consagrado por otro; cuando veo confesar, ordenar y confirmar, no puedo ménos de preguntarme: ¿si será todo esto nulo?

—Pero seria una atrocidad.

—Mas no un imposible. Permítame Vd. ofenderle insistiendo sobre afirmaciones dogmáticas que sabrá mejor que yo, pero que creo necesario recordar ahora.

Bien sabe Vd. que es dogma incontrovertible en la Iglesia católica *que el sugeto no bautizado es incapaz de todos los demás sacramentos.* Como consecuencia de esto, un hombre que se fingiese bautizado, ó á quien hubiesen administrado este sacramento de modo que fuese nulo, si recibia despues

la confirmacion, la absolucion, el órden ó el matrimonio, no seria confirmado ni absuelto, ni eclesiástico ni casado, y todos cuantos actos potestativos de estos sacramentos ejerciera serian nulos.

—Pero...

—Permítame Vd. un momento. Quiero recordarle de qué manera tan fácil se hace un sacramento nulo, áun teniendo facultades reales y efectivas el que lo administra. Bautice Vd., sin formar intencion de hacer lo que hace la Iglesia, porque sea Vd. un infame descreído, enemigo oculto de la religion, que quiera cometer ese horrible sacrilegio; ó bien no pronuncie Vd. bien la forma ó emplee agua de Colonia en vez de agua natural, todo ello porque sea Vd. un ignorante; y por buena intencion que le anime, el bautismo es nulo: nadie reclamará, porque es imposible hasta la sospecha, y aquella pobre criatura no recibirá en toda su vida ningun sacramento, por mucha que sea su fé y santidad de conducta. ¿Es esto cierto?

—Ciertísimo, dogmático, evidente, repliqué viendo ya claro en aquel tenebroso asunto.

—Prosigo. Todos los sacramentos, el órden sagrado inclusive, si el que los administra no está bautizado, quedan anulados, sin que valga la intencion ni la observancia de todos los ritos. Pues no digo nada si el ministro es un perverso, y de propósito quiere hacer administracion irrisoria y sacramento nulo; entonces, como le falta la intencion, es en vano que esté bautizado, use buena materia, pronuncie bien la fórmula, y observe en apariencia los ritos.

—Muy bien, ¿pero habia de darse el caso de semejante perversidad?

—Se ha dado ese caso, como lo demuestra la historia.

Recuerde Vd. que antes, en cuanto decian los que llevaban un niño á ser bautizado: «señor cura, ya tiene el agua de socorro», el párroco se abstenia de echarle agua, porque el bautismo no puede repetirse, y se limitaba á ungirlo y recitar las oraciones, que es lo que se llama entre nosotros *completar el rito*. Empero desde hace algunos años se ha mandado que los curas no procedan ya de este modo, sino que echen agua empleando la fórmula condicional: «*si no estás bautizado yo te bautizo, etc.*»

¿Por qué esta disposicion? Porque han llegado á noticia de la Iglesia varios casos como el siguiente:

Un jóven sacerdote muy virtuoso y sábio, habia sido elegido obispo á principios de este siglo, antes de los cuarenta años. El dia de su consagracion, cuando los tres obispos consagrantes y el nuevo mitrado entraban, despues del acto solemne, en la sacristía para despojarse de las vestiduras sagradas, una anciana del pueblo se arrojó al nuevo obispo, lo abrazó llorando y lo colmó de caricias como una madre.

—¿Conoce Vd. á esa buena mujer? dijeron los otros prelados.

—Ya lo creo, es antigua amiga de mi familia, y casi una madre; me ha dado el pecho y fué la que me abrió las puertas del cristianismo, pues habiendo nacido con pocas esperanzas de vida, ella me bautizó, no bien salí al mundo.

—Sí, señores, sí, decía la vieja: del modo que yo le bauticé no había más sino que Dios tenía que hacerle un grande hombre.

—Pues ¿de qué otro modo se puede bautizar que como todos bautizan? dijeron los obispos.

—Eso á otra ménos instruida. Yo hice lo que me enseñaron mis padres para que los niños sean luego unos santos: cogí el agua y la eché sobre la cabeza del niño diciendo: «*San Antonio te bendiga.*»

—¿Y nada más? dijeron todos alarmados.

—Nada más.

La confusion fué espantosa, el nuevo obispo cayó desmayado, los otros tres mandaron cerrar las puertas, exigieron á los pocos testigos de esta escena juramento solemne de callar, se telegrafió á Roma y cuatro dias despues, los mismos prelados que habían presenciado aquella revelacion procedieron á bautizar, confirmar, ordenar de menores y de mayores, y por último á consagrar obispo al pobre pseudo cristiano.

Todos sus actos de sacerdote, por espacio de catorce años, habían sido nulos, y si no se descubre todo aquello, él se hubiera creído obispo, hubiera creado infinitos presbíteros falsos, alguno de los cuales hubiera sido obispo á su vez, hubiera consagrado otros obispos tambien falsos, los cuales hubieran continuado ejerciendo, y así de unos en otros...

—Pero ya vé Vd. cómo todo se descubrió.

—¿Y no sabe Vd. que lo general en este mundo es que cada hecho descubierto supone lo ménos cincuenta de la misma índole ocultos para siempre en el misterio? Ya ha oído Vd. lo que decía la vieja:

«mis padres me lo enseñaron»; es seguro que ellos y su hija bautizaron así á muchos; y antes ó despues ¡cuántos habrán hecho lo mismo! Pero no es eso soló; falta considerar la malicia humana, que no es menor.

En los primeros siglos del cristianismo ya hubo falsarios que se fingieron mártires, presbíteros ú obispos: algunos fueron descubiertos despues de su muerte, otros en vida, y por eso fué necesario valerse de las letras ó *libelos* de los papas y obispos, segun reza la disciplina de la Iglesia. Estos documentos fueron falsificados merced á la escasez de medios con que se contaba entonces para impedirlo, y es seguro que muchos bribones vivieron y murieron ejerciendo el episcopado sin ser ni aún cristianos.

Vino luego el julaismo, perseguido aquí por los godos, cuyos reyes, como Sisebuto, obligaron directa ó indirectamente á muchos israelitas á bautizarse. Es sabido que entre ellos hubo muchos que burlaron el celo de la Iglesia y se ordenaron ¿para qué? ¡Ay, compañero! para hacer mofa de sus misterios, para consagrar hostias que llevaban á ser profanadas en sus ocultos conciliábulos; para bautizar y adminisrtrar los sacramentos sin hacer intencion. Muchos de estos infames ó desgraciados, víctimas del excesivo celo de los godos, luego llegaron á ser prelados. Torquemada persiguió cruelmente á los obispos de Segovia y Calahorra como Judaizantes. El Papa los hizo nuncios apostólicos de Nápoles y Venecia respectivamente, pero el inquisidor probó que ejercian en falso para escarnio de la religion y murieron en un calabozo.

El falso Saavedra se hizo pasar por comisario apostólico en Portugal, ejerció de obispo y fué descubierta, pero lo que hizo, hecho se quedó. Después de él muchos bribones vinieron á España con documentos falsos y ejercieron de nuncios y legados; pontificaron, hicieron órdenes, ¡cuántos murieron sin despertar la menor sospecha!

No fué de estos el célebre Francisco Camacho, soldado del regimiento de Triana, el cual, recogiendo botín después de la batalla de Brihuega, 1702, encontró las ropas, alhajas y documentos de un obispo griego, legado pontificio para los reinos de España. Dos frailes dominicos huyeron con él á la frontera francesa, donde lo instruyeron en todo lo conveniente y dieron entre los tres comienzo á la farsa más sacrílega. Empezaron por Pamplona, donde el soldado ordenó y confirmó, é hizo su oficio de legado, imponiendo multas, revisando archivos, iglesias y conventos. De allí, con muy buen dinero, pasaron á Zaragoza. Vd. sabrá que es tradición que ningún sacerdote puede celebrar misa en el altar del Pilar sin exponerse á morir allí mismo ó á quedarse ciego; pues el falso obispo celebró allí de pontifical y no le sucedió nada. De Zaragoza á Madrid, donde se hospedó con el Nuncio; de Madrid á Toledo, Cuenca, Valencia y Sevilla, donde fué abandonado, robado y delatado por los dos frailes. Si tal no sucede, el obispo de pega hubiera muerto en olor de santidad.

¡Más de 500 sacerdotes ordenó aquel miserable!!

—Verdaderamente es asombroso, y si bien se mira, no sé cómo no se repite con más frecuencia, dada la incuria de las cancillerías eclesiásticas.

—Lo mismo pienso yo; pero oiga Vd. todavía. Antelmo Collet, bandido francés del pasado siglo, adoptó por mucho tiempo el disfraz de obispo, confirmó, bendijo iglesias y... ordenó repetidas veces antes de ser encarcelado.

Como este hubo, y hay todavía, muchos en todos los países católicos. Yo he conocido á un pobre sacristan que, viéndose despedido de la Iglesia en que servía, y no teniendo recursos, se ausentó de Madrid, y con ayuda de los papeles de un exclaustrado recién fallecido, pudo pasar por sacerdote durante la friolera de quince años en Cataluña, diciendo misa, confesando y predicando. La muerte le sorprendió cuando se preparaba á predicar una mision en cierto pueblo. Allí está enterrado con casulla y estola.

En Francia es casi diaria la presencia de falsos obispos y presbíteros, y aquí mismo, Vd. recordará á cierto obispo americano, muy buen mozo, que hará unos tres años recorría la capital pontificando y pidiendo dinero para unas misiones.

—Ya lo creo; yo mismo le he servido de diácono en cierta funcion.

—Pues sirvió Vd. á un falsario. Pocos dias despues de su marcha, la policia recibió orden de buscarle; era un presidiario escapado; un gran falsificador.

—¡Diablo! ¡diablo! dije, sin poderme contener.

—¿Vió Vd. á un obispo Maronita, que poco despues recorrió todas las iglesias diciendo misa y pidiendo para los pobres del Monte Libano? Pues tambien resultó ser otro farsante...

—Pero, querido, esto es horrible; ¿de dónde sale tanto bribon?

—¡Si no fueran más que estos! Pero ¿y los que son realmente sacerdotes y ejercen en falso? Hay una turba de clérigos racionalistas semi-ateos que se ríen de lo que hacen en la iglesia; he sabido de muchos curas que almuerzan antes de celebrar, y de otros que al consagrar, en vez de las palabras sacramentales, decían: *Pan y vino eres, pan y vino continuarás.*

—Se me hace difícil creer tanta maldad.

—A mí no. Hará cosa de unos diez años murió el párroco de un pueblo de Extremadura; declaró en su testamento que en los quince años que había pasado en dicho pueblo, bautizos, confesiones, misas, unciones, todo lo había hecho premeditadamente sin formar intención para que no fuese válido; el obispo no mandó rehacer los sacramentos; luego todos los bautizados por aquel hombre que se ordenen, casen, etc., etc., lo harán en falso. Me consta que hay obispos incrédulos, masones, epicúreos que no atienden más que al regalo; Vd. conocerá á algunos; ¿quién se fía de lo que ellos hagan?

—¿Pero habían de llegar á ese extremo?

—Obispos eran Lomenie de Brienne, arzobispo de Tolosa, ministro de Luis XVI, y Telleyrand, obispo de Autun, ambos incrédulos. Conocida es la frase del último, pronunciada cuando se revestía para pontificar en el Campo de Marte: «no me mireis durante la ceremonia, porque me hareis reír.» Ambos ordenaron á muchos sacerdotes incrédulos y consagraron á aquellos obispos republicanos que tanto dieron que hacer, y aunque después cantaron la palinodia... sus conciencias continuaron ateas. ¡¡Qué cosas pudieron verificar!!

He comunicado mis dudas á varios amigos sacer-

dotes, pero unos, harto superficiales, no me han comprendido, otros me han creído tocado de la cabeza, y alguno me ha dicho despues de oirme atento: «Y bien, ya veo que es muy probable que nuestra misa nada valga, ¡pero qué diablo! nada podemos hacer en esto, y sobre todo ¡con tal que nos la paguen!»

—La verdad es, dije conteniendo la risa, que no tiene remedio y... ¿quién sabe? creo que seremos verdaderos presbíteros.

—Mucho lo dudo, y vea Vd. ahora el testimonio de los números. No quiero tomar la cosa de muy lejos, sino del tiempo de los obispos de Segovia y Calahorra. Yo calculo en números redondos, y llevo hasta reconocer como datos contrarios á mi idea todos los resíduos y todo lo que puede ser dudoso: así y todo obtengo cifras aterradoras.

Un obispo suele ejercer por término medio veinte años su ministerio; yo quiero que sean quince y que ordene en cada año cien presbíteros, cifra muy corta en aquellos tiempos en que se hacían órdenes en cada diócesis cuatro veces al año y concurrían numerosos ordenados.

Es muy probable que un obispo consagrarse en tonces, por lo ménos, otros dos en sus quince años de pontificado; resulta, pues, que un solo falsario ú obispo impío, debió ordenar lo menos 1.500 presbíteros y dos obispos, todos hueros. De los 1.500 sacerdotes deben salir lo ménos 7 obispos, calculando á 1 por cada 200; total nueve obispos falsos que, sin saberlo ellos mismos, pudieron producir, 15 años despues, 13.500 clérigos y 63 obispos; estos 63 habrían producido á los 15 años de ministerio, 94.000

clérigos y 567 obispos. No son tantos los de una y otra clase que pueda haber en España, por lo que podemos rebajar la mitad en los primeros y las 9 décimas partes de los segundos, y resultarían 47.000 curas y 50 obispos en un solo siglo; han pasado desde entonces más de 300 años, luego debieran haber sido ordenados hasta hoy 141.000 clérigos y 150 obispos, todos falsos: rebajemos aún á la mitad, que es mucho rebajar, para salvar las contingencias, y aún el número de curas y obispos hueros, será mayor que el de todos los que hoy existimos. Vea usted ahora si tengo razones en qué apoyar mis dudas.

—Todos esos cálculos, le dije, los destruiré en un momento. Concedo que un solo obispo huero ó de mala fé pueda producir esto. Yo admito que en esa época hubiese hasta 20, pero el resto de los preladados españoles eran más de 50, el número de sacerdotes y obispos que ordenaron, multiplicado por el mismo sistema de Vd., nos dará para estos momentos mayor número de sacerdotes legítimos que el de los actuales, esto es evidente.

—Calcula Vd. muy bien, replicó sin desconcertarse, pero olvida que yo tomo la cosa desde el siglo xv, y ya iban pasados 14 siglos en que hubo muchos obispos falsos, tantos que acaso haya nacion donde el que la evangelizó ó su inmediato sucesor fuese uno de esos infames ó estuviese mal ordenado, y entonces la consecuencia es horrible; en algunas partes podian estar equilibradas las fuerzas, en otras en minoría como Vd. pretende; pero sea como fuere, ¿la existencia de un número es acaso la negacion de otro número igual ó menor? En-

tre doce Apóstoles anunció Cristo que había un solo traidor, y todos se creyeron en el caso de preguntar ¿soy yo? En estos tiempos de incredulidad, bien sea por defecto de ordenacion, bien por la falta de fé ó por sobra de maldad, ningun sacerdote puede estar seguro de serlo, ni ningun fiel puede saber si la misa que oye, la hostia que adora ó recibe, el sacramento que le administran, es ó no es nulo.

—¿Pero había Dios de consentir?...

—Dios consiente muchas cosas; dijo el penitente con cierto tonillo muy significativo.

No pude convencerle, y lo peor es que me pegó su manía; pero despues de pensarlo mucho, he adoptado el partido del amigo de mi virtuoso penitente. ¿Qué es huera la misa que decimos? ¡qué hemos de hacerle! ¡Con tal que nos la paguen!





## LA CONCIENCIA DE LOS CURAS

---

He oído decir á muchas personas, al parecer instruidas: ¿pero tambien los curas se confiesan? Esto equivale á decir: «creia yo que los augures todavía se reian al encontrarse.»

Un amigo mio, cura liberal, muy dado á los apólogos, decia á otros presbíteros:

—Hay que desengañarse; la Iglesia es como cierto señor que tenia dos clases de siervos: unos que le servian, porque les tenia cuenta, y otros porque le creian un hombre superior, casi divino. Alguien le afeó que consintiese tal servilismo.—Y ¿qué quereis que haga? objetó el interpelado. ¡Ojalá todos fueran crédulos! Son los que mejor sirven, y no tendria que sufrir á los avisados que conocen el juego. Así, pues, acepto á cada uno como es y le saco el fruto que puedo.

Los curas que conocen el juego son los que sirven por su conveniencia; éstos no se confiesan, ó lo hacen con su cuenta y razon, diciendo todo ménos la verdad.

Los fanáticos se confiesan del modo y con la frecuencia que su grado de credulidad les prescribe.

Hay muchos curas que no acuden al tribunal de la penitencia, viven como les place, tienen fé y dudan al mismo tiempo: son los que dicen: «Ya arreglaré mis cuentas con Dios», y todo lo dejan para la vejez ó la hora de la muerte.

Otros, y son bastantes, confiesan todos los años con la misma ó mayor repugnancia que los campesinos, y como ellos, no se corrigen. Al tiempo de confesar apartan de sí este pensamiento, que suele asaltarles: «No te has de enmendar», porque saben que basta, para que sea buena la confesion, el propósito actual y el dolor tambien del momento, y se esfuerzan por engañarse á sí mismos, persuadiéndose que lo tienen.

Ocho dias despues de la confesion vuelven á ser lo que fueron. «Tengo un año por delante», se dicen cuando recuerdan los propósitos hechos á los piés del confesor.

Un presbítero que se confiesa (de verdad) todos los meses, es considerado como hombre virtuosísimo; los que lo hacen cada semana, pueden ser tenidos en olor de santidad; esto quiere decir que son muy pocos.

Volviendo á los llamados añeros en el lenguaje de sacristía, su dia de confesion es el Jueves Santo, por la mañana; los que se creen con fuerzas para pasar una noche sin pecar, suelen confesar la víspera.

Porque es el caso, que el Jueves Santo no se dice misa, y se celebra, en cambio, la comunión general del clero, acto solemne que me ha dado oca-

sion de observar uno de los muchos fenómenos de la vida clerical.

No hay cura que no diga misa diariamente en pecado mortal, consumiendo con la mayor frescura la hostia que él mismo ha consagrado; pero en el Jueves Santo, cuando hay que tragarse la forma consagrada por otro, los ménos se atreven á hacerlo sin prévia confesion, á algunos se les vé excusarse, llegar tarde y poner en juego todos los recursos imaginables. ¿Qué será ello? No he podido averiguarlo; los curas son como las mujeres; tienen secretos íntimos, que ni en el seno de la amistad ni en la misma confesion revelan jamás.

Este santo día, pues, es el más apropósito para que el observador estudie á los curas. Allí es más fanático el clero, donde más confesiones de verdad, buenas ó malas, se hagan antes de la comunión general.

Hallábame yo en Valencia, uno de los países más levíticos: el Miércoles Santo, despues de maitines, hube de hacer una visita á cierto clérigo. Otros dos sacerdotes estaban en su despacho. Cuando me vieron entrar se pintó en los tres semblantes una cierta alegría que no se me ocultó.

Evacuada mi comision, ví que se miraban como vacilando, y que uno de ellos, más atrevido sin duda, me dijo:

—Compañero, ya que está Vd. aquí y no tiene prisa, ¿tendria Vd. la bondad de confesarnos?

Esta era la clave del enigma: ellos se conocian y habian de tratarse por toda la vida; yo era forastero, que marcharia de allí muy pronto. Los confesé, y al día siguiente por la mañana se me presentaron

en la iglesia algunos más. Recuerdo que desde el confesonario observé que uno á quien acababa de despachar, hablaba con una mujer á quien escuché luego en confesion.

Estoy seguro que le dijo: «No hay cuidado, es hombre amable y tolerante.» Tras de aquella buena mujer vinieron como atraídas por un cebo algunas otras.

Poco puede decirse de las confesiones de los curas. Envidia y ódio, muchas murmuraciones, algun anónimo, tal cual falso testimonio, bastantes delaciones, misas que no han aplicado, aunque se han gastado su importe: y... ya se sabe, los indispensables pecados de la carne, sin excluir los que son contrarios á la naturaleza: de esto último hay algo en todas partes, muy poco ó casi nada en Aragón, Extremadura, Valencia, Cataluña y Norte de España, algo más en Castilla la Nueva y Múrcia, bastante en Madrid, y mucho, lo que se llama mucho, en toda la Andalucía.

He oido monstruosidades, sobre todo á los curas dedicados á la enseñanza; corrupciones de niños, seducción de adolescentes y áun de hombres barbados... Apartemos de la memoria estas consecuencias del celibato.

Aquí los pecados carnales no revestian extraordinaria gravedad; eran lo de siempre; el ama ó la amiga consuetudinaria y algun extraordinario, ocasiones que el diablo proporciona, aventuras fáciles con viudas, jamonas sensibles y pudibundas beatas y casi ninguna hija de confesion, aunque el lector crea otra cosa.

Un jóven clérigo muy simpático é ilustrado en su

clase, me refirió la historia de unos amores tan puros como los de cualquier hombre de bien: bajo una sotana puede latir un corazón enamorado. Era una pasión noble con sus luchas y vacilaciones: empezó por la amistad, llegó el amor platónico, prólogo de la rebelión de los sentidos y así se recorrió todo el camino.

Hubo aquello de enterarse la familia y como es natural, combatir con saña aquella pasión, recurrir al prelado y valerse de amenazas; porque eso sí, aquí somos todos muy liberales, y cuando oímos que se persigue á un clérigo por amores, decimos muy ufanos: «¿qué, no son hombres como los demás?» pero... que no se acerque ninguno á nuestra hermana ó á nuestra hija.

Esta oposición, como iba diciendo, sirvió para aquilatar el amor y que ambos pensaran en el rapto. Hubo aspavientos y por último la familia transigió; ahora la que no transigia era la conciencia del joven que aún tenía sus dudas...

Oí entonces y he oído después otras muchas historias parecidas de amores clericales, referidas por curas ó mujeres, y todas han servido para convencerme de que el celibato es absurdo é inmoral. El joven referido amó sin darse cuenta de ello, pero otros más listos se enamoran como cada hijo de vecino y establecen el sitio en toda regla, porque no todos son tan vulgares que se contentan con las beatas que van á pretenderlos ó con las doncellas averiadas que desean ser amas de cura. La conquista de una joven honesta y virgen, el hacerse amar por cima de la religión y de la sociedad, es un encanto dulcísimo, una batalla digna de ser em-

peñada por un campeón de primera fuerza. Los medios que se emplean ¡ah, lector! permíteme que los calle, no quiero perjudicar á mis compañeros; todo lo contrario, quisiera contribuir á que fueran amados: esto ennoblece y santifica, no quiero inutilizarlos publicando los recursos de que se valen. Yo persigo los vicios y las inmoralidades, hago la guerra al fanatismo y á las aberraciones en que ha caído la Iglesia, pero no hago la guerra á los eclesiásticos, aunque ellos me paguen mal este respeto.

¡Ojalá no cometieran más pecado que amar! La experiencia me ha enseñado que los curas más honrados, decentes y morales, son los que se contentan con vivir maritalmente con una sola mujer y crían sus hijos del mejor modo que pueden.

¡Los hijos! Hé aquí la gran monstruosidad que produce el celibato y las ideas absurdas sobre el honor que ha infiltrado la Iglesia en las sociedades cristianas; el infanticidio, el onanismo en su verdadera acepción, el aborto artificial. Es infinito el número de pecados de esa especie que me han confesado los curas ó sus amas. Ya se vé, el honor, la familia, las persecuciones de la Iglesia... Mientras sea una deshonra dar un sér al mundo y criarle como la naturaleza prescribe, habrá crímenes: mientras haya célibes de oficio tendremos gran número de uniones clandestinas. La estadística ha demostrado que los Estados Pontificios dan el mayor contingente del mundo á los nacimientos ilegítimos y á los abortos procurados é infanticidios.

¡Y pensar que casi todos los curas se acusaban de estas cosas con ménos confusion por estimarlas ménos graves, que beber agua antes de celebrar ó bien

decir dos misas en un día! Ya son muy pocos los que rezan el breviario, pero ¡con qué compuncion se acusan de haber omitido este deber! En cambio ningun sacerdote se reconoce como reo de avaricia, de hipocresía y de injusticia con el pobre y adulacion rastrera con el rico; ninguno se acusa de odiar y perseguir á los herejes en vez de la herejía, de mal ejemplo y brutalidad, de poco ó ningun compañerismo, de falta absoluta de aplicacion al estudio; que estos son los pecados del sacerdocio.

Las amas me causaron lástima. ¡Pobres mujeres! Confesé una abandonada: su historia era conmovedora; le hizo el amor un cura, venció sus escrúpulos religiosos diciéndole que lo del celibato era una farsa, vivieron juntos bastantes años, ella perdió sus encantos y entonces él empezó á decir: «Estoy intranquilo, vivimos sacrílegamente, esto no puede seguir así...» Un día vino muy triste. Me he confesado, dijo, he sido absuelto con la condicion de que Vd... ¡Usted! huya de mi compañía.» Despues le aconsejó que se confesara y mudara de vida. Salió de aquella casa la infeliz... y á los pocos dias entró á reemplazarla una buena moza jóven y garrida. Esta confesion la he oido luego unas mil veces.

Otras se acusaban de sus pecados carnales y sobre todo del ódio á los parientes del cura.

—¡Avaros! todo quieren que lo pague el burro negro, decian: ¿por qué no sirven ellos *para todo*? Están amancebados y hablan de castidad; no piensan más que en la herencia, pero bonita soy yo; ese es negocio arreglado; buen chasco se llevarán...

¿Tenian razon estas mujeres? ¿La tenian los parientes? Vaya Vd. á saberlo.

La última que confesé en aquel día era una mujer gruesa como de 40 años, muy bien vestida, que dejaba adivinar al ama del cura acomodado; conocí que era mujer dominante, grosera y de malos instintos; me fué antipática.

Acabada su confesion, le dije muy despacio y solemnemente:

—No puedo absolver á Vd. por reincidente, y no veo que tenga verdadero propósito de enmienda.

Aquí fué Troya.

—Pues siempre me han absuelto, porque entre curas, el que más y el que ménos... más vale callar. Y luego no es cosa tan grave; hasta los obispos, sí, señor, que bien me pretendió á mí uno que se hospedó en casa haciendo la santa visita. ¿De dónde sale Vd., señor cura? ¿Cree Vd. que es posible la castidad absoluta? Pues hoy todos opinan que no lo es y que se puede uno volver loco ó acortar su vida adquiriendo irritaciones y males nerviosos.

—Yo no tengo nada que ver en eso.

—Usted está muy bien conservado y sanote, señor mio, y yo tengo más años que Vd. para marmarme el dedo.

Enseguida enjaretó una série de argumentos contra el celibato que indudablemente no salieron de su cabeza. La absolví por quitármela de encima. Y tú que esto lees, dirás ahora: pero estos hombres ¿por qué las mandan á confesar? ¿no les valiera más despreocuparlas del todo?

Y tendrás razon; pero quizá ellos no querrán privarse de una salida, tal vez no sean tan despreocupados: el corazon humano es un abismo profundo y no lo es ménos la conciencia de los curas.



## LOS CONFESORES

---

MIS OBSERVACIONES.—LOS JESUITAS

Así como existen diferentes especies de artistas de una misma profesion, hay tambien clases muy diversas de confesores.

No incluyo aquí al cura poco aficionado al confesonario, que ejerce esta funcion de su ministerio por fuerza y de corrido; oye, reprende con unas cuantas vulgaridades, manda rezar alguna oracion y despide al penitente; alegrándose mucho si despues de esto nadie espera turno y puede irse. á la sacristía.

Este es confesor sólo porque tiene las facultades. El verdadero confesor es el que se consagra *con amore* á explotar la rica mina de la penitencia; de ella vive y á ella debe su posicion en la Iglesia.

Sentado yo en el confesonario, he observado desde allí á mis compañeros, y he notado entre ellos considerables diferencias. Esto era poco y por espacio de tres años he tenido la paciencia de confesarme con todos los sacerdotes que he podido, y

sobre todo con los más afamados; es más, he llegado hasta conseguir que alguna amiga de mi absoluta confianza hiciera lo mismo, probándolos de muchas maneras para darme luego cuenta del resultado.

He merecido también la intimidad de algun padre grave, confesor de oficio, muy notable y la amistad más ó ménos verdadera de algunos otros, y por si esto no bastara, he procurado tantear á los penitentes cuando por ausencia ó enfermedad de sus directores se han visto precisados á recurrir á mí, y así he completado mi estudio, que no deja de ser curioso.

Con gran asombro ví desde luego que los más favorecidos por larga clientela eran los más vulgares, hombres sin consejo ni dotes personales, faltos de ciencia y de cuanto puede cautivar el corazón ó persuadir el entendimiento. ¿Qué harán? me decia yo no explicándome, sobre todo en los jesuitas, maestros en esta ciencia, que muy pocos pobres, propiamente dichos, se acercaban, á ellos y si alguno incurria en tal desacato no volvia más; lo que no sucedia á las señoras: éstas pasaban largo tiempo esperando turno y más largo todavía lo empleaban para una simple confesion de ocho dias.

Supe que habia diferencias y gerarquías, de penitentes asíduos: la criada que merecia el alto honor de confesar con un jesuita, que sabia de este modo hasta las interioridades de sus amos. La devota á quien se oye con paciéncia, y áun se la socorre porque sirve de espía inconsciente unas veces, y de panegirista de la órden siempre, pues que dice y dice con verdad: «Yo me confieso hace 12 años

con ellos y nada malo he advertido, dicen que huyen de los pobres y á mí me socorren á menudo.»

Despues viene la jóven á quien se destina para monja; pero la especialidad que cultiva el jesuita es la madre de familia, la mujer casada, la señora del gran mundo.

Tambien aquí hay gerarquías, desde la frívola que se confiesa con los padres, porque es de buen tono, hasta la esclava de ellos, en toda la extension de la palabra; la que les cede sus bienes, su casa, su libertad y la de su familia; la que contribuye á edificar esos grandes conventos y suntuosos colegios, la que esconde en su casa al jesuita perseguido y revuelve el cielo y la tierra para obtener un privilegio en favor de la Compañía.

¡Dios mio! ¿cómo se arreglarán, decia yo, para conseguir esto que no pueden lograr los talentos exclarecidos de sacerdotes sábios ó virtuosos y dotados de brillantes cualidades?

Servia yo en cierta parroquia donde habia un oratorio lóbrego que se destinaba á confesar sordos ó personas muy íntimas. Dos jesuitas que tenian confesonario en aquella iglesia, solian llevar á este sitio á sus predilectas.

Casualmente uno de estos padres tenia un nombre parecido al mio, y en aquellos dias habia salido de la poblacion. El sacristan me dijo que una señora me esperaba en el oratorio. Entré; la dama, sin verme apenas por la oscuridad, se me acercó, y siempre de rodillas, me cogió la mano para besármela, y con gran estupor mio, la llevó... á su pecho. Yo, maquinalmente, toqué con las puntas de los dedos, y sentí entre ellos un papel mugriento;

era un billete del Banco. Así que lo hube cogido, también maquinalmente, se colocó ella ante la rejilla, y yo entré en el cajón de la penitencia.

Después de unas cuantas nimiedades piadosas, la dama, que debía ser joven y elegante, á juzgar por el crujido de sus vestidos de seda, el perfume que de ella se desprendía y su buen modo de expresarse, me dijo:

—Después de esto, lo de siempre, Padre; pero esta semana no lo he hecho más que una vez, porque mi marido no ha salido de casa, y él, por cierto, se ha impacientado algo; repréndale Vd. cuando venga.

—¿A quién, ¿á su marido?

—No, á Juan: hágale Vd. comprender que no siempre se puede... Ya vé Vd., la semana pasada queria quedarse una noche ó dos, porque mi marido estuvo de caza; eso es demasiado, y muy expuesto, si los criados...

—Pero, señora, no acabo de comprender.

—Qué, ¿no es Vd. acaso el padre C.?... ¡Dios mio! ¿qué he hecho yo?

—Tranquílcese Vd., señora, el padre C. no está en la ciudad, pero yo bien puedo suplirle, soy el padre M\*\*\*

—¡Ah! exclamó ella, creyéndome sin duda jesuita, creí que me habia equivocado y tropezado con un clerizonte vulgarote de esos que nada saben de estas sublimidades de la vida devota; hubiera sido horrible. Y, ¿hace mucho que está usted aquí?

—Bastante tiempo, hija mia.

—No me lo habian dicho: en fin, mientras vuelva el padre C., confesaré con Vd.

Y en seguida me endilgó una relacion, capaz de echar de espaldas al cura más despreocupado. De su confesion se desprendia que algunos padres concedian á sus predilectas licencia para entregarse á... sus pasiones dos ó tres veces por semana cuando no podian acallar de otro modo el grito de la carne, ó si eran casadas, su temperamento era demasiado ardiente, ó bien el de sus maridos muy frio. Esta dispensa costaba cara, cinco duros lo ménos cada confesion, cantidad que debian llevar en el pecho y en papel para mayor sigilo.

Les hacian creer que estas eran prerrogativas de las almas escogidas, con las cuales no regian las leyes generales divinas ni humanas. Claro es que los afortunados jóvenes de que se servian eran confesados de los jesuitas y alguna vez estos mismos. La privilegiada no podia cambiar de cómplice sin permiso de su confesor.

Dijo que en cierta calle del Oso, del Lobo ó del Perro, no recuerdo cuál, tenian los padres una casa, en la que habia celdas discretamente dispuestas, para que las señoras pasaran un mes ó una semana de retiro espiritual en compañía de un padre... y que muchas, simulando un viaje, se metian allí; otras, huyendo de su familia, si se oponian á que fuesen monjas; y no faltaba alguna que iba con el coadjutor de su marido, cuando no disponia de otro sitio; la tal casa tenia tres puertas; una de ellas con salida á una iglesia inmediata.

Agarrándome á sus mismas palabras, como el que trepa por un peñasco aprovechando las salientes, pude hacerle decir todo esto y adivinar mucho más. Supe tambien que estas predilectas y sus amigos

estaban alistados en una especie de masonería, en la que se ascendía por grados; que tenían voto de obediencia, y sus obligaciones; les estaba asegurado el cielo, y no eran para ellos pecado muchas de las cosas que lo son para los demás; todo por concesión de la Santa Sede. Ellos podían calumniar y hacer el vacío alrededor de un enemigo suyo ó de la órden, y aún procurar la muerte por medios indirectos; ellas reclutaban gente en mil asociaciones benéficas ó religiosas, que en nada parecían depender de los jesuitas, y de allí sacaban la crema entre los más fanáticos. En fin, un mundo secreto, misterioso y de cuchicheo, donde se fragua la muerte ó la vida, la riqueza ó la miseria de una familia, donde se cuenta por millones, y están afiliados banqueros, militares, damas, empleados, todos ligados con voto de obediencia; hasta fingidos ateos, que engañan al más listo; sabuesos finísimos que deben á la Compañía la perpetuidad de sus destinos y posiciones, y la impunidad para sus delitos. Esto es lo que se llama trabajar desde el confesonario y fuera de él en grande escala, como no trabaja nadie más que la Compañía: verdad es, que nadie cuenta con la complicidad de Roma y de los obispos en tan alto grado como los jesuitas; si dan un golpe en vago, inútil será quejarse á las autoridades religiosas y... á las civiles. Pero ¡ay del cura que se descuide ó no tome bien sus medidas para los trapicheos de rejilla! será aplastado.

#### EL MÍSTICO Y EL CUCO

Esto que antecede es lo excepcional, luego siguen los plagiarios, el confesor fraile, ya en comunidad,

ya suelto que imita en lo posible á los jesuitas á quienes mira con envidia porque le aventajan; y algunos clérigos que plagian esta misma conducta con éxito vario segun su talento.

Existe el confesor místico, más bien director que confesor; tiene un rebaño de filoteas, por lo regular ricas ó bien acomodadas que conduce por las vías extraordinarias de la direccion, se insinúa primero, vá ganando terreno hasta que se apodera del ánimo y del corazon de su víctima; entonces nadie puede quitársela, él tiene celos de todo, si ella se confiesa con otro, si ama á su marido, si se cuida demasiado de sus hijos ó lo hace de un modo que á él no le conviene, si gasta su dinero, todo esto son crímenes de lesa obediencia, obstáculos para llegar á una soñada perfeccion que nunca se dá por alcanzada, sino por muy cercana. Las doctrinas erróneas que imbuye, las locuras que aconseja y el trastorno que introduce en la familia es tal, que justificaria el que lo cazaran como á una fiera. Él fanatiza jóvenes para llenar los conventos, hace y deshace bodas, pide dinero á unas devotas para socorrer á otras, solicita influencias, es un poder terrible. Él reglamenta hasta los actos más íntimos de la vida conyugal y enseña á sus devotas casadas los más infames recursos para subyugar á los maridos ó para desobedecerlos y engañarlos.

No suele tener amores sino con la confesada que el muy marrullero se vá preparando despues de escojerla con gran habilidad. Si es un bribon, es temible: si es verdaderamente fanático, es todavía peor.

El confesor cuco suele ser exclaustro ó clérigo

de alguna edad, no es místico ni deja de serlo, pero se arregla de modo que sus penitentes le den muchas misas, le confien sus negocios y sobre todo lo hagan su testamentario; cosa que los jesuitas, los frailes y los místicos suelen hacer valiéndose de cómplices adictos y éste la hace por sí mismo sin gran escrúpulo. Es envidioso y algo brutal, muy egoísta y sobre todo audaz; pronto visita á los penitentes y no tarda en descubrir su juego; pero no es tan terrible porque es más humano y ménos hipócrita. Es tipo que abunda mucho y el que alimenta la crónica escandalosa, pues aunque precavido y astuto, obra sólo por su cuenta, nadie le guarda las espaldas, sea canónigo, fraile, párroco ó simple capellán. Al fin se hace rico, su casa está llena de regalos y de muebles heredados, su ama y sus sobrinos, que todo el mundo conoce, participan con él de todos los bienes de este mundo.

#### EL CONFESOR DE MONJAS.—EL OBSCENO

El confesor de monjas era antes fraile casi exclusivamente; hoy ya es otra cosa; los religiosos escasean y los clérigos tienen que sustituirles por desgracia. No es fácil formarse una idea aproximada de lo que subyugan las monjas: el fraile ó cura que una vez llega á aficionarse á ellas es su esclavo; consentirá perder un destino pingüe antes que abandonar la ciudad en que esté el convento objeto de sus ansias; él no está en su elemento sino cuando trata con los amigos de las monjas; de ellas habla y con ellas sueña; el locutorio es su paraíso; por nada del mundo faltará á una toma de hábito,

exploracion ó profesion, y es obligado comensal de todo jolgorio monjil. Él se preocupa de las intrigas de convento, se declara partidario de este ó el otro bando, y muchas veces compromete su reposo y sus intereses en estas lides mezquinas. Más de uno he conocido enfermo, y á más de dos he acompañado al cementerio, por disgustos de este género. Es una pasion, un vicio incurable como la borrachera.

Y no se crea que las monjas se lo merecen; estos mismos apasionados dicen á quien quiere oirlos, que son egoistas y extraordinariamente ingratas, záfias, ignorantes y reclutadas entre lo más bajo de la sociedad. ¡Cuántas veces he mirado con lástima á todo un doctor de la Rota, atravesar la ciudad llena de nieve, tosiendo y arrebuñado por no faltar á confesar á *su monja*, una excriada, mujer nécia é impertinente si las hubo!

Estas confesiones bisemanales suelen durar dos ó tres horas. El padre se permite fumar durante ellas, y debe permitirse otras muchas cosas, pues yo mismo he visto las puntas de cigarro y otras señales que no dejaban lugar á duda.

No se crea asimismo que estos confesores son místicos ni sábios, no, y si alguno es instruido, cuando cae en esta manía se embrutece y afemina, deja de estudiar y ya no hace otra cosa que ocuparse de sus monjitas. Ultimo rasgo de imbecilidad: las monjas, lejos de producir como otros penitentes, suelen costar el dinero, y además hacen á sus confesores agentes de muy malos negocios, que lo ménos que pueden producirles es el ridículo. Cada plato de natillas que entra en casa de un cura

monjero, le ha costado muchos disgustos y no pocas monedas, suyas ó ajenas, pues son muchos los párrocos á quienes he visto entregar á los monjas todas las limosnas que les daban para los pobres de sus feligresías.

Esta clasificacion puede cerrarla el confesor obsceno, cualidad que si bien suele constituir un tipo especial, no deja de hallarse en los ya descritos, cuyas propiedades, como los temperamentos, se complican. He observado confesores cuco-místicos, obsceno-jesuitas, monjero-cucos y místico-obscenos, etc., etc.

El confesor pornográfico no es solamente jóven como pudiera creerse, quizá abunda más entre los viejos, de los que hay un gran número de canallas corrompidos á cual más repugnantes. Pero jóven ó anciano se le reconoce por su prurito de detenerse cuando se trata del sexto precepto; él hace preguntas imprudentes, desciende á circunstancias íntimas, á los detalles de la vida matrimonial; él todo quiere reglamentarlo y saberlo, no respeta nada y casi siempre enseña algo; sobre todo las niñas y adolescentes le sacan de tino. Si la jóven que le escucha estuviera prevenida, le sentiria agitarse, notaria que su respiracion es trabajosa y su mirada la del mico en presencia de una hermosura femenil; algunas mujeres ménos inocentes han notado otras cosas aún más repugnantes que se verificaban mientras el diálogo.

No siempre puede contenerse, y entonces pasa á ser solicitante y corruptor, más ó ménos descarado, segun su destreza ó la brutalidad de sus pasiones. Los hay que saben recolectar sus mancebas de

entre las devotas y asegurarlas muy bien: otros se arreglan de modo que no confiesan más que jóvenes bonitas ó jamonas de buen ver, y salen siempre bien de sus trapisondas.

Precisa tener un alma muy pura, ser muy distinguido y moral para no encanallarse ó no ser vencido por el organismo alguna vez, con el relato de las impurezas, sea claro, sea adornado con los alicientes de la inocencia ó del pudor.

Y la Iglesia, que tan mal educa á sus ministros, que ni aún sabe escogerlos, decreta la castidad absoluta para todos los temperamentos y á todos en la edad de las pasiones (1) los coloca en el confesionario: ¿qué ha de suceder?

Tan graves fueron los males que produjo la confesion, que fué necesario establecer severísimas penas contra el *Solicitante in confesione* y el *Cómplice venéreo*. Pio IV, Gregorio XV y Benedicto XIV mandaron que el confesor solicitante *ad turpia* en la confesion, fuese delatado á sus superiores por el solicitado ó cualquiera á quien le constase el hecho, aunque ya hubiera pasado mucho tiempo y el culpable se hubiera corregido; y que todo confesor á quien recurriese el solicitado no le absolviera sin promesa de denunciar al corruptor. Tambien establecieron que el confesor cómplice en cualquiera pecado deshonesto, no pudiese absolver á su compañero en el pecado y reservaron como gravísimo el delito de impureza con las hijas de confesion.

Estas leyes ineficaces produjeron otro mal no

---

(1) Los cánones prescriben los 40 años para confesar mujeres, pero esa es precisamente la edad más peligrosa. En la práctica se concede este permiso á los pocos meses ó inmediatamente despues de la ordenacion.

menor; el de las falsas deladoras, beatas impuras ó locamente apasionadas, que no habiendo podido seducir á sus confesores los acusan para vengarse, sabiendo que los vicarios y obispos creen á estas mujeres más que á los sacerdotes, que no siempre pueden defenderse en asunto de esta índole que se ventila, sin proceso y al arbitrio del superior, que bien puede ser ignorante, fanático ó enemigo particular del acusado.

¿No es admirable la sabiduría de la Iglesia y la moralidad de la confesion? Los hombres que forma y los hechos á que dá lugar lo demuestran sobradamente.





## LAS BEATAS

---

El ódio y la instintiva repulsion que los gazmofios inspiran al comun de las gentes prueba que no los conocen; si los estudiaran á fondo, los compadecerian.

Aquel refran: «A la puerta del rezador no pongas tu trigo al sol», y todos los adagios y sentencias que nos los presentan afeados por las malas pasiones son ciertos, como demuestra la experiencia; lo que hay de erróneo en el concepto que de ellos se tiene, es considerarlos como causa, no siendo ellos más que un efecto.

Nosotros los eclesiásticos podemos estudiarlos desde el confesonario más á fondo y exactamente.

El vulgo no vé más que beatos, nosotros podemos clasificarlos y examinar separadamente cada especie, familia ó individuo. El resultado de nuestras investigaciones es este: los beatos no son tan malos como parece, y más bien merecen compasion que ódio, porque es indudable que no obran con la

plenitud de su libre albedrío, sino ciegos por una pasión insensata: el fanatismo.

Descartemos al hombre; éste nunca llegará en el camino de la gazmoñería á tan lamentables extremos como la mujer; la indudable superioridad de su inteligencia, la educación y la menor cantidad de sentimentalismo, lo preservan siempre algo contra los idealismos místico-religiosos. Pero en la mujer las consecuencias del fanatismo son incalculables.

Lo confieso con toda franqueza: tengo lástima de la mujer católica. La primera de sus cualidades es la ignorancia de la misma religión: ella no conoce el dogma, ni la disciplina, ni siquiera la doctrina católica en compendio; ella no sabe nada; siente, y nada más. La rutina, los libros místico-absurdos que no ha podido entender más que los sermones, las misteriosas pláticas del confesonario han impreso en sus sentimientos determinada dirección y obra en ese sentido inconsciente, fatalmente, muchas veces sobreponiéndose á la inteligencia que en algunas suele destellar algunos relámpagos de luz y de razón. «Lo comprendo, sé que incurro en exageraciones, pero no puedo menos de obrar así;» me han dicho infinitas de entre ellas.

Quisiera dar aquí una clasificación exacta y razonada, pero después de estudiada la clase con todo esmero he comprendido que es imposible: desde la beata distinguida, que sabe algo de la ciencia mística y se cree una doctora iluminada, que recorre, dejando brillante estela, los caminos de perfección, la vía contemplativa, la unitiva y la mortificada, hasta la buena mujer zafia y estúpida que pasa todo

el día en la iglesia rezando sin cesar, pensando y diciendo los mayores desatinos, la gradacion típica es inmensa y las especies y subespecies se complican y compenentran hasta lo infinito. Sólo es, pues, dado al confesor experimentado presentar algunos tipos á la compasion universal.

Siempre que desde el confesonario ó el presbiterio veo un templo lleno de mujeres, que se apiñan y molestan, pasando gustosas un mal rato por presenciar una funcion que consta del indigesto y embrutecedor Rosario, un sermon que no van á entender, una meditacion y oraciones á cual más extrañas, y por último, un rato de música de la más mala y peor ejecutada, me siento movido á lástima. No quisiera yo que la humanidad, y ménos su mitad más bella, fuese tan inferior en la escala de la inteligencia y el sentimiento, y capaz de aberracion tanta.

¡Cuántas felicidades podrian darse á sí mismas y á los demás, todas estas mujeres durante este largo rato! digo entre mí. Aquí, digo, estará con el corazon seco, el sentimiento extraviado, la mujer que falta á tantos hombres honrados que no hallan quien los ame; aquí, perdiendo el precioso tiempo del estudio la que hubiese sido digna maestra de la niñez; aquí, robusteciendo sus preocupaciones la que luego querrá imponerlas en el hogar doméstico y la que impulsa al hombre hácia la guerra civil.

Pero cuando luego esas mismas mujeres se acercan á la rejilla, me invade por un lado aún mayor compasion, y por otro se me recrudece el ódio hácia los ideales absurdos que así deforman lo más bello que existe en la tierra.

Conozco y he confesado innumerables beatas de las que pudiéramos llamar andariegas. Son las que no perdonan funcion alguna aunque se verifique en el fin del mundo; lluvias y ardores de sol, largas distancias, horas interminables sin tomar alimento, mañanas frias, madrugadas penosas, la intemperie, la oposicion de sus familias y el abandono del hogar, todo lo arrostran.

Ellas conocen por sus nombres á todos los oradores, confesores, sacristanes, cantantes y festeros; á todos los cofrades y cofradías, cuyas funciones saben de memoria, con expresion de dias y horas; ellas conocen al dedillo la vida y milagros de todo el mundo clerical; visitan á muchos sacerdotes, y su conversacion no versa más que sobre asuntos de Iglesia; todo lo demás les es indiferente por completo.

Vedlas correr en los dias de gran solemnidad, llegar jadeantes á la puerta del templo cuando aún está cerrado, esperar allí gran rato murmurando unas de otras, elogiando cada una á su confesor ó predicador respectivo, discutiendo la conducta de la hermandad ó del obispo ó siquiera del sacristan, hasta que éste abre y se precipitan en el templo, se apoderan de una silla y aún esperan una hora larga, mezclando rezos con murmuraciones hasta que dá comienzo la funcion. ¡Ay del que las pise al pasar ó las quiera quitar el sitio! Valiera más que hubiera cogido una vívora por la cola. Acabará la funcion, pero allí estarán hasta que se apague la última luz, y aún tendrá el sacristan que empujarlas hácia la calle ó consentir que pasen todavía un rato despues de cerrada la puerta principal y salgan muy tarde

por la de escape. ¿Cómo pueden vivir así? ¿De qué comen? ¿Quién las consiente esta vida? Vaya Vd. á saberlo. Muchos han venido á mí pidiéndome por Dios que curase á una hija, esposa ó madre; pero esto es imposible, el que lo intentara sería irremisiblemente delatado como un confesor hereje; los curas que explotan á estas desdichadas las guiarían hasta las puertas del palacio episcopal.

De estas andariegas suelen ser las que llamamos beatas enamoradas, infelices mujeres solteras ó viudas, sin que falten algunas casadas que tienen la desgracia de prendarse de su confesor y más comunmente de un predicador de fama, al cual siguen á donde quiera que predica, toman sitio frente al púlpito y pasan embelesadas el tiempo que dura el sermón. Antes que éste acabe se sitúan junto á la escalera para ver á su ídolo pasar y tirarle de la sotana más ó ménos tímidamente, ó bien le esperan en el átrio, le detienen, le hacen aceptar dulces, muchas veces ponen un coche á su disposición, y se irían en compañía del orador... al mismo infierno.

Si él es, como suele suceder, un malvado, las entretiene sin decirles jamás que las ama ó que le son indiferentes, se deja obsequiar y querer, alimentando traidoramente esa pasión absurda, y tiene ya seguros los regalos, misas y cuanto pueden darle sus fieles adictas.

Las ridículas escenas de celos á que esto da lugar en las iglesias, las confesiones lastimosas, los desengaños y sinsabores que esto produce no son para referidos. Porque el cura amado nunca deja de tener una preferida con quien esté amancebado,

y ésta, lejos de ocultarlo, suele hacer gala de su dicha. Estos amores insensatos, más tenaces cuanto más contrariados, á prueba de desprecios y sinsabores, son muy frecuentes entre devotas. Son en gran número las que en momentos de expansion ó en el tribunal de la penitencia lo dicen: ántes me entregaria al cura más horrible que al más hermoso de los hombres: ¡ser amada de un presbítero! hé aquí el sueño dorado para estas mujeres, que suelen morir sin conseguir ser amas de curas; éstos, como todos los hombres, suelen buscar lo que no les sale al encuentro.

No se crea que las enamoradas son pobres todas, ó vulgares; las hay que siguen en coche al dueño de sus pensamientos; hermosas, influyentes y jóvenes que es un dolor. Eso sí; cuanto mayor sea su fortuna, más fácil les será conseguir su objeto, del que pronto se cansarán para reemplazarle con otro. Sé tambien de muchas que por un amor de esta clase han perdido buenas proporciones y han llegado hasta la miseria; otras han confiado al adorado presbítero sus ahorros y... ya se sabe, en esto no hay excepcion, los han perdido.

Pero no todas las beatas aman. Las que embaucan los verdaderos fanáticos adquieren, por el contrario tal idea de la pureza, que es su mayor virtud. Lengua viperina, ódio eterno, venganza ruin, todo esto son pecados veniales para la beata pura; mientras no caiga en impureza se cree una santa. Cae, pues de ménos nos hizo Dios, y entonces busca un cura que no la conozca y con él vacía su costal: una vez purificada se confiesa con su director ordinario. ¡Cuánta miseria! Una pasion humana no

abandona por religion el sitio sino para que lo ocupe otra.

Existen asimismo beatas que se entregan y ha de ser en lo posible al confesor; le seducen, le persiguen sin dejarle, hasta que en una ocasion hábilmente preparada cae el pobre hombre. ¡Más le valiera haber muerto! La beata hallará medio de introducirse en su casa, celará al cura en la iglesia y sobre todo en el confesonario. ¡Que se detiene usted mucho con la fulana! ¡Que la zutana le mira á usted mientras la misa! Nunca olvidaré que una de estas me confesó que habia estado amancebada con un sacerdote por espacio de seis años; al cabo de ellos le dejó ¿por qué dirás, lector querido? porque descubrió que era liberal, y como esto significaba excomulgado, ella no era una santa, pero ¡Dios mio! un sacerdote liberal, eso nunca.

De la beata rezadora y pura no hablemos: casi siempre es terca, orgullosa, apegada á su opinion y envidiosa en demasía. Cuando es vulgar se la puede sufrir, pero cuando tiene ribetes de ilustrada y lo que ella llama conciencia de su mision en la sociedad, no hay quien la aguante.

Estos son los tipos más salientes que, mezclados, constituyen la gran familia de las gazmoñas, cada dia ménos numerosa por fortuna, pero cuyo estudio atento puede ser muy conveniente, porque pone de manifiesto las consecuencias del catolicismo y, descubriendo los vicios de los infelices fanáticos asíduos al templo, demuestra que no es más virtuosa la mujer más creyente, y que si el árbol se conoce por el fruto, no deben estar muy sanas las raíces de la Iglesia.

Otro fruto puede sacar el observador contemplando y compadeciendo miseria tanta: escarmen-  
 tar en cabeza ajena y afirmar el propósito de apar-  
 tar á cuantas mujeres pueda de las vías piadosas.  
 Si todos hubiéramos hecho esto desde hace algunos  
 años, ¿dónde estarían ya los corifeos de la inquisi-  
 cion, el absolutismo y las guerras civiles?





## LOS ÁNGELES DE LA TIERRA

---

### EL NOVICIADO

—Padre, yo desearia hacer una confesion casi general y que Vd. me oyera con indulgencia.

—Con mucho gusto, hija mia. Hable Vd. como si yo fuera una amiga suya ó su mismo padre.

—Soy soltera y huérfana; tengo 28 años y voy á casarme. Conocí al que vá á ser mi esposo hace muchos años; fuimos novios honestamente, con el consentimiento de mi madre. Un asunto importante le obligó á marchar, prometiendo volver pronto; pero trascurrieron dos años, y no habia vuelto ni contestado á mis cartas. Murió mi madre, y yo, sola y sin esperanza, cedí á los consejos de un fraile de San Vicente de Paul, con quien me confesaba, y vendidos los pocos muebles que habia heredado, ingresé como postulante en el Noviciado de las Hermanas de la Caridad. Dios era un amante que no podia abandonarme, segun dijo mi confesor; el

convento me fué descrito como un cielo anticipado; pronto, sin embargo, experimenté las primeras desilusiones.

Me destinaron á una casa-colegio donde con otras jóvenes záfias y sin educacion me ocupaba en las más penosas tareas. Poco sueño, frios y humedades, lavar ropa, fregar suelos, coser mucho; silencio profundo, obediencia absoluta, espionaje, nada de amistad, mucha delacion é hipocresía, largas horas de oracion mental, meditacion, lecturas espirituales, incomprensibles para pobres jóvenes ignorantes y sobre todo esto una comida muy mala, este es el noviciado. La órden es francesa ante todo, y lo primero que hace perder á sus miembros es el amor á su país y á la familia: todo eso tiene allí un nombre nefando: *el mundo, los mundanos*. En Francia está la direccion suprema de todas estas casas religiosas y allí van á parar nuestros pequeños dotes y las inmensas sumas que producen todos los beaterios de España.

—Permítame Vd., ¿no emplean las limosnas que reciben en objetos benéficos?

—La hermana de la caridad no dá nada más que su trabajo; con lo que recibe no sólo ha de mantenerse, sino mandar dinero á Francia, y sepa usted que cuando un hospital, convento ó colegio no produce, lo mandan cerrar desde allá.

—Siendo esto así, Vd. no estaria muy contenta; ¿por qué no abandonó entonces el convento?

—Y, ¿á dónde iba yo? Allí me habian infundido gran temor de los peligros del mundo y mucho ódio y desprecio hácia el matrimonio. De creer á las madres, salir de allí era sinónimo de asegurar la

condenacion. Era muy frecuente oír: «la fulana fué muy mala novicia ó mala hermana; era rebelde y acabó por perderse, nos abandonó y... se ha casado.» Aquí ponían el gesto del más profundo desdén. «Era de esperar, decían, abandonó al esposo celestial y la condenacion en las impurezas del matrimonio era segura.»

Además no era tan fácil salir de allí como usted cree. Una novicia enfermó de resultas de una paliza y malos tratos. La pobre se quería marchar, y alegó sus derechos; todo inútil; se la incomunicó y se la privó de asistencia; pero no se sabe quién avisó á la madre de la jóven, la cual fué y vino, lloró y reclamó en vano; se temia un escándalo, y se trataba de ganar tiempo, esperando la muerte de la chica; pero al fin la madre vino acompañada de dos periodistas, que amenazaron con dar parte al juzgado y á la prensa; sólo entonces fué entregada la enferma, pero ¡en qué estado! A nosotras nos dijeron que habia salido á baños ¡¡en Febrero!!

Aunque la puerta está abierta, al parecer, es más difícil salir de allí que de una cárcel.

Por fin, profesé despues de dos años, entre postulado y noviciado, votos simples y otros diferentes grados. Llegó el día de mis desposorios con Jesucristo, día en que hube de practicar la más ridícula ceremonia que puede imaginarse. Por la noche, varias hermanas me acompañaron á mi celda, me desnudaron, me coronaron de flores y me hicieron acostar en un lecho ricamente adornado, en el cual me esperaba...

Agucé el oído, como lo hubieras aguzado tú, lector amigo, y dije: ¿habia alguien en el lecho?

—Sí, señor; estaba allí completamente desnudo y con los brazos abiertos... un niño Jesús, de madera, de buen tamaño, con el cual pasé la noche de mis bodas místicas.

—¡Qué indecencia! exclamé, ¡qué depravado y chavacano gusto!

#### EL HOSPITAL

—Me destinaron en seguida á un hospital, cuya superiora, una buena moza, algo gruesa, de unos 36 años, muy guapa y melosa, pero en extremo déspota y dominante, me relegó, como novata, á las tareas más duras. Aquella mujer mandaba como reina absoluta sobre director, médicos y practicantes, lo mismo que sobre nosotras ó los inferiores; la visitaban grandes personajes, y así en las regiones oficiales como en las de la Iglesia, se hacía lo que ella indicaba y nada más.

En mi nueva posición disfrutaba más libertad y podía hacer observaciones.

Lo primero que comprendí es que lo de la abnegación y el heroísmo no parecía por ninguna parte. Nosotras éramos unas señoras que nos limitábamos á inspeccionarlo todo y á mandar á un ejército de criados que hacían todos los oficios penosos ó repugnantes.

Por la noche estaban los enfermos abandonados; sólo quedaban de guardia por horas dos hermanas que pasaban la velada como mejor podían; los criados dormían también y era frecuente que llamasen los dolientes á gritos que partían el corazón, sin hallar auxilio. ¡Cuántos amanecían muertos con la

cara desfigurada por los gestos de la desesperacion! ¡El número 7 ha muerto! se dice luego, y nada más.

Cada hermana es dueña de preferir al que le place y de descargar todo el peso de su poder arbitrario sobre el que le es antipático. Si un enfermo se niega á confesarse cuando melosamente se lo insinúan, vuelven á indicárselo con más imperio cada vez, hasta que se declara la guerra: entonces sufre todas las crudezas y abandonos; oye á cada paso las palabras insultantes: «Vd. se muere», «no curará Vd. nunca», «Dios no puede ampararle» y otras muchas; ni se perdona medio de hacerle sufrir, y, aunque se asuste Vd., padre, se lo diré claro, de que se muera pronto.

Eso de la hermana á la cabecera del enfermo es una ilusion como otras muchas de los poetas y los optimistas... que no han estado enfermos en el hospital. Si hubieran visto, como yo, á aquellas záfias catalanas ó vascongadas, ásperas como cardos, tratar á los pacientes como esclavos y usar de ese lenguaje seco del que no sabe disimular su grosería aunque parece intentarlo: «hermano, tome; hermano, calle», «más valiera que rezara», «no piense en la familia, sino en Dios», «mire que le mando atar ó le pongo á dieta»...

Sucedian cosas inauditas. Muchos enfermos ocultaban dinero, las hermanas lo sabian y casi todas eran diestrísimas en apoderarse de él durante la agonía y en negarlo á los parientes, si éstos sabian algo.

Lo mismo sucedia cuando un infeliz confiaba á la hermana alguna cantidad para su familia ó para sufragio de su alma.

Las misas que algunos dejaban para el capellan las dábamos nosotras, si podíamos, á nuestros buenos Paules, que todos los meses se llevaban una buena cantidad sólo de nuestro establecimiento. Las ropas que el enfermo deja son tambien de la casa, y cuanto se le halle de valor. He visto por esta causa escenas desgarradoras, pero allí no se conoce la compasion.

En cuanto á la asistencia religiosa, es tambien un mito. Los reverendos Paules, nuestros directores, vienen á oír nuestras confesiones y á darnos ejercicios espirituales y de todo género, pero no entran nunca en las salas. Los capellanes suelen ser clérigos adocenados que confiesan á los enfermos de prisa y corriendo, les dan los sacramentos de mala gana, y pare Vd. de contar.

—Buena asistencia, buena, hija mia.

—Todavía es peor lo que sucede en órden á los intereses materiales.

Cada hermana cobra una peseta diaria del Estado, y algunas gratificaciones; pues bien, para comer como duquesas se valen de modo que todo salga del material de la casa que ellas manejan, y del cual apartan lo mejor, figurando que dan por ello su precio; para cubrir esto, consienten las depredaciones de los inferiores; la comida sale, pues, de balde, y toda hermana que tiene alguna autoridad puede hacer ahorros.

Lo que digo de la comida, puedo decir de la ropa y de todo el menaje; las hermanas obran en connivencia con el contralor y la direccion; van á la parte en todo, y al fin del año, se reparten muy buenas ganancias. ¡Pobre empleado íntegro, director,

médico, sacerdote ó lo que sea, que se atreva á oponerse, ó á dar parte á la superioridad! lo triturarian.

Consecuencia de todo esto, que el enfermo recibe adulteradas, escasas y de mala calidad las medicinas y comidas, para lo cual se emplean ingeniosos recursos.

Se castiga con dietas; como por descuido, se pone á racion á un enfermo, uno ó dos dias despues que el médico lo manda. Es lo mismo que sucede en los colegios, que se cuenta con castigar diariamente á diez alumnos, y se ponen desde luego diez raciones de ménos; los motivos nunca faltan cuando hay buena voluntad, y al fin del mes el negocio sale redondo.

—Creo que exagera Vd. un poquillo, objeté yo por excitar más su amor propio; he conocido señoras, obispos y magnates, que han visitado los hospitales, y no han sabido cosa semejante.

—¡Estaría bueno que lo supieran! Todo el arte de la hermana de la caridad consiste en engañar. Vienen las señoras visitadoras de la junta, aunque sea de improviso; pues antes que pasen de la portería ya lo sabe la superiora, gracias á una organizacion prudente. En un minuto corre las órdenes oportunas, lajan dos ó tres hermanas ó ella misma, entretienen á las visitantes con arte, y cuando una señal secreta avisa que todo está dispuesto se las invita á recorrer la casa: pasan y admiran el órden ficticio que reina, prueban una excelente comida con caldo refrigerante y buen vino: preguntan á los enfermos, y todos dicen que están en la gloria... pero lo dicen porque temen la venganza;

aquella comida, aquel vino, aquel pan tan blanco, no es el que ellos prueban, sino el de las hermanas. Cuando se van las tontas de las señoras, desaparecen las fruslerías que se habian colocado acá y allá, vuelve á salir del rincon la ropa súcia que estaba por medio, y hasta otra; lo mismo ocurre con los prelados, gobernadores, inspectores y demás gente de viso.

—¿No podian quejarse los pobres á la prensa ó á las autoridades?

—Nadie les haria caso, la hermana de la caridad es inviolable.

#### AMOR Y MISTERIO.—LA RECOLECCION.

Algunas veces sorprendí entre la superiora y un médico muy buen mozo miradas de inteligencia, señales inequívocas de afecto disimulado; esto mismo lo observé con el director y cierta hermana muy agraciada, y con otras hermanas y los practicantes, el capellan y áun algun enfermero.

Observé tambien que los parientes de las hermanas ó de los empleados visitaban la casa con frecuencia y sacaban bultos sospechosos, que luego supe eran comestibles, ropas y utensilios; allí habia gato encerrado.

No tardé en conocer que cuando venian nuestros padres, desde el director hasta el capellan todos ponian mala cara, y cuando se iban, las hermanas estaban con ellos más amables; como si quisieran resarcirles de algo que les hubieran quitado.

La curiosidad me hizo espiar á todo el mundo por la noche, cuando todo parecia dormir y sólo se

escuchaba el lejano lamento de algun enfermo abandonado que gemia en su lecho: aquella era en efecto la hora de los secretos, de las sombras humanas que cruzaban por los cláustros para reunirse en misterioso grupo en la oscuridad: entonces descubrí la causa de todas aquellas señas y miradas; la superiora, acompañada del galante médico, pasó una vez casi rozando conmigo, pero creo que no estaba para ver ni sentir nada; todo estaba explicado.

—Sí, hija mia; la naturaleza recobraba en la sombra los derechos que se le negaban á la luz del día, y como siempre imperiosa, retozona, amiga del misterio y de lo prohibido, se burlaba de todos los misticismos, de todas las ideas de perfeccion y de los necios, que impotentes para tales virtudes, tienen la candidez de creer que otros las llevan envueltas en venerables hábitos.

—Sí, padre; pero es Vd. el primero que hasta ahora ha tenido la franqueza de reconocerlo: continúo con su permiso.

El capellan era todo un buen mozo, de 29 años escasos, que fijó la atencion en una de nosotras, y aquellos amores siguieron su curso natural; pero otra hermana, prendada á su vez y desdeñada por el clérigo, se valió de modo que él y su amada fueran sorprendidos por algunas hermanas feas y viejas, que suelen ser las implacables en materia de virtud. Se dió parte á los Padres, y aquí fué Troya.

Si se les dice á los Paules ó los jesuitas que cualquier hermana comete mil crímenes ó se entrega al primero que llega, perdonarán acaso; pero amar á un clérigo secular... no hay mayor delito. Acudie-

ron al vicario y le obligaron á imponer un severo castigo. ¡Pobre D. Estéban! No lo merecía.

La hermana fué trasladada.

Ahora el reverso de la medalla.

El capellan de cierto hospital de desahuciados ó incurables, un viejo de 50 años, negro y repulsivo, hipócrita y egoísta, halló medio de seducir á una chica recién profesa que valia un mundo. Fué sorprendido casualmente con ella, y ¿qué creará usted que hizo? arrojarle á los piés de la superiora y declarar... que él era el seducido; ¡pobrecito D. Francisco! ¡haber sucumbido en un mal cuarto de hora! Fué expulsado, pero nada más: al fin era hipócrita, y estos salen siempre mejor librados.

—¡Me deja Vd. helado! Nunca hubiera creído tales cosas.

—Aún falta algo más grave.

Debe Vd. saber, que de cuando en cuando los superiores franceses hacen su visita á nuestras casas españolas; lo inspeccionan todo, y se llevan el dinero que se les guarda para estos casos. Cierta dia nos reunió la madre y nos anunció la visita; desde entonces todo era preparativos y limpiezas, ocultar cosas que podían chocar, romper papeles, hacer advertencias y ensayar respuestas. Por fin vino *le Bon Père*, un abate francés que frisaba en los 44 años, alto, muy grueso, extremadamente colorado; su rostro brutal revelaba á primera vista grosería, acanallamiento y las pasiones más soeces; aquel hombre debía ser borracho como un templario.

No venia solo, le acompañaba *La Bonne Mère*, una francesota tan gruesa, colorada y grosera como

él. Habían venido en primera clase, que esas gentes no viajan de otro modo, y se hospedaban en un convento de hermanitas de los pobres. Allí los habían recibido bajo pálio y sobre una alfombra de flores naturales que cubrían el suelo desde la puerta principal: toda la casa estaba perfumada; el Santísimo Sacramento, expuesto en el dosel, los aguardaba también, y el capellán, vestido de pluvial, les ofreció agua bendita. Un espléndido refrigerio estaba preparado en el refectorio, y cuando le hubieron hecho los honores pasaron á la gran sala, donde los pobres acogidos les prestaron homenaje besándoles la mano... *¡de rodillas!* Aquel día bebieron un caldo algo más espeso todos aquellos viejos desharapados y hambrientos, á quienes se alimenta con una bazofia mal condimentada, y se los tiene alojados en cuadras con gran limpieza sí, pero con mucha miseria.

Pocos de entre ellos se enterarian de que durante los ocho días que permaneció allí la seráfica pareja consumió grandes cantidades de los manjares más caros y exquisitos. Nosotras hicimos á los dos franceses igual recibimiento. Aquel día los enfermos carecieron de muchas cosas; ¿quién se acordaba de ellos?

—¿De dónde salía el dinero para estas comilonas? ¿No pasan las hermanitas su vida pidiendo y aprovechando hasta los trapos viejos que les dan?

—Sí, pero luego, del total de lo acumulado se hacen dos partes: la menor, casi insignificante, para los pobres, y el resto para las hermanas que no carecen ni de lo supérfluo, presenciando impávidas el hambre, la desnudez y los sufrimientos del pobre asilado á quien tratan duramente, y sin embargo,

él, el pobre, ha ganado todo lo que allí entra; por él y para él se dan las limosnas. Todavía sobran anualmente buenas sumas que se lleva á Francia *le Bon Père* cuando hace la recoleccion.

—Todo eso es indigno.

—Se valen de todos los medios, porque entre nosotros se profesa esta máxima jesuítica: *El mandato del superior es siempre bueno, aunque parezca á primera vista inmoral*; por lo tanto, no hay empacho alguno en disimular ó mentir, fingir pobreza y otras calamidades, y desacreditar al enemigo. Si esto no basta, se amenaza recurriendo á la prensa adicta, ó se emplea el soborno, y medios aún peores.

—No concibo ya cuáles pueden ser.

—Tratábamos, hacia tiempo, de adquirir, gratis por supuesto, un edificio de la Nacion. Tres comunidades nos lo disputaban, sin contar con el Ayuntamiento y los liberales, poco temibles por cierto.

El asunto se alargaba demasiado. Una mañana oí que la superiora le decia á uno de los padres: «Va á ser necesario recurrir al gran juego.» A los tres dias la hermana más hermosa montaba en un coche con la superiora: esto indicaba que se dirigian á altas regiones: la jóven no podia ocultar su disgusto. Cuando volvieron, al cabo de tres horas, la ví llorosa y toda sofocada; la superiora, en cambio, aparecia radiante de alegría.

Al poco tiempo nos fué notificado por el gobierno...

—Que todo estaba ya arreglado ¿eh?

—Eso se esperaba, pero no fué así; los jesuitas nos habian ido á la mano, gracias á la marquesa

de N\*\*\*, la más guapa y virtuosa de sus devotas; con esa no había competencia... pero no salimos del todo mal, pues conseguimos buen éxito en otros asuntos pendientes.

—Me parece estar soñando, hija mía.

—Ya había yo notado que *le Bon Père* me distinguía demasiado, cuando la superiora me dijo: el buen padre quiere hablar con Vd. y darle sus órdenes; sean las que fueren le mando que obedezca, pues así conviene á nuestra institución: sea juiciosa y no vaya á caer en los escrúpulos de las gentes mundanas, aquí todo es diferente; Jesús ama á sus hijas escogidas y permite que no las manche lo que es cieno para los mundanos, ni las queme el mismo fuego. La Iglesia y Su Santidad nos han concedido las mayores exenciones y privilegios, pues no es lo mismo legislar para el vulgo que para las almas grandes que viven casi confundidas con la divinidad de Jesús.

—¡Ca... nastos! ¡el jansenismo y el molinismo amalgamados! todas las órdenes monásticas imitan por lo visto al jesuitismo.

—Aquel mismo día el padre francés me llamó á su presencia, me colmó de mimos y atenciones y enseguida intentó...

—Basta, hija mía; ahórrese Vd. la vergüenza de decirlo, ya lo adivino y es lo mismo.

—Yo resistí, padre. El sórdido frailuco me prometió ascensos, honores y libertad omnímoda si accedía, de lo contrario me vería perseguida y despreciada. Resistí á las amenazas y á los halagos, pero ¡ay Dios mío! quisiera olvidarlo, sucumbí á la fuerza y sufrí las brutalidades de aquel ser

abyecto: sin embargo, ¡cuántas me envidiaban!

Desde entonces he vivido muy infeliz siempre deseando abandonar las tocas.

¿Cómo consiente Dios que triunfe la infamia sobre la virtud?...

—Dejé pasar esta pregunta, que no tiene contestación seria y pregunté á mi vez: ¿Se verifican las mismas atrocidades en otras casas de caridad?

—Las mismas, poco más ó ménos, con las variaciones que impone la diversidad de objetos en que cada comunidad se ocupa. En las casas dedicadas, v. g., á la enseñanza, las niñas no aprenden, todo es farsa, rezo y humillacion, hipocresía, y muchas socialñas á los padres con pretextos de hermandades de niñas, cintas verdes y encarnadas, especie de grados masónicos, buenos para excitar el orgullo y la envidia. La moral anda por los suelos: allí se pierde la inocencia más pronto que en otra parte y se desarrollan vicios secretos que difícilmente se perderán; á veces las mismas hermanas profesoras ponen los ojos en una niña; aquella es la predilecta... figúrese Vd. lo demás.

Las casas para asilo de criadas convierten á las jóvenes en espías de los amos para fines del jesuitismo. Cuando el convento se dedica á la asistencia domiciliaria de enfermos, aquello es una explotación en grande escala; se huye del pobre prefiriendo al rico, se asiste aparentando mucho celo, y en realidad la hermana necesita una sirvienta para ella sola, y al fin nada hace, aunque alguna vez hace el amor al enfermo y se casa con él muy bonitamente.

—Pero, Dios mio, alguna cosa buena harán esas hermanas. ¿Y el heroísmo en tiempo de guerra y

epidemia? ¿y otras muchas acciones buenas que yo he oído referir?

—En tiempo de calamidades se sortea á la gente y vá la hermana que no tiene más remedio; muchas veces vá castigada, ó es que no tiene protectores entre los padres, ni sirve para ciertos negocios. Las intrigas y ardidés que se ponen en juego para no ir al peligro son largas de referir, y además si no fuera por eso, ¿cómo justificarian las hermanas su existencia y lo que cuestan? Cuando alguna se ofrece, lo hace por sus fines particulares si no es una de esas almas santas, que en todas partes se encuentran, aunque en minoría.

Ya sabe V., padre, toda mi vida y mis pecados, que pueden condensarse en estas palabras: entré siendo buena en el convento y allí perdí mi inocencia y mi virtud: inclinada al bien, hice el mal, practiqué la hipocresía y el disimulo, oculté mis ideas por necesidad, hasta que pude salir de aquel abismo.

—¿Cómo se arregló Vd. para ello?

—Encontré casualmente á mi novio de administrador en un hospital, me explicó su ausencia, me probó que cuando vino á buscarme nadie le dió razon de mí, despues de esta explicacion me juró que no habia dejado de amarme y me propuso salir de allí para casarme con él. Así lo hice en cuanto espiró el plazo de mis segundos votos.

—Pero... aquella escena del fraile...

—Entendido, dijo la Sor sonriendo, nosotras aprendimos muchos secretos de la naturaleza; por ese lado no temo nada, más temo á mi conciencia; por eso quisiera que Vd. me aconsejara si debo ocultarle á mi esposo esa infamia ó declarársela.

La convencí de que debía callar. ¡Cuántas felicidades humanas no tienen otra base que el silencio! Aunque la ví muy bien dispuesta, la exhorté á que fuese buena esposa, inculcándole con gran cuidado que las vías más anchas y trilladas son las más seguras, y las esposas amantes y buenas madres de familia son los verdaderos ángeles de la tierra.





## EL OCTAVO, NO MENTIR

Hace años, recorriendo el reino de Valencia, me detuve un día en el convento del Desierto de las Palmas, en la provincia de Castellon. Despues de haber visitado la casa en compañía de dos religiosos carmelitas descalzos, paseaba por el cláustro solitario, entregado á mis pensamientos, cuando se me acercó un fraile y en tono un tanto misterioso y profundo me dijo:

—¿Tendria Vd. la bondad de oirme en confesion?

—Por mi parte, con mucho gusto; pero Vd. sabe que los clérigos no podemos confesar frailes sin una licencia especial, de la que por desgracia carezco.

—Acabo de solicitarla del padre prior.

—Entonces estoy á su disposicion.

Fuimos al coro, desierto en aquella hora, me senté en una de las sillas y el fraile, despues de haber recitado el *Confiteor* con la frente pegada al suelo, empezó á acusarse de distracciones en el rezo ó en la misa, tentaciones de risa ó de pereza, secretos im-

pulsos de aversion ó pruritos mal combatidos de amor propio: esto era todo.

Ahora, continuó, quiero hacer con Vd. una consulta, porque aunque ya soy viejo y he estudiado algo, al fin no lo sé todo. Ustedes los eclesiásticos jóvenes que viven en el mundo saben de ciertas cosas más que nosotros, aunque otra cosa digan los místicos. Vamos á ver: ¿es lícito alguna vez mentir?

¿A dónde iré á parar este fraile? pensé mientras buscaba la respuesta; mas viendo que la aguardaba y que no era posible demorarla sin infundir sospechas de ignorancia, le contesté resueltamente:

—Nunca, ni por ningun motivo, es lícita la mentira.

—¿Aunque dependiera de ella la salvacion del mundo?

—El bien nunca puede depender exclusivamente de una trasgresion de la ley divina.

—Eso mismo he dicho yo siempre; pero quiero apurar aún más la materia, para quedar tranquilo. Dígame Vd., los intereses, el bien de la humanidad, ó su honor y los bienes que ese mismo honor puede acarrear, ¿tampoco justificarán la mentira?

—Podrán atenuar su gravedad, si esa mentira no es calumnia, pero jamás hacerla lícita.

—Entonces mucho ménos podrá ser obligatoria.

—Eso nunca, ni por ninguna causa.

—Me quita Vd. un gran peso de encima. Sepa usted que vivo muy atormentado por mis compañeros, que son virtuosísimos, es cierto, pero que no siempre ven claro cuando está por medio el interés de la órden. Todos á porfía me creen reo de un delito y causa de un menoscabo en los intereses de la

casa. Y yo, ante Dios y ante Vd., padre, puedo jurar que mi conciencia está tranquila y segura de haber obrado bien y conforme á la ley de Dios. Si el obrar así produce alguna vez detrimento en los intereses humanos, es que el Señor así lo quiere; pues primero debe querer este mal en lo que es feble y mudable, que la trasgresion de su ley, que es eterna.

—Exacto. Veamos, si Vd. gusta, el hecho.

—Hace poco tiempo que pasó por aquí un destacamento de la faccion de Cucala. Yo no quiero decidir la cuestion de si los carlistas son defensores de la religion ó ladrones más ó ménos disfrazados de guerreros; ello es que entraron en el convento cuando todos los padres estaban fuera de él, ocupados en diferentes asuntos en la ciudad ó los alrededores. Yo solo cuidaba la casa, ayudado por tres legos.

Vienen los facciosos, comen, alborotan, y por último, el que los capitaneaba me pidió dinero.

—Conste, le dije, que no soy el superior aquí; no conozco la voluntad del que ejerce ese cargo, y la mia es no dar á Vd. un céntimo.

—¿Y si le obligásemos á Vd. por fuerza?

—Cederia á la fuerza mayor, protestando.

Pues dénos Vd. dinero.

Les dí 50 duros.

—Esto es muy poco; necesitamos más, mucho más. ¿Lo hay en la casa?

Yo hubiera podido decir que no; mas no debía mentir, y dije:

—Lo hay.

—¿Sabe Vd. dónde está?

—Lo sé.

—¿Es grande el tesoro?

—Lo es.

Entréguenoslo Vd.

—Eso no lo haré sino á la fuerza.

Entonces me pusieron una carabina al pecho, y yo, siguiendo la doctrina que aquí mismo en las áulas me han enseñado, los conduje á donde estaba el tesoro.

—¿Es este todo el dinero que Vds. tienen aquí?

—Este es.

—Vengan las llaves.

—No las tengo.

Entonces descerrajaron y rompieron las arcas. ¡Poco despues salian, llevándose 30.000 duros!

.....

Quando vinieron los demás, referí lo ocurrido, y creí que me mataban: entonces, invocando á Dios, levanté la mano y la voz hasta que me escucharon, y dije: Yo vine aquí á salvar mi alma y á cumplir la ley divina, tal y como Vds. me la han enseñado. Esos libros que llenan la biblioteca dirán que nunca es lícito mentir, y que los intereses de la tierra son nada ante la ley eterna: ellos y Vds. me han enseñado lo que debo hacer y á qué lado debo inclinarme en los conflictos que pueden surgir en este mundo pecador. Ahora me he ajustado estrictamente á esa norma, y así lo haré siempre. ¿No dicen Vds. que los carlistas son los defensores del altar y del trono, de la religion y de nuestra órden? Pues nuestro dinero está en buenas manos. ¿O es que ha muerto ya la Providencia que tanto invocamos? Que se me enseñe el cánon, precepto ó regla que

me obliga á mentir ni áun para salvar mi propia alma. ¿Hemos venido aquí á atesorar, ó á ganar el cielo? ¿Buscamos el reino de Dios, ó la añadidura?

Todos callaron, pero desde entonces me escarnecen, me llaman el puritano y el jansenista, me mortifican de mil modos y no me tienen el respeto que antes, cuando decían: «el padre N. es muy íntegro, todo lo haría antes que faltar á la ley; sería mártir con la mayor serenidad.»

—Sí, hijo mio, sí; pero al llegar á los intereses, tanta rectitud los abrumba.

—¿Pero no tengo yo razon?

Miré á aquel hombre no sabiendo si tenia ante mí á un santo ó al más solemne pillo, que se habia vengado duramente de la hipocresía de sus colegas.

—Tiene Vd. razon, y le aconsejo, primero que mude de convento, y además, que si le molestan, diga que ha hecho voto de ir á Roma, y vaya allá para exponer al general ó al Papa su causa; allí le reconocerán su derecho.

—Así lo haré si me siguen molestando.

—Dígame Vd., ¿ha observado siempre igual rectitud, áun en perjuicio de sí mismo?

—Sí, señor, contestó con aplomo, y esto bien lo saben: ser ó no ser fraile, ser ó no ser cristiano. ¿Me equivoco? Siempre constará que he obrado conforme á mi conciencia. No niego, añadió con cierta humildad mezclada de socarronería, que algunas veces he puesto en graves apuros á los partidarios de componendas...

Lo absolví, me despedí de los buenos padres y salí pensando: ¡Pobrecitos mendicantes! ¡30.000 duros!, y luego este rectísimo y beatísimo truhan, de

un género para mí desconocido... Quizá un desengañado que ha querido cogerlos en sus propias redes y ver lo que hay de cierto en la máxima de mundología: «No es lo mismo predicar que dar trigo.»





## MANOLITO Ó LA PENTÁPOLIS

---

El jóven miembro de la Union y de la juventud Católica que se arrodilló ante mí en cierto dia de comunion general que celebraban por el papa, era guapo, rubio, con el pelo rizado, cútis blanco rosa, dientes muy bien cuidados, manos de aristócrata con largas uñas muy limpias, ropa elegante de etiqueta, con un lazo y medalla en la solapa. Al sacar el pañuelo para ponerlo entre el pavimento y sus rodillas, esparció un perfume delicado. Hablaba con cierto siseo que me era repugnante no sé por qué, y hacia gestos y mohines un tanto extraños.

Creí habérmelas con uno de tantos necios vulgares que abundan en altas regiones, y su confesion insustancial me iba afirmando en mi creencia, cuando al llegar al sexto precepto le veo turbarse, mirar á un lado y á otro, reflexionar y, por último, decidirse y proseguir su confesion diciendo:

—En ese mandamiento, lo de siempre: he vuelto á caer en los pecados de otras veces.

—Vamos, ya entiendo, las mujeres.

—¡Ah! no señor, yo... les tengo cierta repugnancia y no acostumbro... pero he ofendido á Dios con personas...

—¿Cómo? repita Vd. eso.

—Pues... amigos míos, compañeros de la Juventud 6 de la Union, jóvenes de mi edad, también algunos de pocos años, monaguillos ya instruidos en ciertas cosas y otros jovencuelos que nos buscan porque les demos dinero.

—Eso es monstruoso.

—También algunas personas de más edad y de respeto, entre ellos algunos sacerdotes...

Tentado estuve por agarrarle del cuello y decirle: ¡mientes, canalla! pero es claro, hube de contenerme; el oficio de confesor tiene sus peligros.

—Muy bien, dije, para no asustarle; continúe Vd. su confesion.

—Unas veces he sido yo el incitador, otras los demás; en alguna ocasion hemos sido todos, pues reunidos y alegres, despues de una comida, nos hemos excedido.

—¿Y allí en comandita... á la vista de todos?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho tiempo que tiene Vd. ese vicio?

—Desde la niñez. Yo era alumno de un colegio interno de religiosos en Andalucía, mi país natal. Allí, unos con otros, los muchachos aprendíamos estas cosas. Habia reparado que algunos niños de los más guapos eran agasajados por los profesores, que les disimulaban todas las faltas. Un alumno antiguo me dijo: «estos son los *preferidos*; para ellos se ha hecho el colegio.»

Maş adelante, uno de los padres profesores empezó á mirarme con predileccion: primero paseos, luego juegos, subidas á su cuarto, y por fin... Aquella amistad íntima hubiera durado mucho si otro padre no hubiera querido ser tambien mi amigo; lo supo el primero, y hubo una gran cuestion; se pegaron, el rector se enteró, y yo, que ya miraba con buenos ojos... á un muchacho de doce años, muy guapo, recién venido, tuve el arte de aprovechar aquella cuestion para obrar por mí mismo, conquistar su amistad y ser el primero que la mereciese... ya me comprenderá Vd.

—Sí; adelante.

—Salí del colegio para ir al Seminario de C<sup>\*\*\*</sup>, en Andalucía, porque yo he sido siempre muy religioso; y entonces tenia vocacion de ser sacerdote.

En el Seminario hallé la segunda edicion del colegio...

—Es raro, yo he visitado muchos Seminarios y no he hallado esas costumbres tan... amistosas.

—Ya lo sé, pero los de Andalucía son una especialidad para esto. En el de C<sup>\*\*\*</sup>, todo jóven que no se amoldaba á estas costumbres, á duras penas lograba ordenarse, y conozco muchos que deben una canongía y otras bicocas á su... docilidad para con el rector, catedráticos, padre espiritual y otros señores.

Aunque tenia vocacion, como he dicho á Vd., se me resistian los estudios sérios; un profesor me tomó ojeriza y abandoné el establecimiento. Vine á esta capital, hice la carrera de leyes, y ahora estoy colocado en... aquí el nombre de una oficina del Estado.

—¿Y aquí también ha encontrado Vd. gentes de sus aficiones?

—Las hay en todas partes y muy bien organizadas. En Cádiz, en Sanlúcar, en Huelva y en Sevilla, lo mismo que aquí.

En Sevilla son muy numerosos los sacerdotes que van por ese camino; hay una hermandad formada exclusivamente de aficionados á estas cosas. Durante la novena que se hace, misas, sermones, canto y todo servicio, lo hacen ellos. Es muy común oír á cualquiera decir: «Vamos á la novena de los... tales, hoy predica D. Pedrito el Mari... sabidillo, es un pozo de ciencia y muy gracioso, etc.» Después de las funciones hay sus refrescos y jolgorios, y en ellos ya puede Vd. suponer.

Hay diferentes sociedades y reuniones, una alameda donde pasean con frecuencia, y otros puntos de recreo.

—Pero ¿y las autoridades?

—Cuando no son también de la cuerda, hacen la vista gorda por la cuenta que les tiene.

Cierto gobernador se atrevió á sorprender una reunión de amigos en que, por broma, se estaba simulando un bautizo. La madre estaba en la cama, vestida con toda propiedad y en compañía del padrino y la familia. De pronto llegan, cogen á todos, y en el estado en que se encontraban los llevan por las calles hasta el Gobierno civil. Figúrese Vd. que el que hacia de madre era... un canónigo. El escándalo fué mayúsculo, pero el gobernador fué destituido.

—Me lo figuraba.

—Otras veces se cometen aquí mismo algunos

desmanes. No hace mucho fueron cogidos varios señores, entre ellos un bajo de zarzuela, un capellan de San Lorenzo, el hijo de un hombre público y algunos otros; parece que fueron apaleados y remojados con las mangas de riego; el capellan murió, pero á alguno le costó el destino.

—Comprendo que sufrirán Vds. muchos percances.

—Algunos. Yo conozco á un cura aficionado á los mancebos de peluquería y á los cadetes: el tal ha sido conducido con engaños más de una vez al campo, donde lo han apaleado de lo lindo.

Los hay, curas ó seglares, aficionados á ser amigos de los soldados, los niños y otras clases de gentes. Unas veces salen bien, otras como Dios quiere. Pero esta ciudad es muy grande y hay sitio para todos. Aquí no hay hermandad, pero sí puntos de reunion, algunos muy aristocráticos, exclusivamente clericales. Existe un baile donde suelen concurrir muchos individuos vestidos de mujer con tal perfeccion, que es imposible reconocerlos.

—¿Y Vd. ha frecuentado esos lugares?

—Alguna vez, por curiosidad, pero no quiero nada con esas gentes. Yo podré ser malo, pero acanallado, no señor. Sólo me reuno con los chicos de la Union ó con algunos sacerdotes.

—No puedo acostumbrarme á la idea de que mis compañeros...

—Pues hay bastantes; ya lo irá Vd. sabiendo.

—¿Conoce Vd. muchos?

—Ya lo creo. El ecónomo de San L. es de los más distinguidos, rubio, muy guapo, fino é instruido; es orador: le verá Vd. siempre con un sacris-

tan muy guapo, con el pelo rizado, y algun otro jóven de buena presencia. El prelado le distingue mucho.

El ecónomo de los Arrabales, alto, jóven predicador, un poco ñoño, discípulo y amigo de cierto señor muy diminuto, pero muy sábio, que adolece tambien de esa pasion; el ecónomo de San M., el de Santa M., el de San A., el de San J., el de San J. y P., el rector de la iglesia de la Buena Suerte, el jesuita padre M., el capuchino M., el misionero G., bastantes escolapios y unos sesenta clérigos de todas clases, sobre todo de los distinguidos.

—¡Jesús! ¡Jesús! No puedo creerlo; eso lo dice usted por excusarse: ¿cómo se atreverian á llegar al altar? ¿Y Vd. cómo me habla con esa frescura?

—Somos débiles, padre. El Sr. D. Pedro Alcántara Juarez y Antuñano, capellan que fué de un hospicio, me lo decia: somos débiles, pero Dios tiene que mirarnos con mejores ojos, porque al fin no damos escándalo. Esos pobres, encenagados con las mujeres que los dominan y los desacreditan, porque todas hacen alarde de sus relaciones con ellos y los aruinan, son más culpables; luego la naturaleza, en castigo, los obliga á aceptar los niños ó á procurar abortos é infanticidios, el alto clero se veria muy comprometido; nosotros, en cambio... y despues de todo, es una pasion como otra cualquiera; podemos reunirnos y pasear sin llamar la atencion. ¿Y qué extraño es que de un cariño grande salga un extravío? Jesús nos dió ejemplo de amar y ser amado de San Juan, al que reclinaba sobre su pecho.

—¡Por Dios, hijo mio! ¿un sacerdote decir esas cosas?

—Él era muy devoto de San Juan Evangelista; todos los años le hacía una funcion, á la cual convidaba exclusivamente á sus correigionarios: misas y sermon, todo lo hacian ellos; luego, gran comida y... cierta expansion.

—Alabado sea Dios, hijo mio; alabado sea por siempre.

—Por la tarde bajaban de nuevo á la iglésia y cantaban completas con gran devocion...

—¡Horrible amalgama! ¡una especie de masonería! Seminarios y colegios, sociedades, preladados que protegen á estos hombres... ¡¡¡Ahora me doy cuenta, hijo mio, y me explico muchas posiciones injustificadas, muchos misterios antes indescifrables!!!

¡Todo sea por Dios!

.....

Escuché el resto de aquella extraña confesion; reprimí, aunque sabia que seria inútil, y absolví, aunque de mala gana, por no enemistarme con aquella secta temible y poderosa en la Iglesia de Dios.





## LOS BIENES NACIONALES

---

Al jóven pentapólico siguió otro de más edad, más sério y grave, aunque no ménos repulsivo. Vivía del ódio hácia los liberales, pero cometía sus mismos pecados. Perseguía á las mujeres de todas clases, estaba embarraganado con una vieja devota que, segun pude colegir de ciertas reticencias, subvenía á muchos de sus gastos y lo habia elevado bastante; jugaba á la bolsa, bailaba como un descosido y no perdonaba ocasion de figurar y divertirse. Eso sí, ayunaba, guardando las fiestas y vigiliass, escribía y hablaba contra el error cuando no esperaba nada de sus secuaces, pero me confesó que á veces transigia con los liberales por respetos humanos.

Para excusar en cierto modo sus pecadillos, me dijo que cuidaba mucho de que los arrendadores y criados de una posesion que tenia, cumpliesen con los preceptos de la Iglesia, y que despedía á los que eran liberales ó votaban en las elecciones á los can-

didatos de oposicion. Él mismo, cuando estaba en sus tierras, reunia á los colonos en su propia iglesia.

—¡Hola! exclamé. ¿Tiene Vd. un templo en su posesion?

—Sí, señor, y muy grande.

—No seria menor la piedad de los antepasados de Vd.

—Es que la casa fué anteriormente un convento.

—¡Ah!... bienes nacionales. ¿Es Vd. el comprador?

—Lo fué mi padre, de quien los he heredado.

—Entonces no podemos pasar de aquí, pues yo no he de absolverle.

—¿Por qué ese rigor? Su Santidad, dijo sorprendido el neo, dió la aprobacion necesaria.

—Eso dicen los moderados, pero tambien es cierto que luego declaró que se la habian arrancado con engaños, y que lo hecho era nulo. Los periódicos de la comunion de Vd., lo mismo que los carlistas... declarados, sostienen que aquello fué un robo sacrílego. Así lo defienden en todas partes, tildando de ladrones á los liberales, y luego... No, no, ese robo no lo absolveré yo jamás.

—Pero, señor cura, si el Sr. Pidal, Nocedal, muchos obispos y sacerdotes ricos poseen bienes de estos.

—El infierno está lleno de obispos, sacerdotes y hombres que pasaron por santos. Esos señores no son infalibles; así, pues, lo que hago ahora con Vd. haria tambien con ellos.

Lo robado no se puede comprar, heredar ni transmitir, porque está siempre clamando por su dueño. ¡Qué ejemplo tan grande daria Vd. llevándole al

Diocesano los títulos de propiedad de esa casa y esas tierras para que, con arreglo á las disposiciones vigentes, los empleara en cosas santas! ¿Cuánto se apuesta Vd. á que no los rechazaba? ¿A que no decia llévelos Vd., que son suyos, porque así lo permitió el Papa y los moderados? Dé Vd. ese ejemplo.

—Y me quedaré en la miseria.

—¡Hola! ¿Qué le dicen ustedes al indigente que los importuna? ¿Quién, segun la Iglesia, cuida de los pobres que es necesario que haya en la tierra? ¿Quién mira por el pobre honrado, que prefiere la miseria al robo? ¿Con qué salen ustedes del apuro cuando quieren condenar á la mujer que se prostituyó por miseria, al que se suicidó por hambre ó al que robó un panecillo para sus hijos? Con la Providencia. ¡Qué hubieran esperado en la Providencia! Esa, por lo visto, no es buena más que para los pobres, no para los de la Juventud católica.

El jóven bufaba.

—Yo no puedo dejar mis pocos intereses, con ellos puedo hacer mucho bien.

—Candelas podia haber dicho lo mismo.

—En fin: ¿me absuelve Vd.? dijo con cínico ademán.

—No, señor. Ó restitucion ó condenacion.

Marchó el tartufo con aire de furioso y se arremó á otro confesonario. Al poco rato ví que le absolvian y no dejé de extrañarlo.

Cuando se acabó la fiesta, el anciano cura que habia absuelto al piadoso ladron, me dijo dándome una palmadita en el hombro.

—Mira, Constancio, esta mañana te has jugado

las licencias con aquel de la Juventud católica; no seas tonto, esos canallas son peores que víboras, ¡hipócritas! ¡sepulcros blanqueados! su rencor es eterno. ¡Cuánto me ha costado disuadirle de que te diera un disgusto!

—¿Vd. le ha absuelto?

—Sí; hijo mio, como absuelvo á todo el mundo; al fin y á la postre ¿á nosotros qué? Si fueran nuestros bienes particulares...

El anciano hablaba como un libro.

—No lo volveré á hacer más, fué mi respuesta.





## LA SANTIDAD DEL CLAUSTRO

---

INICIACION.—VIRTUDES MONÁSTICAS

—¿Podría Vd. oír mi confesion? me dijo una tarde cierto anciano con trazas de clérigo disfrazado de paisano.

—No tengo inconveniente alguno.

—Es que será un poco larga.

—No importa.

Ya en el confesonario empecé mi cometido, preguntando maquinalmente:

—¿Cuánto tiempo hace que Vd. no ha confesado?

—Algo más de cuarenta años... hace desde mi última confesion no fingida, tengo 71 años y soy de estado religioso, lego profeso de la órden de San Basilio.

—Veamos sus pecados, si gusta.

—Son muchos y enormes; suplico pues á Vd. que me escuche con calma y no me interrumpa aunque divague y fantasee como acostumbro; así única-

mente podré expresar todo lo que deseo; despues júzgueme Vd. como su conciencia le dicte por severa que sea.

—Puede Vd. comenzar.

—Siendo muy jóven entré en la órden creyéndome llamado por Dios al estado religioso. Hijo de padres humildes, me contenté con ser lego. Pronto agradé á mis superiores que me confiaron oficios ménos bajos que á mis compañeros y poco á poco me fuí captando la voluntad de la mayor parte de ellos.

Mis ocios, que eran bastantes, los dediqué al estudio, guiado sólo por mi aficion á saber.

Era yo creyente, aunque mi fé se enfrió mucho á los pocos años de profeso, en virtud de las cosas que ví y de haber encontrado, rebuscando la biblioteca, una série de libros impíos ú obscenos, ocultos tras de la primera fila de los estantes. Las dudas que suscitaron en mí libros y ejemplos, me aficionaron más á la investigacion, y al poco tiempo era yo, gracias á mi trabajo y asiduidad, un hombre bastante instruido, para lo que se acostumbraba entonces.

—Tú solo, sin carrera, sabes más que una comunidad, me dijo un dia cierto padre maestro, lector de vísperas de teología.

Andando el tiempo, el mismo abad, que era jóven y buen mozo, gran orador y hombre de talento, necesitó una persona de confianza que le sirviera para unos amores con cierta dama muy principal, y no halló otro mejor que yo. La familiaridad que engendra el delito nos hizo amigos, y fuese porque le conviniera ó porque realmente me qui-

siera bien, y creyese hacerme un favor, un día me hizo importantes revelaciones sobre la religión. Según él afirmaba con gran copia de pruebas y argumentación robusta, era todo el dogma una mentira; á lo más se podría creer que existía una causa de lo creado, que no se cuidaba de las pequeñeces de sus criaturas y dejaba obrar á la Naturaleza. La religión era sólo un freno para los pueblos y un *modus vivendi* para los que sabían utilizarla. Papas, obispos, reyes, políticos y muchos sacerdotes avisados sabían esto, pero aparentaban fé y piedad, ocultando su filosofía, que consistía en satisfacer todas sus pasiones sin propio detrimento, y esperar tranquilamente la muerte.

Estas ideas las había yo adivinado, y me dí por convencido, con gran alegría del prior, que ya nada tendría que temer.

—No me he equivocado, dijo, al tomarte por un hombre de pelo en pecho: desde hoy tienes en mí un amigo poderoso.

Y lo fué; pero al poco tiempo sus desvanecos le obligaron á salir de España, y cuando marchó me dijo:

—He procurado que te envíen á Madrid, allí hay gente de nuestras ideas y vivirás á tus anchas.

El convento de Monjes Basílios de Madrid, situado en la calle del Desengaño en el lugar que hoy ocupan las casas de Madoz, albergaba una comunidad de hombres que profesaban en su mayoría las ideas del referido abad. Pero como sucede siempre, la comunidad estaba dividida entre el elemento más avanzado, que quería marchar á velas desplegadas, y los más morigerados, entre los que ha-